

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

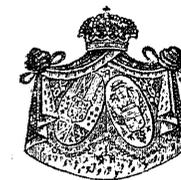
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1904 Á 1905

por el Doctor

D. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA Y SALVATIERRA

CATEDRÁTICO

de la Facultad de Filosofía y Letras.



MADRID
IMPRENTA COLONIAL
(Estrada Hermanos.)
CALLE DE FUENTERRABÍA, NÚM. 3.
1904



DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

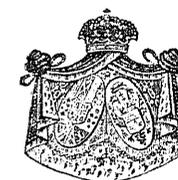
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1904 Á 1905

por el Doctor

D. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA Y SALVATIERRA

CATEDRÁTICO

de la Facultad de Filosofía y Letras.



MADRID
IMPRESA COLONIAL
(Estrada Hermanos.)
CALLE DE FUENTERRABÍA, NÚM. 3.
1904

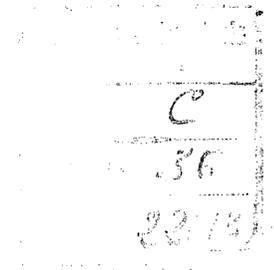
DISCURSO

LEÍDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

en la solemne inauguración

DEL CURSO ACADÉMICO DE 1904 Á 1905



R. 22150

DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD CENTRAL

EN LA SOLEMNE INAUGURACIÓN

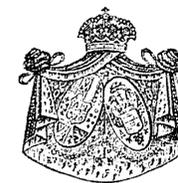
DEL CURSO ACADÉMICO DE 1904 Á 1905

por el Doctor

D. FERNANDO SEGUNDO BRIEVA Y SALVATIERRA

CATEDRÁTICO

de la Facultad de Filosofía y Letras.



MADRID
IMPRESA COLONIAL
(Estrada Hermanos.)
CALLE DE FUENTERRADÍA, NÚM. 3.
1904

EXCMO. SEÑOR:

In memoria aeterna erit justus: ab auditione
mala non timebit.

(PSALM.)

Hablando Bernáldez de los festejos con que recibieron los castellanos á aquel príncipe aragonés que entraba á hurto en esta nuestra tierra para celebrar las bodas de más bendición que jamás fueran en España, pinta los juegos infantiles de los pequeñuelos que, en calles y plazas, caballeros en cañas y armados de pendoncillos con los colores de Aragón y Castilla, aclamaban con cantares al novio; y trae á mucho cuento aquellas palabras de la Escritura que dicen: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos ut destruas inimicum et ultorem*. Y era verdad que por la boca de los niños balbucientes y de los pequeñuelos, todavía colgados de los pechos de sus madres, hablaba Dios y anunciaba las grandezas de lo por venir. Y hay que ver ahora que yo por pensión del cargo, que no se excusa, puesto que sea por extremo temerosa, he de venir á hablar á vosotros, maestros, de aquellas grandezas que los pequeñuelos de mediados del siglo xv celebraban; y que en mucho se me podría aplicar la cita de Bernáldez porque aquí soy yo el pequeñuelo, si no en los años en el provecho de ellos, y el balbuciente y el apenas destetado en el saber, quien ha de cantar y alabar lo que vosotros con más razón y títulos y más caudal de doctrina podríais cantar y alabar. Mas cierto que el oro por la escoria en que se encuentra no pierde de su calidad y que luego de

limpio y acrisolado brilla en todo su esplendor. Limpiadle aquí, vosotros, con vuestro buen entender de toda la escoria en que pudo envolverle mi mal expresar, y veréislo en toda su magnífica hermosura.

Acaso se me podría argüir que á qué tratar grandezas que fueron tratadas de muchos largamente y con grande honra de ellos; mas yo he de responder que me pone en este trance la ocasión, pues que sólo tal asunto sería de tratar en este año, cuarto centenario de la muerte de aquella soberana mujer, encarnación del alma de España, y haber de ser yo, que profeso en ello, quien hablase hoy en esta casa, donde alienta aún el espíritu de aquel franciscano insigne, asombro de gobernadores de pueblos, primero y más fiel seguidor del pensamiento de la gran Reina. Y no sabré deciros si es en mí más la pesadumbre de este empeño que el regocijo de acometerlo; porque manjar histórico más sabroso yo no creo que á paladar español se le pueda ofrecer, y aquella excelsa princesa fué siempre el mayor amor que tuve en nuestra hermosa historia. Y quien ha vivido largos años y los más lozanos de la vida en la ciudad que ella tanto amó y tanto ansió y que ella conquistó, y ella luego cobijó y engrandeció; y ha orado junto á su tumba veneranda, ha de dar todo trabajo y fatiga por bien empleados, por empleados en tal empeño. Grandes cosas habéis de admirar en esta conmemoración: todas las que da de sí el asunto; que ellas son tales que bien merecen que las consideréis. Cosas habrá también no dignas de vosotros, faltas y lunares que no son del asunto sino de quien os lo ofrece y que él luego los hace suyos.

I

Hay un cuadro trazado y pintado de mano maestra, de la mano de aquel príncipe de la pintura española contemporánea, que tiró la barra donde no llegará fácilmente ninguno de su tiempo; el cual cuadro estuvo por años entre las joyas más preciadas de los maestros de los siglos XVI y XVII, tesoro de nuestro Museo Nacional; y cierto que estaba en lugar muy peligroso y con todo ello no se caía. No tendré que decir que hablo de Rosales y de su valiente obra *El Testamento de Isabel la Católica*. Está allí el asunto hondamente pensado y sentido y así salió él. Todo él confluye en dos personas: la una que agoniza; la otra, sentada á la cabecera de la agonizante, que la ve agonizar. Todo lo demás, incluso aquellos personajes de la izquierda, es fondo. Aquella cabeza que se hunde pesadamente en la almohada, es una cabeza casi nimbada, como en transfiguración, llena de una luz que parece iluminar todo el cuadro. De aquellos labios cárdenos salen en palabras balbucientes los dos amores que llenan y empapan aquella alma y para los cuales nota y dicta: el amor de Dios y el amor de la patria. Está el que se asienta á la cabecera caído en un sillón de brazos, que no derribado; inclínase aquella frente apenada; pero aún más que con la pesadumbre de la pena, con la pesadumbre de un cerebro clarísimo por donde van pasando entonces en visión sorprendente los sucesos que han de venir. Y nótese cómo en la obra profundamente filosófica del pintor español y en las coplas y vítores de los pequeñuelos de aquella generación venturosa del siglo XV, vive la misma idea: que de la junta de aquel hombre

con aquella mujer había de nacer la renovación y exaltación de España. En esta ocasión, la más grande de la vida nacional, no fué un hombre solo, no fué una mujer sola quien lo llevara á término; fueron un hombre y una mujer unidos en uno. Porque esta es la condición de las obras sociales, las cuales son obra de familia, y la familia no ya presupone la mujer con el hombre, sino que aún recibe más su ser y sello de la mujer; de manera que no es tanto obra de los padres mas de las madres; y si la madre es discreta y bien avisada y cristiana, por donde ella vaya el marido y los hijos, por muy desmandados que ellos quieran ser, por allá irán; pero mucha cuenta que como ella sea liviana en el pensar y no entienda de ser mujer ó por pecar de rústica ó por sobrar de letrada, que entonces no le ha de valer al marido ser varón fuerte, porque por aquel despeñadero de la que alcanza poco de saber de casada y de madre, por allá marido é hijos y casa y hacienda se irá todo. Por donde se ve cuánta sea la fuerza que la mujer manda en la obra social, con que el que tenga las madres por suyas ese alcanzará la victoria. «Después que todas las cosas fueron creadas, y luego que Dios hubo puesto al hombre sobre la tierra y le dió posesión de ella como á dueño y señor, parece como que la misma Sabiduría por primera vez quiso volver sobre su obra y reformarla cuando se dijo en cuentas consigo: no es bueno que el hombre esté solo; y entonces hizo la mujer como última perfección y mano de su obra, que le daba el último toque de hermosura» (1). Y en la obra más asombrosa y grande de la Omnipotencia divina, en la Redención del hombre no quiso ser solo, y si fué solo en la Creación, y con un *fiat* de su voluntad fueron todas las cosas, mas en este otro empeño de la Redención, mayor que el empeño de la Creación y espan-

(1) *La mujer española en la Historia*.—Granada, 1904.—Auctoris opus.

table hazaña de amor, no bastó el *fiat* que dieron el Poder, la Sabiduría y el Amor en la unidad substancial de Dios, sino que fué menester que una mujer, la Virgen Santa María, diera su *fiat*; y sólo cuando dijeron sus labios purísimos: *fiat mihi secundum verbum tuum*, sólo entonces, habida licencia, posó el Espíritu Santo en aquella carne virginal y fué engendrado Cristo, Dios y Hombre verdadero. Y esta segunda persona de la Trinidad beatísima, en cuanto hombre pudo así tener madre, y Él, que como Dios es plenitud del bien y de la felicidad infinita, en cuanto hombre en cierto modo como que la completó, porque teniendo madre, pudo gustar la dulzura de este incomparable y dulcísimo amor, y traerla con Él á la obra de la Redención del género humano.

Todas estas cosas, que parecerán fuera de propósito, vienen á él porque ponen en claro lo que para algunos críticos é historiadores fuera punto de contienda. Y ha habido quienes han puesto por la reina Doña Isabel y quienes han puesto por el rey Don Fernando; sobre los que tratando del uno de ellos, así han prescindido del otro como si nada hubiera tenido que ver. Que tal pueden en puntos de historia la ignorancia y la liviandad en el juzgar y el dejarse llevar de aficiones. Pues en este de ahora hasta el achaque regional entró por mucho, y para buen número de autores castellanos Don Fernando nada fuera sin su mujer más que un pobre rey, y para muchos autores aragoneses Doña Isabel sin su marido no sirviera para otro menester que para jugar la rueda donde quiso mandarla el turbulento y ambicioso arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo. Pero sobre críticos, escuelas y pasiones está el vocear regocijado de los pequeños que celebraban las bodas de la castellana con el aragonés: que este fué el sentir del tiempo y esta la realidad histórica. Dice Nebrija en sus *Décadas*: «No vió España día más señalado que aquel en que fueron celebradas las bodas de príncipes de tanta grandeza. Apenas hubo uno que no se

llenara de alegría y no saltara de gozo, y no diese gracias á Dios; ni lugar ni ciudad que no decretare hacimientos de gracias y fiestas públicas.» Y razón había para ello. Para empresa como la que se acometió, Doña Isabel necesitó de un compañero como Don Fernando y Don Fernando de una compañera como Doña Isabel. No entraba esto por poco en el afecto encendido que la princesa castellana sintió desde luego por el gallardo príncipe aragonés; y se casaron, y aquí del mutuo auxilio, que es uno de los fines del matrimonio; mutuo auxilio en su vida conyugal, mutuo auxilio para casar las varias naciones de España, separadas y aun contrarias. Duros males de tormentas fieras; batallar de reyes flacos y nobles turbulentos; rebeldías de ciudades; derechos de príncipes conculcados; fueros y libertades desatendidos; ruina de los pueblos; escándalos de obispos y clérigos; escándalos de reyes; escándalos en los nobles; escándalos en los populares; miseria y acabamiento de fuerzas, vinieron sobre los reinos españoles y más sobre Castilla: obra de los hombres, que Dios en su providencia permitía. Mas aquel casamiento tan concertado, misericordia fué de Dios que en darnos bienes y remediarnos no es cicatero sino largo y generoso. Porque pareja como aquella difícil cosa encontrarla y más para lo que era menester. No pocos quisieron atreverse á la mano de la insigne princesa; de ellos los más muy por bajo de ella; alguno contra su decoro. Á ser otra la estrella de Don Carlos de Viana y llegar éste á reinar en Castilla con Doña Isabel y en Navarra y en Aragón, por ventura la hazaña de los reyes en el bien común no fuera tan acabada. Era Don Carlos de Viana de noble condición, puesto que blanda, menos conocedor de gentes que de libros; que de su tío Don Alfonso *el Magnánimo*, que le educó, más tomó la afición á letras y artes que no al arte de gobernarse y de gobernar. Más generoso soñador que regidor avisado y certero. La ambición y mala entraña de su madrastra Doña Juana Enríquez, mujer

de Don Juan II de Aragón, y la desafición de éste al hijo habido en su primera mujer Doña Blanca de Navarra, privaron á Don Carlos del reinar y acaso, según quieren lenguas, del vivir. Por tales atajos y malos pasos y caminos tortuosos llegaron aquellas coronas al príncipe Don Fernando. Y no fueron más llanos los que llevaron á la princesa Doña Isabel á reinar: que de la limpieza de origen de la princesa Doña Juana Dios sabe; puesto que las confesiones del rey su padre mucho le dañan: que es gran vileza y cobardía declarar la propia deshonra; pero sería mayor mentirla por ningún interés de reinar ni de vivir. Demás que príncipe difamado, así sea con injuria, como él no ponga muy clara su honra, por ninguna manera habrá de prevalecer, que no hay autoridad firme y asentada sin honra que la sustente. De estas obscuridades y miserias y crímenes que espantan y vilezas que asquean, sacó luz y bienandanza y justicia Aquel á quien sólo es dado por la excelencia de su divino ser sacar de los males bienes. Vinieron así las coronas de Castilla y Aragón á las sienes de la princesa Doña Isabel y del príncipe Don Fernando, y de allí salió la España del siglo xvi.

En llegando á este lugar me habréis de dar licencia para que hilyane aquí dos pasajes de escritos míos donde está la estampa y representación de estos dos insignes príncipes, porque allí se contiene cuanto yo en mi ver y entender pudiera sobre ello decir. Y digo en el uno (1) hablando de la reina Doña Isabel lo que sigue: «Pues cuando de esta degradación y lástima» (la de los tiempos enriqueños) «se había de levantar nuestra gente á la mayor alteza que alcanzó pueblo, Dios suscitó una mujer que llevase á cima cosas, que repartidas entre muchos hombres, sobrarían para afamarlos. Mujer en quien naturaleza parece que quiso hermanar las excelencias de la hembra y las del varón en concierto que

(1) *La mujer española en la Historia.*

asombran. ¿Necesitaré pronunciar nombre que está asomando ya á los labios y todos tenemos en el corazón? Quédase suspenso la pluma sin dar con el elogio de quien mereció que tantas bocas é ingenios tan insignes y varones tan señalados se empleasen en alabarlo. Pero hablen por mí las cosas que acabó y sean pregones de su gloria. Hable la tiranía señorial abatida y la realeza levantada; hable la justicia, tan oprimida de antes, ahora puesta en su punto y de altos y bajos, poderosos y humildes, recibiendo amoroso acatamiento; hablen las ciudades y reinos que, apagados los encendidos odios, volvieron á paz y concordia; hable la Santa fe, alumbrando como sol nuestro cielo sin nieblas que lo obscureciesen. Habla tú, Granada, y regocíjate, que al cabo de siglos de cautividad, rotas las cadenas, volviste libre al hogar cristiano de la familia española. Bendice á quien te libertó y guarda sus restos como tesoro con amor reverente. Hable esta fiesta y la alegría que á todos nos llena; hable ese mundo, habitación é imperio del hombre, que hoy salta de gozo porque los dos pedazos de él, que por largas edades vivieron apartados, renuevan hoy y estrechan el abrazo de ha cuatrocientos años, cuando el gran Colón besó de rodillas la tierra ignota y clavó en ella la bandera de Castilla y la cruz redentora. Obra fué este prodigio, del cual con razón dice López de Gómara que es la mayor cosa después de la Creación del mundo, sacando la Encarnación y Muerte del que lo crió; obra fué, digo, de aquella mujer que no desfalleció donde tantos desfallecían. Obra de la fe, que se alberga en el corazón, por quien se acometen las empresas arduas y grandes: que el corazón es más valiente que la cabeza. Saludemos como á madre á la mujer gloriosa, cuyo amor vive en el alma encendido y vivirá en las generaciones; y saludémosla así todos los españoles, los de aquende el mar y los de allende, porque á unos y á otros, estando para morir, nos dejó el corazón como lo más que podía dejarnos. Madre dulcísima de cuantos invocan á Dios en

la hermosa habla de Cervantes. Pues con ser esta milagrosa mujer político, legislador, soldado, conquistadora de reinos y descubridora de mundos, y no haber bien donde no enderezara el pensamiento, no fuera luz de reformation, amparo y fianza de buenos y azote de malos si no hubiese sido espejo limpio de costumbres donde la misma honestidad se miraba. Dicen las obras callando lo que las palabras con muchas voces no aciertan á decir. Del olor fragante de tantas virtudes se llenaron las entrañas de la podrida sociedad enriqueña y se impregnaron de él con que fueron sanas y renovadas. ¿Custataba andar á toda hora derramados en saraos y fiestas? Retraída la reina en su cámara allí se regalaba con sus hijos, festejo de su alma. ¿Aplacían brocados y joyeles y echar en un brial la renta de un condado? Las joyas de la reina más eran recurso de su providencia bienhechora que realce de la realeza, y con un jubón se honraba el rey católico que ya remudara de mangas la reina dos veces: que no hay camisa que mejor siente á un marido que la que zurció la mujer propia. ¿Señoréase la licencia impudente y la castidad conyugal es ultrajada? Pues en el rey, su señor, tiene la reina de continuo los ojos y el pensamiento. ¿Andan desmandadas las clausuras y en vanidades? Visitarlas ha la santa princesa y allí se pondrá á hilar, y quedarán reformadas. ¿Atedian las haciendas y atrae la ociosidad liviana del estrado? La reina de Castilla con sobra de cuidados que atender, todavía tendrá vagar que divertir labrando para los altares de Dios, y aprendiendo lenguajes, y llegará á amansar aquel latín del cual escribía Hernán Pérez del Pulgar que es tan zahareño y soberbio que no se deja tomar de los que tienen muchos negocios. Pues con tales ejemplos ¿quién no había de hacer por auparse? Porque como siente Juan de Lucena «lo que los reyes fazen todos ensayamos de lo fazer..... ¿Estudia la reina? Somos agora estudiantes.» El ejemplo de lo alto tiene tanto poder y fuerza que no hay cómo escapar de él. La lluvia, que

cae de las nubes, se empapa en la tierra y la fecunda y hace sabrosos y sazonados los frutos. En aquella bendita mujer aprendieron las de su tiempo el oficio de esposas y madres; y así de ellas salió aquella generación gigantea, robusta de cuerpo y alma que abrumó al siglo xvi con el peso de su grandeza. Llanto de hijos, universal y desconsolado, fueron sus funerales. Bien pinta Pedro Mártir aquella procesión triste de Medina á Granada, conduciendo el cuerpo inerte por cerros y collados; los caminos hechos ríos, abiertas las cataratas del cielo y arrojando torrentes de lluvia, como si naturaleza quisiera acompañar el duelo de España.» Y por lo que hace al rey Don Fernando en otra ocasión dije así (1): «Quiero proclamar en desagravio del hombre á quien la gran reina supo elegir por compañero de su vida y cooperador de su obra, que compararle con los impíos, disolutos y sanguinarios príncipes del tiempo, sin más ley que su gusto ni más fin que sus intereses, es injusticia notoria rayana con la calumnia. No es extraño que fuera receloso quien se crió entre recelos y suspicacias; ni que no se le esponjase fácilmente el corazón á quien no vió en su padre ni en su madre más que ambiciones devoradoras. Astuto fué el rey su padre; astuto aquel Conde de Trastamara, cabeza de su estirpe, que todo lo fió á la astucia; astuta la reina Doña Juana Enríquez y de raza de astutos, avizores de su provecho. Los que él engañó no se quejen del engaño sino á su torpeza, que no salieron engañados por más leales sino por menos sagaces. Iban así las costumbres y jugar con otras cartas fuera jugar á pérdidas; mas nunca manchó su honra con las infamias con que tantos príncipes de su tiempo se mancharon. Fué firme en la fe, y si tal vez se mostró ceñudo con el Papa, nunca le negó la obedien-

(1) *Cuarto centenario de la Reconquista de Granada y del Descubrimiento del Nuevo Mundo.*—Granada. Imprenta de Indalecio Ventura, 1892.

cia, y más fueron desabrimientos del rey de Sicilia con el de Roma, pleiteando por sus derechos ó deber de príncipe de mirar por el bien y la hacienda de su pueblo. Tenía el valor sereno y reposado que atento considera el peligro y lo acomete, no la temeridad ciega que se arrebata. En la resolución y sobriedad era aragonés. Á ser menos esquivo no afearan su memoria las quejas de los varones más insignes de su reinado. Nunca se le podrá perdonar que segundase bodas quien tal mujer logró, y pusiera á punto de arriesgarse la obra con tantos esfuerzos consumada.» Pues tenemos que si Castilla y Aragón para juntarse en uno, después de secular departimiento, hubieron de casar sus príncipes, de no ser ellos tales cuales fueron, ni llevaran después á cima cosas tan grandes ni por ventura ésta de la junta, de que tanto había menester, y sin la cual las otras fueran imposibles ó á lo menos muy dificultosas, pudiera tener suceso. Bien lo declara aquel matrimonio de Don Alfonso *el Batallador* con Doña Urraca de Castilla, que paró en ruina y destrucción de unos y de otros; que si otros eran los tiempos y no apercebidos para tan gran mudanza; pero á la unión tiraban los nobles castellanos que aconsejaron la boda; y á ser Doña Urraca de la discreción y comedimiento que siglos adelante luciera Doña Isabel, y á tener aquel martillo de infieles aires menos bruscos y vivir menos de continuo en hábito y estilos de hueste, y á haber el aplomo y luz de juicio que con la sangre heredara el rey Don Fernando, otra suerte corrieran las coronas cristianas, y por ventura lo que se acabó en el siglo xv, tuviera en el xii término y remate. Pide un buen gobernar como toda obra de hombre avisado, que se ponga la mira alta de manera que, mirando arriba, se busque lo mejor. De las cimas se ve el llano y todo se avizora bien en su conjunto y en sus varias partes. Mas del modo que el que va caminando, que lleva los ojos en el lugar de llegada; pero no de suerte que no mire dónde pisa, porque no tropiece, así en el gobernar también

hay que parar bien la consideración dónde se pone el pie, y estudiar los caminos, y no lanzarse temerariamente por los atajos y trochas sin conocerlos. Púsole Dios al hombre los ojos en la faz de modo que se enseñase á mirar alto, y naturalmente el alma se encumbrase en busca de la patria, y no como las bestias que van hozando el suelo con la codicia de la bellota; mas no se los puso de suerte que no pudiera bajarlos en su sazón y mirar al suelo porque viera cúa tierra era formado y catase dónde la prudencia le mandaba pisar. Pues estas dos excelencias del buen gobernar, de esforzarse y alentarse en los pensamientos para las grandes hazañas y advertirse y comedirse con la prudencia para ejecutarlas, estas dos excelencias, digo, puesto que se muestran en el ánimo generoso de Doña Isabel; pero tienen cabal complemento en la advertencia previsorá, en la frialdad prudente y en el fino instinto de Don Fernando de Aragón. Acaso Doña Isabel sin la asistencia del aragonés, por ventura quisiera alzarse á empresas más para soñadas que para ejecutadas, donde el corazón se impusiera de recio y venciese á la bien asentada cabeza; mas el aragonés sin la castellana fuérase acaso tan sólo por los caminos de su padre Don Juan II y echara todas sus fuerzas en los asuntos de Italia, sin más alzarse á cosas mayores. Necesitaba la Reina de quien la afirmase en lo real: necesitaba el Rey de quien le alentase á lo ideal. De aquella admirable ponderación de fuerzas, regalo espléndido de la divina Providencia, salió lo que necesitaba España para acometer la obra providencial á que era llamada en el siglo xvi. En resolución: que *tanto monta*. El mote era de una profundísima verdad.

II

Pone grima leer las crónicas y libros y papeles de mediados del siglo xv. No hay retablo de lástimas que pueda semejarse á aquella Castilla desmedrada que vino á tan hondo abajamiento después de las guerras y rebeldías que ensangrientan el siglo xiv, y envilecen la primera mitad del siglo que le siguió. Reinaba para afrenta un casi hombre que no supo respetar la corona en las sienas de su padre ni defenderla en las suyas después que la ciñó. Hombre desmazelado de cuerpo y de alma que ni entendió de oficios de rey ni de oficios de marido, ni de oficios de padre, mas sólo de holgar y montear y de dar á los deleites los bríos que por ventura le faltaran para los empeños honestos. Cortejábanle juglares y moros y señores y clérigos que más iban con la condición de aquella baja gente que con lo que la sangre y la honra y la honestidad y la santidad del oficio les pedía. Y como el ejemplo del que está arriba sea de tanta fuerza á los de abajo, de modo que bien se pudo decir aquello de que *ad exemplum regis totus componitur orbis*, que es en romance según frase de Juan de Lucena, abajo citada, «que lo que los reyes fazen luego ensayamos de lo fazer»; y como sea verdad que la multitud es dada de suyo á bailar al son que le tocan, ello fué que á ejemplo del rey se desbarataban todas las cosas. Con esto toda ley de justicia y de honestidad y cristiandad era oscurecida y reinaba noche tenebrosa de desafueros y fuerzas y deshonestidades, y no había dónde poner los ojos que no fuera para luego apartarlos desabridamente y con tedio. Iba la realeza, ya mal traída desde Montiel, por donde se

despeñara en los apocamientos de D. Juan II y sin un don Álvaro de Luna que la cobijase; y palabra de rey valía lo que palabra de pechero, que había que fiarla; y tanta era la merma de la autoridad real, que no siendo ya el rey fuerza y justicia, sin estrépito de sangre se la pudo derribar sin otro aparato que un teatro y dejándole la cabeza por escarnio. Los nobles, entre tahures y juglares muy bien hallados, harto cumplían con el nombre que en griego quiere decir *los mejores* porque en aquel caimiento y bajeza, siendo ellos lo más bajo y caído, eran los *aristócratas* de entonces: que la aristocracia de los malos son los peores. Y cierto que no negaban el linaje, pues los más venían de aquellas hornadas de blasonados que hizo Enrique II con que aderezó el fratricidio y el regicidio y les dió aparato de autoridad: que á pocas hazañas y pocas virtudes muchos blasones y ejecutorias y veneras que cubran la fealdad de la desnudez; y esto es señal de malos tiempos, que suelen ser mayores las honras allí donde la honra y la honestidad andan más acabadas. Tenían aquellos nobles de cristianos el nombre y el bautismo; pero en las obras judaizaban y aun eran peores que moros y de más liviana y desenfadada condición. Más gustaban de afeites y de cargarse de oro y pedrería hasta en los borceguíes, que de los arreos de pelear. Arriscados en saraos y fiestas en el batallar con damas, y muy arredrados de las fronteras donde, si alguna entrada se hacía, era como de burlas, con mucho aparato de divisas y empresas en yelmos y escudos, como aquella de Enrique IV que quedó en lenguas, que no parecía sino que no había infieles en casa ni tierra que les ganar. Era fuero la fuerza, y no había otro imperio que el hierro, ni más procomún que la codicia y la rapiña de cada cual. Las ciudades y villas con más batallas que los lugares de fronteras, que estaban á lo que quisieran infieles; y dentro en una ciudad colaciones con colaciones, barrios con barrios, linajes con linajes y vecinos con vecinos

peleaban. Señorío el rey no lo tenía en su realengo ni los señores en sus tierras sino era los que, haciendo de sus castillos roqueros madrigueras de ralea de baja laya, todo lo corrían y devastaban, de manera que no había caminar seguro, ni trajinar posible en despoblado. Pues cómo andaba la clerecía de no haber tanto documento que lo atestigua, apenas si se podría imaginar, porque caer de una muy grande altura es más desastrado caer y con más estrago, y la corrupción de los llamados á ser mejores es de todo en todo pésima. Y aquellos obispos, esquilmadores y robadores de sus rebaños, que no pastores de ellos; que andaban á lanzadas por mejorar de mitra y las hacían pensión de su casa cuando ño de su dañada y punible descendencia; y las prebendas y las abadías á lo que querían las cartas comendaticias; y los mozos lindos donde pedían estar las canas; y monasterios y conventos, perdido aquel ser y estado de perfección que está en su hábito y oficio, en vida suelta, no ya de religiosos, sino de legos no cristianados. Y cuando esto era en la iglesia, ¿qué sería lo que en los populares se pudiera esperar? Porque escrito está que sin la sal viene la corrupción, y perdida la sal de la tierra ¿con qué se había de salar? Á voces pedían reforma aquellas desdichas, y por desgracia luego se vino medio siglo después, no á podar el árbol y arrancarle la mala hierba, y dejarlo que á su sabor retoñara lozano, mas á descuarjarlo, que fué la mala obra de Lutero y de todos los de las sectas, con que retrocedió Europa. Pues como digo, los populares que según es su natural luego están á lo que ven arriba, y más si es holgado, y no tanto á seguirlo cuanto á pasarlo, derribadas las barreras, entraban por vidas y haciendas, de manera que ninguna ley divina ni humana era poderosa á atajar. Los estragos y rompimientos grandes; las costumbres á lo pagano; la fe en muchos quebrada y las supersticiones antiguas, que como mala hierba, habían arraigado en las generaciones cristianas, retoñando ahora: que no hay tierra

más abonada para todo jaez de embelocos y hazañerías de embaidores y cabezas de secta, que la flaqueza de la fe, porque como quiera que el hombre sea nacido para creer, el lugar que ha en el alma para la creencia desde luego que lo ha de llenar, y si no lo llena del oro acrisolado de las verdades por fuerza que lo habrá de atiborrar de la escoria de los errores. Las tierras, corridas de forajidos, quedaban yermas, sin que el arado del labrador les abriese las endurecidas entrañas, para echar en ellas el grano del pan venidero. No cruzaban sendas y caminos los traficantes, que no tenían seguro ninguno para su traficar, y si algo se traficaba para algunos menesteros de la vida era á trueco; que la moneda por lo mudable y tornadiza y de bajísima ley, en nada se estimaba. Hambres y miserias en lugares y cabañas, y pompa más que de reyes en las fiestas blasonadas donde toda suerte de alarde brutal de lujo pestilente hacía su asiento. Y era lo mejor, que de estas esplendideces nada llegaba á la corte porque se daban los señores tan buena mano á apañar, que las arcas reales estaban vacías. Grandes señales había de tormenta. Tiene la hambre mal consejo y los vientos socialistas soplaban en Europa desde el siglo XII. Por estos rumbos fueron los albigenses y los pobres de Lyon. El Renacimiento también iba haciendo su camino. Con algunas cosas de recibo y saludables, traía otras de muy peligroso ver. Años adelante, reinando ya Doña Isabel, y cuando los tiempos eran otros y más sosegados, se escribió libro de estas cosas, curiosísimo, dedicado á la reina de Castilla. Lo que allí se dice y la manera de decirlo sería para espantar hoy. Ya lo traté más largamente en otra ocasión (1). Esta era la Castilla que heredaba la princesa Doña Isabel. Parecía que todo era acabado. Apenas había lumbre de religión, según era escarnecida. La rea-

(1) *Centenario etc.*— Amador de los Ríos, *Historia de la literatura española*. Tomo VII, Apéndices.

leza en Ávila villanamente ultrajada, no se había levantado. Los altos y los bajos en servidumbre. El pueblo pidiendo pan y verdad. El rey de Granada muy sosegadamente gozándose en la Alhambra y pensando que las fronteras eran angostas y acaso llegada la coyuntura de ensancharlas.

Pues el aragonés Don Juan II tampoco iba con buenos vientos, que el francés rompió más de una vez por las fronteras, y á los catalanes los tuvo enfrente, y siquier fueran de su condición muy dados á apellidar nuevo señorío, mas cierto que entonces la causa era noble y generosa, y el mal querer que el rey Don Juan tuvo siempre á su hijo el príncipe Don Carlos, por ninguna razón se podría cohonestar, y su flaqueza para aquella Doña Juana Enríquez, su segunda mujer, pondrá en aventura su nombre de padre, de marido y de rey. Y las demás naciones de Europa también navegaban en zozobra, porque Constantinopla era entrada, y el turco infestaba los mares y amagaba las fronteras de tierra, y en el aprieto común los príncipes no daban en entenderse, antes cada cual iba á su medro, sin otra razón que lo que entonces se comenzó á llamar *razón de estado*. Sólo los papas hubieran podido salir con este empeño de juntar las voluntades y llevar los pueblos en uno, y aun con la ingratitude y poca comodidad de los tiempos, húbolos que lo intentaron, mas fuerza era sanar antes las heridas del Cisma, que estaban sangrando, y hubo papas que más pensaron en desenterrar cosas sepultadas, que en matar y enterrar los males presentes; y los príncipes, arregostados á las máximas romanas, trataron de desentenderse de los papas, y hacerse señores absolutos, y romper las antiguas constituciones de los pueblos, las cuales, si en algunos puntos eran pasadas, en otros habían de ser mantenidas. En resolución, que por muy peligrosos y oscuros pasos habían de andar reyes y pueblos.



III

De los sucesos que en la historia son para maravillar es de los primeros aquel levantarse de España en unidad valiente después del caimiento y desmenuzamiento pasado, en un correr de años de poco más de doce, de manera que quien la hubiera visto en las postrimerías de Enrique IV y la viera ahora, pareceríale más fiesta de tramoya, que realidad viva y verdadera. Porque ello fué que aquel desentumecimiento y aquel entrar en lozanía y mocedad no ocurrieron con una nueva generación, sino que de las miserias y ruindades pasadas salieron las grandezas y los arranques presentes. De los que más se señalaron junto á los nuevos reyes y más se granjearon honra y fama, eran muchos aquellos áulicos enriqueños en quien toda lisonja y bajeza hiciera alojamiento. Muchos que comenzaron en vil cabeza de bando, acabaron en héroes de leyenda. De aquellos poco avisados, que añascaban el reino, salieron los justicias rectos y los alcaldes de vara entera y los hombres letrados que en las Cortes de Europa echaran los cimientos de aquella fina política, honra del rey Don Fernando de Aragón y de los dos grandes Austrias Don Carlos y Don Felipe. Cierto que ya no había corona en trono vacante ni en trono impedido, sino muy encajada en la cabeza de quien entendía por modo primoroso el oficio de rey y le daba cabo en bien de todos y para contento de todos. Y quien así ceñía la corona, tan ajustada que no había vientos, por recios que ellos fueran, que la moviesen, era una princesa en quien Dios quiso juntar lo más excelente del varón y lo más excelente de la mujer; de suerte que si en esfuerzo se igualó

con los más insignes varones, pero jamás le faltaron la dulzura y delicadeza femeniles, con que si fué varonil, pero siempre fué mujer. Con aquella clarividencia que fué como don suyo privilegiado, desde que aceptó los amores del que entonces era rey de Sicilia, no pensó tan sólo en el marido, mas también en el rey que hubiese de llevar con ella el oficio y dignidad real. De las cuatro virtudes cardinales que, si á todos son necesarias, á quien ha de mandar le son de mayor necesidad, en grado eminente tenía Doña Isabel las cuatro: y cuenta que ellas son tales, que, fallada la una de ellas, parece que se pierde la virtud de las demás. Pues estas cuatro virtudes púsolas Doña Isabel en ejercicio para aquel primer luminoso arranque de princesa que había de ceñir corona. Compartió el cetro con quien compartió el lecho y así, en razón y con buena mano, trató lo más grave y dificultoso de resolver, que salió muy atinado y comedido porque aquella resolución fué dar con el punto en este concierto del gobernar; que el príncipe aragonés no tenía sangre de sufrir el porte y trato de rey consorte. Así hay que caminar por la historia de aquel reinado, con este presupuesto de que rey y reina reinaron y gobernaron y pusieron mano en la maravillosa hazaña, por más que en lo que hace á Castilla y á lo que á Castilla pudo tocar, fué mayor la mano que puso la reina, de manera que bien se pudiera afirmar que ella se bastara para mudarla de faz á faz, y con razón dice de ella Fray Andrés de Miranda, que fué la elegida de Dios.

Pues luego que la arrogancia portuguesa fué humillada y las banderas de Toro, con pompa de la cual nos queda curiosa relación, fueron llevadas á Toledo y tendidas sobre el bulto sepulcral de Don Juan I en desagravio de Aljubarrota, luego, digo, comenzó aquel amanecer después de noche tan cerrada, y aquel volver á la vida los que parecían muertos y aquel concertarse y buscar cada cual su puesto para la obra común. Y era que sobre el caos de aquella sociedad del siglo xv había

soplado el espíritu de vida de una voluntad potentísima. Y no hay que darle vueltas: no hay obra grande que no se deba á la voluntad. La cuestión de todos los tiempos en las crisis graves y tremendas: el hombre que se necesita. Logrado había Castilla ese hombre que la metiera en la piscina de su curación, y lo logró en una mujer. Y no era esto rareza en nuestra historia. Desde los antiguos tiempos la mujer española dió muestras de su esforzada condición. Aquí sentaron bien las hembras. Hombre fué en los procederes Doña Berenguela de Aragón mujer de Alfonso VII *el Emperador*; hombre Doña Berenguela de Castilla, egregia madre y educadora de San Fernando; hombre Doña Blanca de Castilla, egregia madre y educadora de San Luis, rey de Francia; hombre Santa Teresa de Portugal, primera mujer de Alfonso IX de León; y en el menguado y azaroso siglo XIV apenas se encuentran en Castilla más hombres que Don Alonso Pérez de Guzmán y Doña María de Molina. En fin, que España necesitó de un hombre en el siglo XV y le tuvo en la reina Doña Isabel. Y entrando en el propósito que esto de que los pueblos necesiten de hombres que en el extremo de la adversidad y en las crisis hondas y en las mudanzas los aupen y alienten, quizá no habrá verdad política que más clara y probada salga de la historia. Y así no hay tiempos de muy apretada necesidad donde no se ande en busca del hombre, y no se piense en cuánta sea la falta que ese hombre hace, y no se den todos á imaginar quién él será. Y de esto sucede en nuestros días, que andamos de voluntades tan menesterosos, puesto que hemos de fiar en que ya le tenemos, y que luego, en madurando, ha de dar frutos de bien común. Y aunque algún repúblico, viendo el afán de nuestro pueblo por ese hombre que necesita, dejárase decir que ese clamar de los españoles era achaque de holgazanes que quieren del esfuerzo ajeno, lo que al esfuerzo propio cada cual le debe pedir, más parece esto retórica con que salir del paso, que nada que tenga razón ni

subsistencia; y aun se pudiera afirmar que es grave error en la ciencia política y en la historia. Porque dice la experiencia de sucesos y pueblos, que á menudo en las crisis más graves y hondas, donde las mudanzas y tormentas son continuas, hay como cierta ponderación y proporción de fuerzas en los grandes sucesos, entre los lugares y tiempos en que sucedieron y los hombres que aparecen como autores; de suerte que quienes en cosas de historia sólo ponen la consideración en las grandes figuras y prescinden de lo demás y como que los aíslan de ello, caen en muy craso error; mas los que engolfándose en estudios de gentes y razas y psicologías colectivas más ó menos livianas, prescinden de aquellas grandes figuras y no les dan ningún valor ó á lo más el de una vegetación social de mayor ó menor categoría antropológica, esos tales, que van con la moda, caen también en muy craso error. Y es que cada cual teoriza á su gusto sin más cuenta con los hechos, que fueron, como si no hubieran sido, y esto aun los que más presumen de experimentales. Frente de estas dos conclusiones sin consistencia está lo que dice la atinada observación de los hechos que fueron, que al fin, aunque muy varios, pero todos son del hombre y por tal de una naturaleza. Y dice la historia y dicen la razón y el buen sentido, que hacer de la nada algo, por poco que ello sea, sólo es de Dios creador, y única existencia esencial, de manera que los hombres que en las varias edades de la historia más tiraron la barra en las grandes hazañas, por sí solos y sin auxiliares ni materiales nada hubieran podido hacer. Que del modo que la cantera sin el arquitecto, que da la traza, no es el edificio de arte maravilloso, contento de los ojos, así toda la destreza del arquitecto y perfección de la traza se estrellarían en la falta de oficiales y peones, y más que nada en la falta de cantos de que labrarla. De donde se sigue, viniendo ya más á nuestro historiar, que en este punto y término se ha de poner la empresa de los reyes Don Fernando y Doña Isabel,

que pudiéramos llamar de el nacimiento de España; porque de no tener ellos buena tierra que labrar sino guijarros y arenales, de nada les sirviera su buena labor; mas por agradecida y rica que la tierra fuere, como ella no fuese labrada, por fuerza que se había de cubrir de mala hierba y que no diera sino frutos desabridos y dañados. Y en verdad que no era todo tan acabado en Castilla cuando Enrique IV finó en Madrid en Diciembre de 1474. Es de complexión recia la raza española y además venía de lejos forjada á martillo en el yunque de la adversidad. Ocho siglos de batallar por la fe y la tierra, aunque con sus treguas y dejadeces, afinaron poderosamente las voluntades. Había fuerzas bien que perdidas ó desperdigadas ó mal empleadas. Mas esta misma complexión robusta que de suyo era bien y excelencia, dejada á sí, ofrecía mayor peligro á toda alteración. Más ceban ciertas dolencias en los muy sanos. Asomaban para Europa días muy turbados. Las novedades como siempre se tomaban á ojo, las malas con las buenas. De seguir por aquellos malos pasos y despeñaderos de las edades enriqueñas con príncipes del corte y traza de el destronado de Ávila, como á Castilla la hubiese tomado en tan temerosa disolución el incendio que abrasó á Alemania y prendió en media Europa con la herejía de Lutero, en aquel punto y hora fuera su acabar y con él el de toda España. Mas la providencia de Dios que para muy altas cosas en aquel siglo y en el XVI nos tenía destinados, no lo permitió, y dió á Castilla y á Aragón aquella pareja de reyes como regalo divino, cuando había materia de nación y de muy acendrada calidad; y ellos labraron la tierra como quienes eran maestros en la labor, y de la buena tierra y de la buena labra salió aquella cosecha de grandezas tal y tan cabal cual no la cogiera pueblo ninguno. Bien celebraba Pedro Mártir de Anglería con áureo estilo esta resurrección y felicísima mudanza, cuando escribía al Cardenal Ascanio Colona en 1487: «*Italiam extra se otiosam esse, intra vero*

(ad sui perniciem) negotiosam. Hispania vero contra Italiam in diversa discerptam, Hispaniam in unum redactam. Italiae principes discordes, Hispanos unánimes intelligebant». Y en otro lugar de la carta, comparando entrambas penínsulas, dice que es Italia «*inmensi palatii angulum*», y España «*mediam ipsam oedium aulam et totius orbis emporium*». Cierto que aquí vendrían como de molde aquellas palabras con que el Real Profeta canta la labor de los justos; que iba aquella bendita mujer con grande fatiga y prudencia echando la buena siembra de la justicia y de la paz y de la junta de las voluntades, é iba ganando á los unos y reprimiendo á los otros, ahora con rigores, ahora con regalos y siempre con trabajo y lágrimas del corazón; y luego de caminar aquellos primeros y azarosos años por entre riesgos y asperezas, volver regocijada, trayendo en apretados haces las rubias espigas de la buena cosecha con que llenar las trojes del bien común, años antes del todo en todo vacías.

Era de ver aquella serenidad de Castilla después de la deshecha tormenta pasada, y aquel pasearse la justicia por ciudades y castillos y por los yermos y por los caminos apartados por donde en mucho tiempo sin afrenta no había podido pasar. Ya se labraban los campos porque el labrador tenía defendido el arado. Ya los traficantes poblaban los caminos sin miedo á asaltos de foragidos blasonados. Ya las ferias y mercados hervían en las mil industrias que al abrigo de una bien asentada paz florecían. Ya la religión, limpia de supersticiones y embelecocos, alumbraba como esplendente sol toda la haz de la república y era principio y fin de aquellas espantables hazañas. En ellas asistió de continuo á la esforzada mujer aquel su marido en quien ella se miraba como en su señor. Y ¡vaya qué otros hombres buscó para que la ayudasen en su empeño, que cada uno de ellos bastara para llenar un siglo! Más hizo por la corona y por el reino de Castilla aquel D. Pedro González de Mendoza, á quien dicen las his-

torias el *Gran Cardenal de España*, con su advertencia y buen consejo, que aquel otro de su linaje que en Aljubarrota cediera su caballo al rey D. Juan I para que se pusiera en cobro. Hombre el Cardenal de mucho saber de hombres y de mucha hondura política, y que en negocios de estado siempre puso la mira alta. Fuera en sus costumbres menos semejante á su adversario el revoltoso arzobispo de Toledo D. Alfonso Carrillo, y más tuviera que alabar. Mas de él se pudiera decir aquello de

*Hombre al parecer divi-
Si encubriera más lo huma-*

Dejos del siglo xv. Fué gran fundador de casas de caridad donde se aliviaren las dolencias del cuerpo y más las del alma; y en todas dejó estampada por timbre la santa cruz, de la cual fuera muy fervoroso amador. Cuando no hubiera hecho otro servicio á Dios y á España y á la reina Doña Isabel que proponerla para confesor á Fray Francisco Ximénez de Cisneros, bastárale para que se le perdonaran los yerros y se le extremaran las alabanzas. Y ¿qué decir de este hombre milagroso! Que él más que nadie estuvo á la altura de aquella mujer, y más que nadie se penetró de su pensamiento y le siguió. Fraile, nacido para señorearse de príncipes y grandes y que siempre se mantuvo siervo de Dios. Conjunto de aptitudes que espanta, cual no se vió otro quizá, y en cada una de ellas tan suelto y desembarazado como si en sólo ella se hubiera empleado. Fraile, político, guerrero, filósofo, santo; reformador de conventos y reformador de soldados; fundador de instituciones, de monasterios y de escuelas, todo ello bajo el sayal de San Francisco y encerrado en un cuerpo magro y enjuto que bien pudiera un siglo adelante haber servido de inspiración al gran modelador de San Francisco, el insigne Alonso Cano. Y tales perfecciones y virtudes en una complexión española tan limpia y bien perfilada que más no se

podiera acabar. Se le han querido buscar comparaciones. No hay con quién compararle. Otra figura de luz se destaca en tan hermoso cuadro: Fray Hernando de Talavera, varón en santidad y don de consejo eximio; de mucho saber; primer pastor amorosísimo de aquel nuevo rebaño granadino, recién restituído á la paz de Cristo. Y más en el fondo del cuadro y no con el relieve y fuerza de luz del valimiento político, sino con la apacibilidad y serenidad del regio hogar, aquel fidelísimo de D. Gutiérrez de Cárdenas, espejo de lealtades; y aquella doña Teresa Enríquez, su mujer, fundadora de hospitales y monasterios, y tan enamorada de la divina Eucaristía, y tan ansiosa y buscadora de regalos y cariños con que agasajarla y honrarla, que el Papa le decía: *la loca del Sacramento*; y aquella discreta doña Beatriz Galindo á quien sus saberes le valieran el dictado de *la Latina*, que dejó en Madrid memoria de fábrica prima que acaba de desaparecer para remordimiento de los que debiéndolo evitar no lo evitaron y luego con lágrimas retóricas lo han llorado. Y es muy para considerado aquí que en aquellas devociones tan encendidas que formaban como el ambiente espiritual de la egregia reina; la confesión del Santísimo Sacramento, ansia perenne de doña Teresa Enríquez, y la confesión de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, que cobija las fundaciones de Cisneros y las de doña Beatriz Galindo, eran las dos afirmaciones más rotundas con que el brioso sentir católico de España se adelantaba en años á cerrar las puertas á las negaciones luteranas. Y es más para considerado en este lugar y ocasión porque es coincidencia hermosa que en este año que celebra España el cuarto centenario de la ejemplar muerte de nuestra gran Reina, en él se disponga la cristiandad á celebrar la primera cincuentena de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora con que respondió el Papa Pío IX en nombre de Dios á aquella aclamación universal que tuvo uno de sus más fervorosos arranques en las Concep-

cionistas de Cisneros y en las Concepcionistas de doña Beatriz Galindo. Faltaría yo á mi ley de católico y de español y de hijo de esta casa, donde juré defender el dogma sacrosanto, si no hiciera aquí notar la hermosa coincidencia y pasara por esta conmemoración.

Para la obra nacional que los Reyes Católicos hubieron de emprender, menester era lo primero levantar la realeza caída y ponerla en el punto que bien trabada con las tradiciones y costumbres antiguas, á los nuevos usos y estilos y á las mudanzas de los tiempos se acomodase. Porque es verdad que en el ser de la república y en su gobierno, puesto que el cimiento sea firme porque está en las leyes que les puso Dios, pero según las necesidades y aun conforme á los vientos se suele mudar, como quiera que no todo sea siempre por igual provechoso en todo tiempo; y aquí es el distinguir lo que está sobre toda mudanza y voluntad de hombres y lo que se puede mudar; y este es el arte del gobierno. Pues en esta obra y más por lo que hacía á Castilla, los reyes Don Fernando y Doña Isabel no fueron originales, como tampoco lo fuera Don Fernando en su política de allende fronteras, ni en las cosas de Italia ni en otras que llenan su reinado. De modo que el grande merecimiento de estos preclaros príncipes, á quien la gente española nunca acabará de agradecer, se cifra y contiene en enhebrar el hilo allí donde lo dejaran otros más antiguos, que por no estar los tiempos llanos para la mudanza sólo pudieron comenzarla. Y quien más adelantó en esto fué el Santo rey de Castilla Don Fernando III, el cual echó los cimientos de la obra y la dejó muy en buenas, y no se perdiera si él tuviera sucesores. Y no dejaré de apuntar, porque es lugar de hacerlo aquí, que este nuestro rey castellano es menos estudiado y tratado de lo que su grandeza merece, y aun me atrevería á decir que el San, que precede á su nombre, le estorba para ello, porque en él tropiezan los amadores de la santidad y los malamente aborrecedores de

ella; que unos y otros pasan adelante y no lo estudian; los unos, porque de buena fe no van más allá de la devoción y buenas costumbres, según la vulgar y torcida idea de la santidad que tienen muchos; y los otros porque no les cabe en las estrechuras de su cerebro que quien tuvo devoción y buenas costumbres pudiera hacer cosa que valiese la pena. Fuera San Fernando perezoso en su oficio de rey y dejara desbaratarse el reino, y diérase á muchas devociones, y á buen seguro que la Iglesia sancionase su santidad. No se verá en los altares el piadosísimo Felipe III. No así San Fernando, que fué un rey de cuerpo entero. ¡Vaya un premio rumboso que tuvieron los esfuerzos de su madre Doña Berenguela de Castilla! Fué San Fernando soldado, político, legislador, patrono de la lengua romance, favorecedor de letras y artes, precursor de los reyes más grandes de España en todo cuanto imaginaron de más generoso y de más enjundia española. No fuera divertirme del asunto, para lo cual no tengo licencia, y yo os hablara aquí á la larga del insigne rey. Él cobró de moros lo más de la tierra, y fué el primer rey castellano que vió claro que, sin barcos, tierra rodeada de mar no sería nada. Él pensó que el Estrecho se volviese en un canal de Castilla, y vió claro también que de lo que fuera de la una costa pendía mucho lo que fuere de la otra. Aperciábase á llevar la cruz á la costa africana cuando le atajó la muerte. Pues con aquel crecimiento del pueblo cristiano la dignidad real se hubo de levantar y los populares ayudaron á auparla, y entonces la justicia se pasó como rasero sobre los más altos, y así todos hubieron de venir á una, con que la república quedaba bien ordenada. De San Fernando es aquel Consejo de *homes sabidores*, primera entrada de la clase media en la gobernación de la república. Político advertido, era tan firme en la resolución como comedido en la ejecución, y más gustaba ir ladeando, y buscando trochas y veredas por llegar más seguro al término. Así las leyes nuevas y las nuevas cosas,

suavemente llevadas, fueron suavemente recibidas. Los vientos favorecían estas mudanzas. De las Universidades salían los ecos de las leyes romanas que apretaban la autoridad, y los Cánones de la Santa Iglesia que llamaba las gentes á esa concordia de entendimiento y voluntades que llamamos la cristiandad. Al caer Europa sobre Asia en rescate del Sepulcro de Cristo, se allanaron las fronteras, y al juntarse señores y vasallos para una obra de todos, volvieron compañeros y hermanos. Pero era mucha obra aquella de San Fernando al mediar el siglo XIII. No era llegada la sazón y no tuvo sucesores. De ellos sólo dos acaso hubieran dado el avance. Á ser menos rebuscador de libros Don Alfonso X y más rebuscador de hombres, la obra de su padre hubiera tenido continuador; mas Don Alfonso era más dado á mirar arriba que á ver donde ponía los pies, y no mirando dónde se pisa luego viene la caída. Tuviera su descendiente Don Pedro otros padres y otra honestidad que de su padre no pudo aprender y otros tiempos menos estragados, y acaso se aupara donde su antecesor San Fernando, que no le faltaban arranques. «La ralea de forajidos blasonados de su sangre y no de su sangre, con quien tuvo que habérselas, agrióle la condición, y como fiera acosada, que se revuelve, ensangrentó el reino.» Por bajo de él fueron en Castilla casi todos, y de los que más el fratricida que le mató. Á ser otra la suerte en Montiel la memoria del rey Don Pedro no fuera tan infamada. Y aquí acabaron los reyes en Castilla y vinieron las turbaciones y escándalos bárbaros de los siglos XIV y XV: casi una centuria que atedia y hace pensar en la fin del reino. En esta lucha de reyes y nobles iba haciendo su camino la realeza. Hacíanle espalda los populares: buscaban en el rey abrigo contra los señores, y el rey ponía en ellos su defensa. Así en los otros reinos de Europa. No todo era oro de ley en esta mudanza, y menos fuera de España que dentro de ella. Pégase mucho á la voluntad el mandar y es muy desabrido sufrir advertencias y dar

con barreras entre la justicia y el imperio. Los vientos romanos de la escuela traían la peste del cesarismo. La partición de señorío y potestad, que hizo Cristo ante la moneda del César, parecíales enojosa: querían ser señores de almas y de cuerpos. Los papas, con la dañada estancia en Aviñón y el estrago del Cisma, habían caído de su autoridad: apenas podían defender la porción de Cristo. Con esto, rotos los frenos, los príncipes hacían del arbitrio ley y del interés justicia. Íbase en las obras hasta donde pedía la codicia. Al bien y al mal se respondía con el *quid est veritas?* de Pilatos. Eran los cimientos de la política moderna. Van los aires con los tiempos, y contra los aires de un siglo poco valen las fronteras. De las novedades algunas al mediar el siglo XV estaban en sazón. Instituciones saludables, mudado el ser social, ya lo eran menos, y acaso dañosas. Además que con las edades van los gustos. Esto que avino en todos los pueblos de Europa, avino también en España pero de modo singular. Como fuera la complexión española muy reciamente cristiana, resistió la pestilencia, que de fuera venía, y así la renovación y mutación se hizo á la española, y por tal más maciza y estable y más aireada de verdadera libertad que en las otras naciones de Europa.

Mas para levantar la realeza lo primero era restituirle la hacienda; que la autoridad empobrecida se envilece. El usurpador de Montiel partiérala entre los forajidos, que le dieran ayuda en su infamia, como los sayones del Calvario las vestiduras de Cristo. De los sucesores, los más de ellos, no teniendo sentada la corona más que á medias, seguían en los despilfarros: pagando el reino y engordando los nobles hacíanles más poderosos y más rebeldes cada vez. Cobraron los Reyes Católicos aquellas fortalezas, y volvieron á ser honor de la realeza y defensa del reino las que antes estaban vueltas en guaridas de salteadores del reino y de la realeza. No siguió este empeño de frente la prudentísima mujer como su abuelo

el rey Don Pedro ni con las violencias que á él le costaran corona y vida, mas por los caminos que á San Fernando condujeran á su buena obra; y yendo por ellos venció. Eran también otros los tiempos. Con esta prudencia, ladeando dificultades, tomó aquella torre del homenaje de las rebeldías, que eran las Órdenes militares, que juntas y separadas harto podían hacer cara al rey y aun ponerle en mucho aprieto: reinos dentro del reino, muy ariscos de llevar y en las alteraciones y revueltas muy peligrosos. Brava cosa yendo contra moros y ganando tierras para Cristo; pestilencia pésima ahora que las armas, ociosas de infieles, se empleaban en los fieles; y en las alteraciones de los siglos xiv y xv, donde iban, allí la ventaja, y pocas veces la justicia y el bien común. Políticos de menos advertencia que los Reyes Católicos, luego que vieran ocasión, acabaran con ellas; no así aquellos Reyes que no eran taladores de árboles sino podadores y cultivadores de ellos, y así este árbol de las Órdenes militares no le arrancaron de cuajo, mas lo injertaron en la realeza. Con esto injerto luego dieron fruto de buen dulzor, y bien supieron á qué sabía los enemigos de España.

Batalla de ventaja podían empeñar los Reyes con la alborotada nobleza del siglo xv, después de estas restituciones que la hicieron flaca todo lo que ganara en robustez la realeza; mas aún se había de batallar, que los fueros señoriales, á tuerto ó derecho, hacían imposible el señorío de la justicia. Está en la condición humana que este señorío no pese ni pueda cosa si no le hace guarda la fuerza. Por sola la persuasión no se gobierna más que en el gabinete. Flaca es en verdad la fuerza si la razón no la asiste, que al fin por muy firme que quiera ser luego se quiebra: mas con solas razones sólo se gobernarían ángeles. Andaban las mesnadas de los señores muy soberbias, y solían ponerse faz á faz con las del rey, y casos hubo en que por el número las vencían. No llegaba el brazo real á lo acotado por los blasones; mas no había coto

cerrado para las mesnadas que corrían las tierras y las robaban y devastaban, sin ningún abrigo del desvalido. Menester era armar la justicia porque se hiciera respetar. La Santa Hermandad, providencia de los reyes, grandemente sabia, armó los pueblos contra todo linaje de desafueros. Ya no fué más aquello que escribía Marineo Sículo, de «cautivar las personas, las cuales rescataban sus parientes no con menos dinero que si las hubieran cautivado moros ú otras gentes bárbaras». De la bienhechora y grata institución, que acercó los plebeyos al trono, queda en Toledo vieja fábrica de traza primorosa. De la Santa Hermandad sacó otra más aventajada el gran Cisneros. Y ¿quién dirá aquí aquel descanso de Castilla tras de las fatigas pasadas, y aquel pasearse la justicia por llanos y montes, por yermos y poblados, y de todos acatada y cortejada? Levantados eran los rastrillos para que entrara dondequiera como dueña y señora. ¡Qué calor aquel de la realeza que sentían los populares, viéndola tan airosa, sentada en alto sitio, y haciendo justicia mano á mano con su pueblo, como enseñaran dos egregias madres españolas la una al español San Fernando, la otra al francés San Luis, rey de Francia! Y ¡qué perfume de sanidad cristiana por todo el reino!; porque quien iba tan derecho, derechamente á todos les hacía andar, y quien era tan honesta á todos había de enseñar honestidad, y quien atesoraba para derramarlo en bien de todos, había de enseñar á ahorrar, y quien era hacendosa en casa y en el gobierno á todos había de enseñar á no holgar. ¡Dichosas las gentes que tales hazañas de buen vivir y de buen gobernar vieron y gozaron, que puesto que la vida es contada, grande consuelo ha de ser pasar de esta cuitada á la eterna con la memoria de días serenos y regocijados!

Otro muy grave caso para los reyes Don Fernando y Doña Isabel era aquella feliz junta de las coronas, que había de hacer de las varias naciones españolas, la grande España del siglo xvi. Dentro del aire de familia tenía cada una su aire

particular. Hechas á vivir de lo suyo y á su cuenta y riesgo, aquel manejarse por sí y sin compañía, érales grato. En su vida, ya de siglos, más de una vez las unas contra las otras se habían encontrado. La caída del imperio de los godos, con la rotura de aquella unidad de la corte de Toledo, luego trajo la división. Quedaron en aquella ruina á lo que cada cual hiciera. Así, aquellas naciones á poder de fatigas y trabajos, fueron creciendo: los arroyuelos hiciéronse ríos caudales. Cada cual sus leyes y justicias, sus tradiciones y memorias y lenguas de abuelos á padres. Con esto el achaque de las viejas gentes y tribus hispánicas de andar departidas y aun en batalla, con que Roma ganó tanto, ahora tomaba más cuerpo. Encelábase Aragón; parecíale que con aquellas empresas mediterráneas de los siglos XIII, XIV y XV, era mengua juntarse con Castilla hasta entonces muy metida en sus fronteras. Los catalanes eran más porfiados en este parecer. Fuera el negocio en manos de hombre menos experto que el rey Don Fernando y menos avisado y todo se habría puesto en aventura. Luis XI de Francia con violencia y grande desafuero hizo la unión en Francia. Otros vientos corrían por España más saludables y de muy cristiana libertad. Juntaron los Reyes los corazones y juntaron las coronas y con esto juntaron los reinos, mas dejando cada cual en su ser sin más tocar que lo que pedía la necesidad del bien común. Era por entonces la corona de España como una federación de coronas. Esta primera naturaleza histórica de nuestra grande nación bien se vió hasta nuestros días en la manera de encabezar los reyes sus pragmáticas, que se ponían por su orden los varios reinos, estados y señoríos en que tenían la potestad. Con esto los reyes no se fueron desapoderadamente tras la uniformidad, donde se hubieran estrellado; pero como gobernadores maestros trabajaron por la unidad en lo substancial con que trabar bien las partes sin daño ni ahogo de ninguna de ellas. Donde se verá cómo por profesión de fe y por convicción de

gobernador despierto, que sabe lo que trata y adónde va, pusieron los Reyes Católicos empeño en que la santa y saludable unidad de la fe no se quebrase, antes se hiciese más recia y firme; como quiera que no haya fuerza que una como esta unidad, ni fuerza que disuelva como en este negocio de conciencia la diversidad. De esto diremos más adelante. Esta política de los Reyes Católicos, tan castiza y puesta en los hechos, siguieron luego los dos grandes Austrias, el gran Carlos y el gran Felipe y de ello quedan buenas muestras, que no se traen porque no son de este lugar. Mas he de apuntar aquí que entre los mayores desatinos que en cosas de la historia patria han corrido por allí muy recibidos, quizá ninguno más garrafal que el supuesto de que la Casa de Austria torciera los caminos de la vida española. Y entiéndase que al mentar en esta ocasión la Casa de Austria, se hace más particular referencia á los dos grandes reyes austriacos; que los otros más vivieron del impulso recibido, y aun no fueron desembarazados por su camino sino apretados por su flaqueza de influjos extraños. La política de los Austrias no es más que la derivación natural de la política de los Reyes Católicos, como en grande parte la de éstos tiene sus arranques en la Castilla y el Aragón del siglo XIII. A reinar Don Juan III de Aragón en la España que heredó Carlos V, hubiérase encontrado con los mismos problemas que resolver á lo menos en lo principal y los hubiera resuelto con la misma resolución que era la posible. Y en el ensanche y crecimiento de España y en el robustecimiento de la autoridad real va la política de los Reyes Católicos y va la política de los Austrias, no por los pasos de aquellas escuelas renacientes á la vez despóticas y alborotadas, generadoras del absolutismo monárquico más crudo y más aún del Cesarismo y de la Protesta; dos formas de un solo espíritu de revolución; sino que van por los muy atentados pasos de aquella valiente escuela teológico-política de nuestro siglo XVI; la escuela de los Vi-

torias y de los Sotos tan hermosa como desconocida y escar-
necida, toda ella empapada en un jugo de libertad que des-
conoció el resto de Europa, y que se mantuvo en nuestra
tierra hasta nuestro exótico siglo XVIII, cuando los vientos
del Pirineo, cargados de galicismos de pensamiento, de pala-
bra y de obra, lo perturbaron todo.

IV

Queda dicho arriba que los reyes Don Fernando y Doña
Isabel cuando la junta feliz de las coronas, no pusieron gran-
de mano en leyes y costumbres particulares, dejando cada
nación á su ser, puesto que quitaran trabas y barreras, de
modo que suavemente fueran ayuntadas: que esto pedía la
prudencia, ir las trabando sin apretar, de lo cual es muestra
la ley 49 del título IX del libro VI de las Ordenanzas de
Alonso Díaz de Montalvo, que trata de la «Unión de los Rei-
nos de Castilla y de Aragón»; donde se declara horro y libre
el trato y tráfico entre ambos reinos que antes estaban veda-
dos. No pusieron cuenta aquellos Reyes en procurar la unifor-
midad de las varias gentes de su señorío. Veían claro cuánto
era esto ir contra la corriente: que á las veces por cosas de
apariencia más se mueven las muchedumbres que por otras
menos notadas, aunque de más substancia. Está muy en la
condición del hombre que aunen las voluntades más que los
caracteres, y esto se ve en los matrimonios que por humor y
genialidad hay riñas que por muy raro caso se encienden por
cosas graves. Demás que estaba la liga tierna y cualquier
viento la pudiera deshacer. Con este pulso gobernó después
el gran Emperador Carlos; y aquel maestro de los maestros

del honesto gobernar, el rey Don Felipe *el Prudente*, con ser
tan poderoso y la rebelión de Aragón muy temerosa por el
humor de la gente muy porfiado y estar vecinos del francés,
que andaba á lo que caía, desbaratados los rebeldes, no se
airó ni rasgó los fueros aragoneses con la espada vencedora,
ya que Don Pedro IV, rasgando con su puñal el *Privilegio de
la Unión*, le diera ejemplo; más sólo tocó á lo que era de ne-
cesidad y no se avenía con los tiempos ni con la firmeza de
la paz; y esto hecho en Cortes.

Bien está la uniformidad y procurarla, mas ha de venir
por sí y no se ha de forzar. Sobre que lo uniforme suele ser
signo de unidad y aun efecto de ella, mas por sí no es causa.
Bien está el uniforme en las milicias y es ayuda de la disci-
plina porque excusa envidias y emulaciones, mas quien pen-
sara que un ejército es tal, y bueno para batallar, tan sólo
por lo bien uniformado de él, y descuidara formar el soldado,
á buen seguro que se engañará. No se entiende bien el monje
sin hábito, mas si no tiene espíritu y hábitos de tal, de poco
ha de servirle aquel vestir; y aquí vendrá aquello de que el
hábito no hace el monje. Siendo esto así, síguese que pasa
con la uniformidad respecto de la unidad, lo que con la
fuerza material respecto de la fuerza moral, que éstas están
en razón inversa, que dicen los matemáticos, porque á ma-
yor fuerza en la unidad menor necesidad de la uniformi-
dad, como á mayor fuerza moral menor fuerza material; y al
contrario. Verdad que en el arte del gobierno no ha de olvi-
darse nunca. A lo que se añade que esto de la uniformidad
guarda mucha relación con el humor de las gentes y la con-
dición de las cosas que se han de juntar. Pues los reyes Don
Fernando y Doña Isabel hallábanse reyes de reinos de muy
varia condición; pero muy á una en la unidad de una sola y
santa Fe, y esta unidad quisieron afirmar y fortificar y to-
rrrearla bien porque no le llegaran asaltos de enemigos. Y
era el caso que en este asunto tan principal había vientos con-

trarios, que la disolución pasada levantara, y gente que pudiera serle dañosa con su comunicación. «El trato secular con moros y judíos, arcaduces de toda casta de supersticiones y embelecocos gentílicos y orientales, había inficionado de esta peste á nuestro pueblo con ser de condición el menos supersticioso del mundo, como quien con la robustez de su fe católica rechazaba las degeneraciones morbosas que sólo en espíritus entecos se engendran. Porque ello es que el alma por instinto natural y tendencia invencible ama lo maravilloso y corre tras de ello por satisfacer esa hambre de cosas más altas, y como el hambre no tenga espera, si no la satisface Dios habrá de hartarla el diablo: con que se verifica que la incredulidad y la superstición son hermanas gemelas, que por raro caso llegan á separarse» (1). Ya comprenderéis, señores, por lo que va dicho, que voy á tratar aquí de la institución del Santo Oficio de la Inquisición y del Decreto de expulsión de los judíos: asuntos los dos de los más sobajados de nuestra historia y que ya hieden; pero hay que hablar de ello. Y entrando en el propósito, quisiera decir algo de la noción de tolerancia y de la significación de la palabra, fijándola bien, porque bajo de esta palabra se han dicho y se han hecho muchas cosas. En su sentido recto y conforme á la etimología vale tanto como sufrimiento, cosa que se lleva ó se soporta, de modo que lleva siempre en sí la razón de mal. El bien no se tolera, esto es, no se lleva, no se sufre, no se soporta: el bien se reconoce y se recibe y se goza y con él se abraza el alma. Aplicado á doctrinas y hechos (y conste que la palabra es un modo de acción), será llevar, sufrir, soportar las doctrinas y los hechos malos ó que por tal se tengan. Pues yo os digo que en rigor psicológico y aun ético, supuesta la condición humana, la tolerancia no existe, es más, no puede existir. No hay teorías, ni escuelas filosóficas ni educación que

(1) *Centenario etc.*

baste á ello. El entendimiento que ve una verdad y la ve á toda luz, no es libre de no verla ni de darle ó negarle su adhesión. Podrá decir el hombre que no la ve; pero su entendimiento la ve. Sometido el entendimiento, obra sobre la voluntad y se apodera de ella, y desde entonces el hombre quiere invenciblemente lo que su entendimiento afirma y su voluntad ama, y cuanto más firme sea el conocer y más entendido el amar, menos sufre lo que sea contrario á aquel entender y á aquel amar. Y cuanto más aquella afirmación y aquel amor digan relación á un orden transcendental y altísimo, y toquen al bien propio y sobre él al bien común, menos se sufrirá la negación y menos campo se hará á los daños de esa negación. Y esto es de tal rigor y de manera tal entraña en la naturaleza y ser del hombre, que no es nacido el hombre que no sea en alguna manera y ocasión intolerante. Y si no hágase la prueba. Suponed un hombre para quien no haya verdad ni por lo tanto verdadero amor, á quien de Dios abajo ó de Dios arriba, si es que algo pudiera haber por encima de Dios, todo le sea igual: el esclavo más miserable de la negación; buscadle las cosquillas (y perdonad lo trivial de la frase); que le toquen á la hacienda ó á la memoria de su padre ó á la honra de la esposa, y sólo con palabras, y allí le veréis revolverse y allí aparecerá el intolerante, porque por baja y ruin que sea la laya intelectual y moral de ese hombre, al fin es un ser racional. De manera que se viene á la consecuencia de que el más tolerante, si lo es de verdad, lo es en todo aquello que ve dudoso ó le importa poco y no le llega á lo vivo. Fácil es tolerar en lo opinable, mas donde va la convicción y sobre la convicción la fe, la tolerancia es por extremo dificultosa. Bien examinados todos los que afirman la tolerancia como criterio absoluto, se hallará con que no aceptan por entero ni por cierta ninguna verdad. Es evidente: hay que ponerse en un criterio de negación. Se han mudado los términos. Ya la cuestión es otra: afirmar ó negar,

blasfemar ó creer. Nos sale al encuentro Proudhón con una gran verdad, aunque sea una perogrullada, diciendo: «en el fondo de toda cuestión política háy una cuestión filosófica y una cuestión teológica». Cabal. Oyendo al famoso negador, recordamos aquellas palabras del Canto de Zacarías: *Salutem ex inimicis nostris*, ó en términos menos solemnes: los niños y los locos dicen las verdades. No hay política laica; por el hecho de serlo está amarrada á la religión por el odio, ya que no ligada por el amor. Como el ángel caído, amarrado á los pies de Dios.

Hechas, pues, estas prevenciones, volvamos á la España del siglo xv, y á los Reyes Católicos, que por un momento dejamos atrás. Y vemos que aquellos Reyes tenían que trabajar porque viviesen en uno gentes no muy avenidas á ello y hechas por siglos á vivir departidas; y que entre la herrumbre de vicios y fealdades, que los Reyes cuidaron muy bien de raer, salía una vena de oro purísimo, que se corría y derramaba por las entrañas de la sociedad española, por todo lugar, y á los cuatro vientos, la cual estrechaba aquellas gentes y naciones, en lo demás acaso encontradas, y hacía de ellas haz apretado y poderoso de flechas para defenderse de enemigos, y que esta vena de oro era la Santa Fe Católica en la cual vivía y serenamente descansaba la gente española. Y tanto era así que en la profesión y defensa de esta santa fe no había más que un creer y un amar y un querer. Y era el caso que esta conformidad y descanso veíanse amenazados de tormentas por el proselitismo judaico, que con la bolsa llena de doblas, infestara la sociedad de los siglos xiv y xv, y trajó aquellas asonadas sangrientas, que de no aparecer en ellas la figura angélica de San Vicente Ferrer, quisiera yo no recordar aquí, porque son afrenta de su tiempo. Ya entrara aquí en ello más á la larga si no lo hubiera tratado en otra ocasión con más espacio. A bien que tenemos un testigo de mayor excepción en el *Rímado de Palacio*, del famoso Canciller D. Pe-

dro López de Ayala. Y con esta peste judaica había además muchedumbre de embelecos y supersticiones de inmemorial abolengo, que se metían por las costumbres. Pedía la piedad de los Reyes, muy acendrada y sincera (que quien notó á Don Fernando de poco piadoso fué un difamador), pedía, digo, poner remedio y á lo que movía la piedad persuadía la sana política. Demás que en aquella inquietud y desconfianza no se podía vivir: los más fieles y constantes eran sospechados en la fe. Ahí está el venerable Fray Hernando de Talavera, que años adelante fué molestado por este falso respecto, y eso que sus virtudes á los ojos de todos saltaban, y que ya se procedía según ley, y no por la brutal ceguera de la voz de la multitud. Andaban las pasiones muy encendidas. So color de religión vivían otros impulsos menos honrados. Fué en todas las edades la cuestión judaica más que otra cosa social y hoy sin el adobo religioso (que no habrá quien entre los pecados de estos tiempos señale el fanatismo), en muchas naciones de Europa, aun no siendo católicos, el fuego contra los judíos está muy vivo. Son los acaparadores de los siglos xiv y xv; pero más en grande; hacíanles espalda á aquellos reyes sin una blanca y á nobles rebeldes y arruinados: tienen los de ahora los cordones de la bolsa de toda Europa. Una novedad muy curiosa ha aparecido ahora en esta España que ha bastante más de doscientos años que perdió la brújula y va á mucha costa estrenando modas, ya de puro viejas en las demás naciones europeas desechadas. Pónese casi nuestro porvenir en colonizarnos con las reliquias de los judíos expulsos en 1492. Algo de lo que decían los arbitristas del siglo xvii, que eran muy ocurrentes y provechosos antecesores de los otros arbitristas que con diverso porte y hábito le salieran á la sociedad contemporánea. Vamos; nada menos que retroceder en el siglo xx á aquellos candores primitivos, tan bien cantados por la inspirada musa del Padre Isla, y que negocios tan redondos hicieran á fenicios y cartá-

gineses. Pues volviendo al asunto, que en todos los labios estaba la palabra inquisición. Era para pensado, si puntos de tanta delicadeza y que traían tal perturbación de las conciencias, y con tan recios alborotos amenazaban, sería mejor ponerlos á quien los viese de lo alto, en la serenidad del juicio, que no dejarlos á lo que incitase el mal consejo, el interés, la ignorancia y la pasión ciega de cada cual. Con todo ello el negocio tenía muchos lados. No se resolvió sin larga consulta. El gran Cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, pesó mucho en la institución. Y notad que el insigne arzobispo de Toledo era muy avisado, y político de alto vuelo, que estaba siempre en lo real, y por su sangre de aquella nobleza donde los judíos encontraron abrigo en los siglos xiv y xv. Por fin, que resultó que no habiendo más que un camino, aquel se tomó, y en ley de gobierno y de buen sentido siempre será así: donde no á estrellarse. Que el camino sea más llano ó más áspero, y que haya quien lo moteje y lo reciba con desabrimiento, eso nada tiene que ver. Aún fué instituído el Santo Oficio, procurando con esto huir la expulsión. Tenía ésta también no pocos contrarios: perdía la tierra, la población, las industrias y los caudales. Puesto todo en peligro, de no poder salvarlo todo, habíase de salvar lo más y lo mejor. Así lo entendieron los hombres más advertidos del tiempo. El Padre Mariana en su Historia, pesadas las razones en pro y en contra, como él sabía hacerlo, concluye defendiendo la expulsión. Y cierto que el insigne historiador era hombre de mucha entereza y virtud, que por ninguna consideración ocultó jamás lo que él entendía verdad, y que llegó, escribiendo, donde pocos llegaran, que hoy nos asustaría. Y es para abrir muchos ojos cerrados, que nadie le fué á la mano en ello mientras sus libros anduvieron por estas tenebrosas tierras españolas, donde estaba en su cumbre la jurisdicción del Santo Oficio, y fué menester que transpusieran las fronteras y diesen en París, al decir retumbante

de hoy cerebro del mundo, para que un libro muy famoso fuese condenado y quemado.

Hay que ver las cosas en su tiempo y lugar y quien no entienda de hacerlo que no se meta en historias. A toda hora se está oyendo hablar de gobiernos de opinión y de los derechos y potencia de la opinión pública. Á la verdad que muchas veces en días alborotados me he dado á buscarla, y no la he podido encontrar, y aun tengo para mí, que á muchos, que dicen que la encuentran, les acontece lo que á Sancho, que tomó los pellejos de vino por la cabeza del gigante, y aquellos ríos sabrosos del manchego, que de ellos salían, por la sangre del cuitado. Desahogos más ó menos limpios de mufidores de asonadas, que andan avizorando dónde guisan y dónde pescar á río revuelto, de esos he visto muchos, y si á este tenor se ha de gobernar, vaya una rosa de vientos, que no hay gobernalle tan fino ni timonel tan diestro que con ella pueda llevar la nave á puerto; pero en los años que cuento (y ya son más que yo para mí quisiera), tan sólo conocí de muy niño un movimiento de opinión ó mejor dicho, un arranque de convicción honda y fervorosa; que toda opinión, como reza la palabra, es de suyo incierta y tornadiza; y aquel arranque generoso donde iba el corazón español, fué la Guerra de África. Pues, ea, vamos á cuentas, y véase claro que en la institución del Santo Oficio y después en la expulsión de los judíos, aquello fué un movimiento de opinión, y no como esto se entiende vulgarmente, sino el pensar y el querer y el sentir nacional, que en aquella ocasión solemne y en aquella crisis más grave que otras que se han ofrecido en nuestra historia, cuando se trataba de serlo todo en el mundo ó de ser nada y casi dejar de ser, vieron el peligro y vieron el remedio y se abrazaron con el remedio por no dar en el peligro. No eran Don Fernando y Doña Isabel reyes que se dejaran llevar de cualquier aire. Pesadas y repesadas fueron todas las razones. Consultóse el caso con cuantos se pudiera consultar.

Vino la clarividencia política á dictar el fallo. No diría yo que se diera sin dolor. Duélese el médico de aplicar el cauterio á la llaga; mas no se duele de sí, sino de la violencia de la enfermedad. Fueron libres en la resolución, mas pesó mucho en ella el clamor de una sociedad enferma, que pedía á voces ser sana y salva. Y sigase viendo las cosas en su tiempo y lugar. No hay poder de hombre que instituciones como el Santo Oficio pueda imponerlas contra el común sentir. No ya Don Fernando y Doña Isabel sino aquel Felipe II, que para los que hojean la historia, es el tipo y modelo del absolutismo cerrado, como si el absolutismo fuera español ni de nuestro siglo XVI, aquella conciencia coronada no habría podido hacer lo que hizo ni acabar la obra que consumó sin más que ir por los pasos de sus bisabuelos, de no haber sido aquella colosal figura, que se podrá discutir, pero no se podrá dejar de admirar, la España de su tiempo, encarnada en un hombre. El venerable Padre Maestro Fray Luis de Granada, que tuvo que habérselas con la Inquisición allá en Lisboa por cierta monja milagrera, dice en su portentoso *Sermón de las caídas*: ¿qué otra cosa es el Santo Oficio sino muro de la Iglesia, columna de la Verdad, guarda de la Fe, tesoro de la religión cristiana, arma contra los herejes, lumbré contra los engaños del enemigo, y toque en que se prueba la fineza de la doctrina si es falsa ó verdadera? Y así Cervantes, y así Lope, y así el asombroso Quevedo: así todos los gigantes en una generación de gigantes.

Al amanecer la Edad moderna prevenida estaba en los designios de Dios la raza española para una muy grande obra, y como fuera ésta muy temerosa y pidiese mucho brío de alma, aquella nuestra raza se iba previniendo y educando por siglos y á poder de trabajos, para darle cima. Acaso nación ninguna pasó por tantas pruebas para constituirse. Ya dije arriba que salió toda ella forjada á golpe. Íbase ganando la tierra por pobres quiñones; á las veces perdiérase hoy lo que

se cobrara ayer. Los humores varios; el aire de cada región muy diverso; el amor al término, que abarcaban los ojos, extremado; la afición á juntarse y ligarse en un haz y patria común, flacamente sentida. A dicha, todas estas cosas tan varias, como los metales en el fuego luego dejan la escoria y se funden y juntan, así en España en el horno encendido de la fe católica todas las cosas, que parecían contrarias, vinieron en un solo y riquísimo metal de tal vigor y temple capaz de resistir todas las mazadas. Era llegada la sazón de acometer la empresa, y no montaba menos que defender España, sola ella, la Europa meridional de dos barbaries que amenazaban ahogarla: la barbarie turca y la barbarie de la Protesta. Tras de la batalla secular contra árabes y moros, donde las armas se templaron, venía la otra batalla más formidable aún. Era España «como alcázar del castillo de la cristiandad, y contra él ponía el enemigo todas las máquinas de guerra y disparaba toda su artillería; y en la medida que el embestir era más fiero y el peligro más temeroso y la lucha más brava, en la misma crecía el alerta de los centinelas, la vigilancia de los capitanes, el celar las puertas, el ojear los espías, el alentar al tibio, el reprimir al dudoso, y el castigar la desertión de las banderas con justicia ejemplarísima. Pudo tal vez errarse sobre la intención y extremarse la disciplina con el recelo de la sorpresa, mas propio es de quien recela que se le hagan los dedos huéspedes; y en todo caso más batallas perdió la presunción necia que la advertencia desconfiada» (1). Presintió esta batalla la España de los Reyes Católicos, presintieronla los Reyes. Constantinopla era tomada. Rugía aún la tormenta de Constanza y Basilea. Oíanse aún las voces amenazadoras de los sectarios de Juan Hus y Jerónimo de Praga. La vieron y la sintieron y se empeñaron en ella á

(1) Ejusdem auctoris. — *Centenario de Fray Luis de Granada*. Granada, 1889.

poco los españoles del siglo xvi; la vieron y la sintieron y se empeñaron en ella los dos grandes Austrias: aquellos dos gigantes de tierra extranjera que tan bien tomaron su nueva patria, la tierra española. Estaba España en estado de sitio; estaba en estado de guerra. Decidme, ¿se podía hacer otra cosa que lo que se hizo en aquella crítica ocasión?

Y ¡qué placidez la de la sociedad española de entonces! Y ¡qué libertad de los espíritus para espaciarse por ciencias y artes sin otros linderos que aquellos suaves y blandos de la eterna verdad! Racimos de santos, racimos de sabios, racimos de pensadores, racimos de escritores y artistas, racimos de descubridores, racimos de capitanes y soldados: la flora más hermosa y más abundante en frutos sazonados que vió civilización ninguna jamás. Corrían sueltas sin que nadie les fuera á la mano, doctrinas que hoy se graduarían de peligrosas, y que en la Europa, perturbada por la herejía, hallaban cadalsos y hogueras. No se tenía por contrario á la ley de Dios saber y entender de cosas que no fueran mal deletrear la Biblia, y Fray Luis de Granada y Fray Luis de León y el gran Quevedo sabían de clásicos latinos y de griego y de hebreo: pecado nefando para el ignorante y vulgar Lutero. Oía Felipe II, el rey negro, el demonio del mediodía, oía que la Inquisición condenaba á retractarse al clérigo que ó de ignorante ó de lisonjero había proclamado en el púlpito, delante del rey temido, la omnipotencia de los reyes; oía aquella retractación que decía así: «los reyes no tienen otro poder sobre sus vasallos que el que les dan las leyes divinas y las leyes humanas». Oído bien, señores, las leyes humanas, y ved que el testigo es enemigo mortal del rey prudente, es Antonio Pérez. Y ahora oid á aquel orador que no predicador, que como dijera delante del rey Sol (así decían sus serviles vasallos á Luis XIV de Francia), como dijera, digo, la perogrullada de que todos hemos de morir, imaginándose incurso en delito de lesa majestad, rectificó diciendo: «Señor, *casi todos*

moriremos.» Pues todavía hay más. ¿Queréis ver en España el retroceso de las ideas? Ya os dije cómo corrió por nuestra tierra solo y señero el libro del Padre Mariana *De Rege et regis institutione*, y cómo dió en las pecadoras manos de la Sorbona, y lo que allí le aconteció. Pues en nuestro exótico siglo xviii, como á cierto escritor se le ocurriera hacer una edición del áureo libro del jesuita P. Pedro Rivadeneyra intitulado: *Tratado de la religión y de las virtudes que debe tener el príncipe cristiano*, y dedicarla al Príncipe de Asturias, el que luego fué Carlos IV, escribe en una nota del prólogo con que regala al lector, lo que vais á oír: «No obstante haberse hecho esta nueva impresión con arreglo á la que el autor publicó en Madrid el año de 1601, se ha tenido por conveniente moderar algunas de las expresiones y suprimir otras, que en aquellos tiempos corrían sin reparo entre los literatos de Europa; pero que según la mejor crítica del día no tienen un sólido fundamento.» En leyendo esto, tuve una corazonada y me tomé el trabajo de hacer el cotejo. Faltaba del libro mucho de lo más hermoso de él: todo lo que podía molestar á los cesaristas áulicos de Carlos III, á los del rey casi-Dios. Era natural. Poseo el ejemplar. Ahora, comparad tiempos con tiempos.

Cosa singular parecerá que cabalmente nuestra grandeza mental coincide con el apogeo de la Inquisición, porque si en el siglo xvii comienza la decadencia en todos los órdenes, nótese que también el Santo Oficio decayó entonces, y comenzó á entrometerse en lo que no le incumbía: achaque de las instituciones humanas que como se levantan así se derrumban. Y que con el Santo Oficio en toda la excelencia y plenitud de su potestad, corriesen por España libremente doctrinas y pareceres, que en reinos turbados y destrozados de la herejía eran perseguidos, á nadie ha de espantar, porque demás que la tolerancia de los herejes escrita está en páginas que nadie borrará, y no haya cosa más tenazmente perseguidora que el error; pero acontecía que en la sanidad

de la compleción moral é intelectual de la sociedad española, y en aquella como eutritmia y concordia de espíritus que había traído el Santo Oficio, escardillando las malas hierbas y dejando crecer la mies lozana y vigorosa, cosas y razones que en países infestados pudieran acarrear grandes males, aquí pasaban sin dañar nuestra robustez. Y del modo que á los cuerpos sanos les son fáciles y provechosos los ejercicios de fuerza, y toman el calor, y toman los fríos y toman las lluvias y heladas y más se curten y hacen recios; pero á los cuerpos enfermos el sol les puede y la noche les daña con su natural frialdad, y las aguas y los vientos les traen dolores y trabajos, y no hay ejercicio ni aun recreación de que no se hayan de privar, así de esta manera las sociedades saludables que la peste y los malos humores del error no inficionaron, pueden con más libertad ponerse al viento de doctrinas nuevas, mas acaso peligrosas en las sociedades enfermas. Y sobre esto, lo que se dijo en otro lugar, que estando las ligaduras morales y las materiales, con que toda sociedad ha de ser trabada, en razón inversa las unas de las otras, aquí donde las ataduras de la razón y del buen pensar y mejor sentir eran tan firmes, aunque en las otras se aflojase no había riesgo de perdición alguna.

Y no desciendo aquí, por no alargarme en este punto, á tratar más lo que ya está tan tratado, lo de los procedimientos inquisitoriales y las espantables matanzas y otras lindezas de este jaez. La historia de la Inquisición de España está ya rectificada para bien de la verdad. No fué aquel tribunal ni en los procedimientos ni en el sistema penal más allá de donde se iba por entonces en Europa, y aun en algunas de sus partes significó un progreso y una vuelta en firme á aquellas leyes del Libro de las leyes de los Godos sobre las probanzas y otros extremos, que son gloria de la cultura de la España del siglo VII. Si el delito de herejía era no ya sólo una ofensa á Dios, que sólo á la Iglesia tocaba juzgar y sólo á ella

dentro de sus cánones penar, sino que tenía también con razón la calidad de delito de estado, de lesa nación, aquí venían las leyes del poder civil no más ásperas que las entonces en uso ni con mucho tan ásperas y fieras como las de los siglos medios. Quédense tales patrañas para que un Núñez de Arce escriba *El Haz de Leña*, drama, como suyo, literariamente estimable, ó para que la poesía vulgar y callejera se desfogue con Ferrer del Río en el esperpento intitulado *Carlos II el Hechizado*. Aquel mal clérigo, el canónigo Llorente, ignorante y por añadidura afrancesado, estro luminoso del año 12, hace mucho tiempo que está mandado recoger, y sólo se guarda ya en el fondo de los baratillos.

Y ahora para acabar, véase lo que hubiera sido de España y de Europa si los Reyes Católicos no hubiesen tenido resolución para hacer lo que hicieron, ni sus insignes sucesores para continuarlo. Y adviértase antes que puesto que se trata de cosas que no sucedieron, no por ello son de menos certidumbre, porque no se procede aquí por imaginaciones de lo que pudiera haber sucedido, sino con la advertencia de quien, sabidas las causas, se va luego por recta y comedida conjetura al conocimiento de los efectos. Nadie podrá creer que, encendida la hoguera de la herejía, España por excepción singular se habría de haber librado de aquella pestilencia. Al contrario, hubiera prendido con más temeroso incendio. La misma compleción robusta de la fe católica en la gente española, hacía mayor el riesgo. Más prenden á las veces humores y contagios y con más estrago en los que están sanos que en los enfermos. Salía nuestro pueblo caldeado de una guerra secular contra infieles, y las cuestiones de fe, con aquel fervor, eran para él las más entrañablemente amadas. Traía la Protesta cierto disfraz de reformación con que sorprender incautos. Lo primero que hizo fué incautarse de la palabra *Reforma* como falso marchamo para el contrabando. A la verdad, la reforma en las costumbres de los eclesiásti-

cos y en algunos puntos de disciplina, no había varón de prudencia y santidad que no la graduase de indispensable. En España la Reina Católica y el Gran Cisneros con tino prudente y mano firme acometieron esta reformación. Que los ánimos estaban encendidos, los chispazos de Extremadura y de Valladolid y Sevilla lo acreditan. Va el vulgo siempre tras de las novedades, y en religión parecen á las veces más atractivas. Ahora bien, que las guerras civiles y más las de religión, que son de todas las más fieras é implacables, y fueron para grandes desastres y terribles tormentas y divisiones de los demás pueblos de Europa, hubieren de ser para España razón de beatífica serenidad y de bienandanza, no habrá hombre de seso que lo pueda sustentar. Luego al punto con aquel incendio los reinos, recién soldados, hubieran perdido la soldadura, y de juntos y hermanos se habrían hecho enemigos irreconciliables. La antigua afición á vivir sueltos, hubiérase vestido de religión y la fe de los unos habría sido blasfemia de los otros. Con esto volviérase adonde siglos atrás y con mayor quebranto, porque de reinos florecientes, que fueran, viéranse ahora caídos. ¡Y cómo se gozaran en esta mala obra los pueblos de Europa que tanto trabajaran por meternos en casa la herejía, buscando cómo nos dividiéramos y viniéramos á acabar! Pues la tierra estaba poblada de moriscos, gente allegadiza que no ligaba con cristianos, y las costas africanas muy soberbias y el Turco esperando por dónde podía entrar. Y si todo el poder formidable del gran Felipe se vió en aventura para dar fin de los moriscos y fué menester nada menos que la espada del vencedor de Lepanto para domarlos, ¿qué no sucediera en una España así dividida y encendida? Que á lo menos el rico quiñón de Andalucía fuera de berberiscos cuando no de turcos. ¡Cuadro, al parecer, cargado de sombras, que para muchos serán imaginarias, mas no por ello de menos verdad! Y véase ahora lo que aviniera á la Europa del siglo xvi con una España así de despedazada.

Que como para la Europa del siglo xvi se necesitó de la España del siglo xvi, toda Europa habría caído en una de las dos barbaries. ¿Quién sino España puso barrera al Protestantismo para que no invadiese el mediodía? Sin Felipe II Enrique IV de Francia no hubiere oído misa. Yo no sabré decir hasta dónde la oiría de corazón; pero de que hubiera dejado de oirla que cada cual, discurrendo por sí, saque la consecuencia. Y ¿quién atajó al Turco en Lepanto y le puso á la defensiva para que en mucho tiempo no pudiera amenazar? Pues sola España con el Papa y con la República de Venecia, y ésta mirando sólo á su provecho y más á su miedo. ¡Buenos estaban los sucesores del rey sacristán, del bigamo Enrique VIII! ¡Bueno el rey de Francia, aliado de turcos y corsarios contra Carlos V! De modo que la barbarie septentrional hubiera invadido el mediodía y los sectarios de Lutero y Calvino habrían acabado con la civilización europea y con todo lo que de sano, hermoso y fecundo había en el Renacimiento, mientras el Turco, puesta la una garra en Italia y la otra en el estrecho de Gibraltar, hacía turco el Mediterráneo. ¡Ahí tenéis lo que España evitó y lo que evitó la Inquisición española! Aún dura la obra. El Turco arrinconado en Constantinopla, y viviendo sólo de la ignominia de las grandes potencias, espera la hora de desaparecer, y en Europa todavía hay potencias católicas. Cayó en la lucha gigante desagrada aquella España cuyo nivel intelectual está en aquel teatro del siglo xvii, teológico, que era popular porque estaba al alcance de un pueblo de filósofos y teólogos; pero ya lo he dicho; su obra no ha desaparecido aún; vive todavía, y por eso se le calumnia y se la odia: ¡no se odia á los muertos! Y la obra fué tal que le guarda lugar preeminente sobre el de todo otro pueblo, la justicia de la historia. Ahora, si alguien me preguntara si hoy sería posible la Inquisición, diríale que quien tal sostuviera sería un loco. Tienen las instituciones humanas su lugar y tiempo. Era acaso una socie-

dad demasiado perfecta la sociedad española del siglo XVI, y dió por fruto natural aquella institución entonces sin duda alguna bienhechora y civilizadora. Ya lo dice en su severo estilo nuestro Mariana: «Remedio muy á propósito contra los males que se aparejaban..... dado del cielo, que sin duda no bastara consejo ni prudencia de hombres para prevenir y acudir á peligros tan grandes como se han experimentado y se padecen en otras partes.» Mas á los que baldonan el Santo Oficio y van como el *servum pecus* de la opinión vulgar que aquí importaron extranjeros, diréles que maldicen de la civilización y de la justicia y de la historia, y si por acaso son españoles que calumniar á nuestra madre España y arrojarla al rostro el lodo que amasaron nuestros naturales enemigos, es la mayor impiedad que puede haber, y que en ley de agradecimiento habían de reconocer, que sin la obra del Santo Oficio en los siglos XV y XVI, quizá no estaríamos aquí congregados bajo la bandera española.

V

Escribe nuestro áureo Mariana al cap. XVI del libro XXII de su Historia: «Despedidas las Cortes, el rey Don Fernando dió la vuelta á Sevilla: la reina Doña Isabel le hacía instancias por estar en días de parir. Allí vinieron embajadores de parte del rey de Granada para pedir tornase á conceder las treguas que antes entre las dos naciones se concertaran. La respuesta fué que no se podrían hacer, si además de la obediencia y homenaje no pechasen el tributo que antiguamente se acostumbraba. Despachó el Rey sus embajadores á Granada para tratar este punto. Respondió aquel rey bárbaro que los

reyes que pagaban aquel tributo muchos años antes eran muertos; que de presente en las casas de moneda de la ciudad de Granada no acuñaban oro ni plata sino en su lugar forjaban lanzas, saetas y alfanjes. Ofendióse el rey Don Fernando con respuesta tan soberbia: no obstante esto, forzado de la necesidad otorgó las treguas que le pedían, que es gran cordura acomodarse con el tiempo.» Tiene razón el insigne hijo de la Compañía; que en la vida particular como en el gobierno, así hay que andar; donde no es estrellarse. A bien que tendría que reportarse el aragonés para no romper por todo; pero era prudente y avisado. Estaba la corona recién asentada; las paces con Portugal aún por firmarse; había mucho que hacer en Castilla para aventurarse en una guerra de fuera. Sazón habría para ello y entonces el granadino pagaría con las setenas. Pero á buen seguro que esta prudencia de los Reyes Católicos pudo tomar tan buen consejo porque no había entonces papeles que jaleasen la guerra; que de ser así contra el granadino hubiera tenido que ir el rey Don Fernando y tres más y á lo que saliera. Pero ello es que después de esta repulsa y antes de ella, que no se les cocía el pan á los insignes príncipes según era el deseo que tenían de acabar con aquella vergüenza de sufrir un reino infiel en tierra cristiana y española. Cierto que aquella princesa cuando pensara en los amores del príncipe aragonés, y sintiera encendersele el corazón, que soñaría con llevar contra Granada el pendón de Castilla y el de Aragón, hermanados y ayuntados con el amor conyugal, y clavar la Santa Cruz en las torres de la Alhambra. Y se dice que ya de reina de Castilla y como porfiase con su confesor Fray Hernando de Talavera por hacerle obispo, y rechazando él de todo corazón aquel grande honor y grandísima carga, decíale á la Reina entre burlas y entre veras: desengáñese V. A. que yo no he de ser obispo sino de Granada. Quizá por ver esto en las nubes, según el deseo que tenía de que Granada fuese ganada: porque era

hombre Fray Hernando de los que Dios llama á obispar, que son los que no quieren obispar, y lo huyen con gran temor porque ven de cuánto han de responder, y no el brillo del pectoral; y cuando Dios quiere bien á un pueblo usa con él de esta gran misericordia de darle pastores que en ninguna ocasión ni en ningún lugar por encumbrado que él sea, arriemen el báculo; que á él abrazado habrá de dormir el buen obispo. No tenía el generoso D. Hernando que echar mucha leña en aquel horno encendido de amor á la fe y á la patria, que ardía en el alma de Doña Isabel; porque ello fué que, luego que el portugués se vino á buenas y se aquietó, y los nobles de rebeldes y fieros se hicieron blandos y leales, y las miserias pasadas con la buena mano y gobierno de los Reyes fueron fenecidas, aquella empresa con la cual soñó la niña y se encendió la doncella y se desveló la reina, se llevó á feliz término y remate: hazaña como desde los días claros de San Fernando y de Don Jaime el Conquistador no se viera en nuestra tierra.

¡Mal pecado! que hacía más de doscientos años que aquella pareja afortunada de un castellano y un aragonés dieran casi cabo á la servidumbre de España, y todavía quedaba el quiñón granadino con aquella herrumbre que encarroñaba y afeaba nuestro suelo. Entradas las Baleares y Valencia acabó Don Jaime con lo que en el negocio de moros le tocaba hacer, y quedó Aragón para espaciarse en el reinado de Don Pedro III y de sus sucesores por el suelo de Italia y por aquel Mediterráneo que llegó á ser un mar aragonés. Dejó el Santo Rey Don Fernando, ganadas Córdoba y Sevilla, el puñado de tierra de Granada en vasallaje y tributo por entonces, puesta la mira en África donde se tendría todo y por añadidura aquel recién nacido reino de los Alhamares, porque cerrado el estrecho á infieles, Granada como árbol sin raíces, con ningún esfuerzo se hubiera secado y hecho leña. Atajó la muerte á deshora aquellos intentos y fué grande daño para la Cris-

tianidad; que á lograr San Fernando los días que Don Jaime, sin duda que fueran acabadas todas aquellas cosas. Y en muriendo San Fernando avino lo que siglos adelante cuando murió Felipe II, que no tuvieron sucesores. Porque el de más valor de los que siguieron al castellano, fué su hijo Don Alfonso, y para eso más entendía de saberes que de buenos entenderes para gobernar, con que el reino dió al traste. Brava batalla ganó junto á Tarifa contra los Benu-Merines, el rey Don Alfonso XI, que los lanzó á África, donde fué más el esfuerzo que el provecho. A Don Alfonso le tapó muchas fealdades aquella victoria. Acaso más hiciera su hijo Don Pedro, á lograr otra herencia y otros tiempos; mas no fué ocasión sino de despedazarse impiamente en la tierra madre cristianos contra cristianos. Famosa batalla se ganó todavía á las puertas de Granada, reinando Don Juan II. Todo quedó como estaba. Las miserias de aquella Corte desdichada hicieron levantar el campo. Y de las entradas en tierras de moros en tiempos de Enrique IV *more andastesco* ¿qué decir sino que en los afeites y arreos y aparatos y en su ningún provecho, fueron aquellas entradas como todo el reinado comedia que atedia? Pasado el peligro con las empresas de San Fernando, ya tan sólo era caso de honra acabar lo que todavía para mengua quedaba por hacer, y yendo los tiempos revueltos, y las pasiones enhiestas y las virtudes arriadas, con la honra se tenía poca cuenta y el amor de la patria y la fe cristiana y el ansia natural de arrancar de infieles la tierra bautizada, eran cosa baladí para mover la hueste. Tal fueron el siglo XIV y el siglo XV; siglos de las guerras civiles en Castilla, siglos de la arrogante y odiosa preponderancia judaica y de las sangrientas y abominables matanzas de judíos; siglos de Aviñón y del Cisma: la pestilencia de la Edad media. ¿Qué esperar de aquellos reyes que trataban con moros y de aquellos nobles que llamaban los moros sobre las fronteras? Para un D. Alonso Pérez de Guzmán *el Bueno*

había entonces muchos infantes Juanes como el de Tarifa.

Pero tras aquella noche oscura había venido un alegre amanecer. Alboreaba un día limpio de nubes donde el sol luciría en un cielo azul los rubios cabellos en toda su espléndida hermosura. Amanecía en la historia el día de España. En este cielo azul aquella nubecilla negra de la parte de mediodía hacia Granada, era una fealdad: razón era que se desvaneciese aquella última niebla del gran nublado y tormenta que viniera sobre España en el siglo VIII. Y cierto que no se juntaran aquellos dos generosos corazones de príncipes y aquellas dos coronas y aquellos dos pueblos para un ayuntamiento sin fruto. Acabados los negocios de dentro, urgía poner mano en lo de Granada. Pedíalo la honra; que ya era afrenta muy vieja para sufrida por más tiempo. Tenían muchos empeños las dos coronas después de juntas. Italia y Francia, por donde lindaba con aragoneses y catalanes, pedían grande cuidado. Y á nada se podía acudir con descanso y provecho mientras aquel padraastro del reino granadino no se le cortase á la diestra de España. Sobre la mengua que era sufrirlo había razón grande para recelar. Era aquel reino apretado de lindes; pero muy rico en frutos y de gentes muy poblado. Por la mar dábbase la mano con África. Infestaba el turco los mares; en las costas granadinas fácilmente hubiera tenido seguro y tierra donde hacer pie. De esta manera por el Bósforo y por el estrecho de Gibraltar, fuera amenaza de la Cristiandad. No era aquel pleitear sólo de España, mas de toda Europa; que en aquel pleitear estribaba en mucho su buena ó mala suerte. Ya lo veía el Turco, que luego se vino con fieros contra los Reyes Católicos, haciendo suyo el pleito de Muley-Hacén. Respondióle el Rey Católico poniendo sus naves en el Bósforo, que entonces eran los mares muy familiares y blandos á la gente española; y pudo tanto el argumento que, como suele, el bárbaro se dió por convencido. ¡Dichosa edad y siglos dichosos! Como lo viera el Turco, así

lo vió el Padre común de la Cristiandad, aunque con otra fe é intención, y así serían para traídas aquí las rogativas y procesiones públicas que en Roma se hicieron por el triunfo de las armas cristianas, y las indulgencias y gracias espirituales á los que tomaban empeño en aquella empresa, y los hacimientos de gracias y los regocijos y las fiestas teatrales con que la ciudad madre celebrara la buena nueva: que para las entrañas de madre de la Santa Iglesia, había de ser de grande encendimiento y alegría, ver la cruz enarbolada allí donde por siglos se arriara, y restituídas á la grey católica aquellas ovejas de tanto tiempo departidas. Saltó de gozo España en aquella hora solemne y se dispuso como gigante á correr su carrera desde aquel rincón de Granada de donde salió, y saltó de gozo Europa porque en aquella jugada del Rey Católico con el granadino y más con Constantinopla, no otra cosa iba que la suerte del mundo. Sin Granada, no fuera España lo que fué en el siglo XVI, y lo que fuera de Europa sin la España del siglo XVI arriba queda sentado.

No era empeño aquella conquista para tan poco, que toda la pujanza de la antigua gente conquistadora recogírase allí, y era el ruedo lo bastante ancho de lindes para dar mucho que hacer: lo que vienen á ser hoy las tres provincias de Granada, Almería y Málaga y alguna tierra más. Á partes era ésta muy doblada de montañas, todas ellas coronadas de torres, que hacían penosa la conquista. En los frutos de la tierra muy liberal y para mantener por largo tiempo mucha gente. Muy varios los frutos desde los que se acomodan á los hielos y rigores del Septentrión, hasta los que se solazan y crecen con los ardores del sol meridiano. De sus ciudades muy pobladas y henchidas de gente principal de las antiguas razas conquistadoras y de la raza española, Almería y Málaga y Guadix y Baza eran las mayores, puesto que se contaban hasta treinta y tres. De todas ellas era corona Granada, que recostada en aquel trono de la Alhambra y puestos los

pies en la esmaltada alfombra de su vega, como la Sultana de Occidente á todas presidía y señoreaba. Como en lugar de asilo, de todas gentes, de raza africana las unas, las más de raza española, juntáronse en la metrópoli y la enriquecieron con los saberes y las industrias y los estilos de tantas partes y tan diversas traídos. Más era allí la gente ibérica que la extraña, y veíase en ella la huella de aquella población muzáraabe, depositaria de la cultura española del siglo XII, y primera educadora y maestra de los que adelante se habían de hacer maestros y educadores. Por entre los errores coránicos y la sensualidad mahomética asomaban dejos cristianos en aquella gente que luego, en pasando á África, casi del todo se perdieron, de modo que hoy apenas se podrían encontrar. Mucho se ha encarecido el influjo árabe en la gente andaluza, y yo no he de ir ciegamente contra la ley histórica, según la cual no se asienta un pueblo por siglos en tierra de otro pueblo sin dejar mucha razón y memoria de sí; mas hubo en esto en el siglo, que acaba de pasar, y en el XVIII errores de bulto: que había quienes se imaginaban que no se conociera cultura española sino después de la invasión y conquista del siglo VIII, y de oriundez exclusivamente arábiga. Aun en los signos exteriores de la raza, habría mucho que hablar, porque de la valentísima hermosura de la mujer andaluza buena memoria tenemos en los clásicos, y las afamadas bailadoras de Gades, regocijaban los ocios romanos cuando no soñaran árabes ni menos mahometanos, que no existían, en poner el pie en nuestro suelo; y de la imaginación á la oriental y desbordada al ver del ciudadano de Roma, que tenía por tipo en las letras una pulcra pulidez, ahí están los Sénecas y Lucano á quienes los puristas del Foro trataban de corruptores y de engendradores del mal gusto. Que este sol de España y más el de Andalucía, que tales primores hiciera en el suelo, y en los cuerpos y en los espíritus, don es de Dios, muy antiguo y no lo debemos á extraños. Van ya los estu-

dios históricos por pasos más contados y dando á cada cual lo suyo con voluntad constante y en toda ocasión, según pide la justicia en la definición romana.

Pues en la conquista de este rico quifón de la tierra de España pusieron la mira Don Fernando y Doña Isabel; y fué empeño de diez años: que el suelo era rico y daba para la defensa, y lo doblado de él hacía el avanzar dificultoso. Las gentes que lo defendían, por tradición y sangre muy valerosas, de modo que había de irse por sus pasos, cuándo con las armas, cuándo con las artes de la política de que el rey Don Fernando era gran maestro; y las disputas, altercados y divisiones de los que se defendían, muy prestos á caer en ellas. En fin, que no de una vez sino grano á grano hubo que ir comiéndose aquella granada, en expresión famosa del ladino Don Fernando. No fué aquella batalla comedia de moros y cristianos, que no queda un moro para contarle: españoles eran los unos y los otros y de igual sangre generosa, puesto que los conquistadores llevaban la ventaja del feliz concierto de las voluntades, y del encendimiento de aquella fe viva en Dios, que tan hermosa hazaña tenía decretada.

Y ¡que no fueron prevenciones y aprestos los que se hicieran para aquella labor que duró diez años! Como que, emprendida la obra, la honra y la política pedían rematarla. Había que quitar aquello de en medio. Era menester que las manos de España quedasen libres para lo que luego se había de comenzar. Desde que el Rey Católico tuvo que firmar tan desabridamente las treguas, no hubo momento en que no se pensara en la guerra, y así aquella empresa fué lección y enseñanza donde las artes de la guerra dieran mucho avance, y mostraron á los demás pueblos de Europa el poder que de Pirineos abajo se iba formando. No se viera hasta entonces en Europa ejércitos así dispuestos, donde la artillería y la ingeniería ocuparan tan cabal lugar, de manera que dejaban atrás cuanto hasta entonces era usado. Con esto fácilmente

se tomaron castillos, se abrieron caminos y se echaron puentes con que avanzar. Buena cantidad de peones se empleaban en estos oficios y en la puntual provisión de las vituallas. Porque nada faltase dióse entonces en el cerco de Baza, por extremo famoso, el primer feliz ensayo de sanidad militar, porque se dispuso á modo de un hospital donde con caridad, antes jamás vista en tal medida y en trances de guerra, se acudiese á los heridos á golpes de enemigos y á golpes de enfermedades. De aquí, andando los años y con mudanzas que trajeron los tiempos, nació, reinando el César Carlos, el Hospital *del Buen Suceso* en Madrid. Y aún queda rastro de él que corre por la Corona. Con esto no será para maravillar que el Real de Santa Fe más que campo fuese ciudad bien proveída y abastada y todo con tal concierto y buen componer, que Pedro Mártir de Anglería en su afición á los símiles griegos y latinos, muy en estilo en sus días, escribiese en su epístola 72 que el Real por lo bien gobernado, más que tal la misma República de Platón semejaba. Y estas grandezas presentes de las miserias de ayer eran sacadas y los que en su mocedad fueran afrenta de su linaje iban ahora á la puja en las proezas, que reducidas á su tamaño y verdad, las de los héroes más famosos y las mismas heroicidades de las fábulas excedían. No destruye Dios sus obras, mas las ordena y compone todas á un fin y á su servicio; y así el buen gobernador de pueblos no mata fuerzas mas las encauza y aprovecha, con que de el poderío del mal saca la riqueza y poderío del bien. De pueblos encogidos nada se podrá esperar, mas los pueblos alentados donde toda idea generosa tenga abrigo y todo impulso á lo bueno ayuda, y no se les cierre el paso hablándoles de su impotencia mas se les enciendan las pasiones para cosas santas y se les enderece la intención á las nobles empresas, llegarán á días de alegría y los sudores pasados en las fatigas de la siembra se trocarán en saltos regocijados el día de la cosecha. ¡Ea! que de las flaquezas se sacaron fuerzas y de

estos ensayos salieron las hazañas del Gran Capitán en Nápoles y aquellas otras descomunales con que las armas españolas aseguraron el señorío del mundo.

Y hubo lances muy apretados en aquel recio porfiar. No siempre los vientos fueron favorables. Mala la hubo el Rey Católico junto á Loja, aunque el desquite fué valentísimo con la rota y presa del rey Chico. Apuraban á veces los mantenimientos, y las rentas, aunque muy logradas después del cobro de las antiguas rapiñas y despilfarros, aun con trabajo no daban para tantos menesteres. De otro lado apretábanle al Rey Católico las cosas de Italia. En adelante las conquistas y ventajas aragonesas y las castellanas no habían de ser caudal propio y dominio de cada corona sino gananciales de aquella sociedad conyugal que tan bien aparejara la unión y sociedad de las gentes españolas. En el cerco de Baza se estuvo á punto de hacer alto. Iba la empresa con mucha costa y, á lo que parecía, á muy largo plazo. Apuraban otros asuntos del lado allá de fronteras. Aquella mujer valentísima, viendo los ánimos desmayados, luego salió de Córdoba, donde se hallaba, para el Real. Traía lo que pudo juntar echando mano de galas y joyas. Con esto el campo mudó de semblante. Vió el príncipe Cidi-Haya, que con aquella mujer no valía pelear. Dióse Baza con grande loor y fama para vencidos y vencedores, y con esto se allanó lo más del reino. Quedaba aún en pie Granada.

Tuviera vagar y aquí entrara en la relación de tantos lances y batallas que dió de sí aquel empeño de diez años, y os hablara de aquel sitio de Málaga donde fuera la más recia resistencia, y se puso á prueba todo el valor de Don Fernando. No es sazón esta para asunto como este. Llenas están las historias del tiempo de sucesos que parecerían fábulas é imaginaciones de no tener, como tienen, plena confirmación. Entraron también la tradición y la poesía á engalanar aquellas proezas; mas todas las imaginadas é inventadas, que no son tantas, por cierto que parecen menos descomunales y

fuera de lo real que los sucesos comprobados. Tocábase ya al término. Más que las armas hicieron en daño de los vencidos, aquellas discordias del reino naserita que las tenía en las entrañas y venía muy de lejos en aquella gente por su condición y por los estilos que allí se usaban en el gobernar. Acababan como acabaron todas las dominaciones mahometanas en España. La fábula de los dos conejos. Y no era mal galgo aquel político astuto que engañara tres veces al francés.

En resolución: que ya no había retroceder. Frente de Granada se levantó nueva ciudad. Era el Real, hecho de fábrica, porque se viese claro que hasta dar cima á la empresa, de allí no se habían de levantar. Quisieran los cortesanos bautizar la ciudad cristiana con el nombre de la reina Doña Isabel. Cierto que el nombre era muy grande, mas chico para la ocasión. Dióle la Reina el único que en tamaño y excelencia le cuadraba, y se la llamó Santa Fe: que esta vivísima lumbrera era allí el verdadero vencedor.

En aquella última campaña del cerco aún se apuraron los alardes de gallarda y noble valentía. Y ¡qué puja de esfuerzos de una y otra parte! Fría parece la relación de Homero junto á lo que se pudo escribir de esta segunda Troya. Por fin, se habló de entrega. Había afán en el rey Chico por hacerla, que no se podía valer en la ciudad y temía por la vida. Más afán había de parte de los sitiadores. Era razón acabar. Sucedió lo que era de temer. Con el ansia de tener la ciudad, se concedió lo que no era posible dar. Hermosas, á la verdad, son aquellas capitulaciones. No es extraño que cautiven y enamoren á quien las leyere sin cautela. Pero los espíritus avisados luego hubieren caído en que por su propia condición las más de ellas no podían pasar del papel. Hay quien achaca á mala fe de Don Fernando y astucia de su política aquellas concesiones. No me atrevería á acusarle de ello. Tengo de aquel profundo político concepto más excelente y no puedo creer que se aventurase en juego tan peligroso. Los sucesos

lo dijeron luego. Acaso con el hervor del deseo viera menos claro en esta ocasión.

Amaneció el día 2 de Enero de 1492. Por encima de la sierra nevada, vestida de blanco con el luto de los musulmanes, asomó el sol y rodeó como con una aureola de fuego las altas torres de la Alhambra. Todo era maniobrar de las milicias por el ruedo de la vega en espera de la novedad. ¡Qué ansia tan apretada ahora que la jornada iba de vencida!: que no hay ansiar como aquel que está más arrimado á la posesión. Ya el rey destronado era salido de la ciudad é hiciera acatamiento á los príncipes vencedores. Lleva consigo el cortejo de mayor majestad: el respeto y santidad de la caída. Con él se va la afrenta de España. Corrían las horas y la Cruz no asomaba sobre la regia eminencia. Por fin brilló en la alta torre la Cruz redentora, que quince siglos antes varones apostólicos trajeron á esta tierra. El sol de poniente la saludó con sus rayos. Eran las tres de la tarde, la hora de nona, la hora de la Redención del mundo. ¡De rodillas, las generaciones españolas, las pasadas, las presentes y las que han de venir! ¡Consumada está la redención de España!

Ya en otra ocasión solemnisima canté como pude este triunfo de la Santa Fe y nacimiento de la España renovada. No he de repetir aquí aquellas voces de alegría que me salían del corazón. Sería acaso enojarnos. Mas yo os diré, porque viene á la ocasión, que en esta vida mía, que ya va de pasada, gocé de dos momentos de placidez de espíritu de los que no se olvidan, que dejan el alma como iluminada; los cuales pudiéramos tener por regalos con que Dios endulza el penar de la vida presente. Fué el primero, ha ya mucho tiempo. Estaba yo en la flor de los años é iba por primera vez á Granada. No la conocía sino de oídas y lecturas. Grande halago era la Alhambra; pero me atrajo más un sepulcro venerando. Razón es que quien hereda rica hacienda, antes que visite las tierras y se recree en las joyas heredadas, tenga una oración y un

afecto para quien con ellas le heredó. Corrí á visitar el sepulcro de los insignes Reyes. No recuerdo de oración hecha más con el alma. Pues el segundo momento está mucho más cerca: ha dos años. También por primera vez en mi vida visitaba el venerando rincón de Covadonga. De suyo tal contemplación fuera para contentar; pero aún había allí entonces un mayor regalo para el alma española. Un sacerdote elevaba en el altar la Sagrada Forma, y de rodillas, rodeado de su corte la adoraba el rey de España. ¡Vaya una misa aquella! No es posible sentir en el alma más ayuntados y más estrecha y amorosamente, los dos amores que más llenan el corazón del hombre: el amor de Dios y el amor de la patria. Lo que en aquella ocasión se sentía por fuerza que tenía que ser algo de lo que sentirían los que vieron á vista de ojos brillar la Cruz en las torres de la Alhambra. Alabanza á Dios y espéremos en Él.

VI

Dije arriba que en expresión de López de Gómara la obra de Cristóbal Colón «fué la mayor cosa después de la Creación del mundo, sacando la Encarnación y Muerte del que le crió»; y aunque la frase sea enfática y sepa á encarecimiento, tiene gran verdad, porque después de aquella obra divina de nuestra Redención y de la divina propagación de la Santa Fe, todas las naciones del mundo que juntaran sus empresas y hazañas y cuanto en pro de hombres hicieran, todas ellas juntas no pudieran igualar á lo que Colón hizo con el ayuda de España por la civilización universal: con que la gloria de España, sin la cual nada fuera Colón, excede á toda gloria que pueblo

ninguno puede alcanzar. Y así, á los extraños y enemigos y humillados de ayer, que preguntan, qué lugar tiene la gente española en la historia, y á la taifa de españoles hueros y erradamente aquí nacidos, que bajamente les hacen coro, se les puede contestar: el descubrimiento de América. Y esto, sin lo otro de la defensa y salvación de Europa en el siglo xvi, de que se ha tratado, y que es estupendo y no de menos monta.

Y cuenta, que en todo lo que va dicho que hicieron los Reyes Católicos y en lo que más adelante se dirá, siguieron por los pasos de sus antecesores los más señalados, y en este seguimiento, con la sazón de los tiempos y la de los dos insignes príncipes, estuvo el feliz suceso. Mas esta hazaña del descubrimiento en manera alguna tenía preparación ni previsión, ni entró en lo que de juro habían de acometer cada cual por las obligaciones y ventajas de la sucesión y herencia. Porque esto fué galardón que Dios tenía preparado por el término feliz de la reconquista, y empresa en su Providencia aparejada para pueblo que salía de tan graves pruebas como el oro sale del crisol, muy purificado, y con una fe vivísima que le había de hacer el mantenedor de la verdad católica y de la causa de la civilización frente á la Europa del gran siglo. Porque no había de ser tanto la obra de conquistar y acaparar, cuanto de fecundar y evangelizar; que así lo entendiera la Santa Reina siempre y así lo vió y entendió el sin par Cisneros en África; y para llevar la fe hay que tenerla, y para evangelizar á poder de fatigas y de trabajos estar muy amaestrado. Pidiendo estaba la Santa Cruz desde las torres de la Alhambra, ganada ya esta tierra, nuevas tierras que ganar y santificar: que para todo linaje de gentes se hizo la Redención; y así pensaba la egregia princesa, que al contemplar desde los balcones de la Torre de Comares la esplendidez de la ganancia, no tanto se regocijaría de las perlas que engarzaba en la corona, cuanto de que toda aquella her-

mosura y riqueza, antes profanada de infieles, era restituida limpia á España y á Dios.

Ni ¿quién entonces para acometer empresa como ella? Aún no se había desenvuelto la gente española en la grandeza que alcanzó poco después, y ya iba á la cabeza del mundo. Estaban entonces Francia é Inglaterra como en formación, no sobradas de gentes ni de dineros ni de artes é industrias. Apenas acabados de atar los principados y señoríos de Francia por la mano de hierro del despiadado Luis XI. Todavía los ingleses no habían dado con la verdadera derrota que les llevara á su engrandecimiento. Las repúblicas de Italia en crisis muy hondas. Génova caída de lo que fuera antes; Venecia, la potentísima, cerrados los caminos de Oriente y amenazada por el Turco en sus fronteras. Sólo Portugal con la dinastía de Avis había logrado empinarse, y era por aquel entonces en lo de navegar mares y descubrir tierras el que hacía cabeza; mas tenía harta tela cortada navegando para las Indias y era esto solo sobradísimo trabajo. Parece que á alguna de estas puertas había llamado un hombre de alientos, más que conocedor de novedades, que sabía escudriñar en las cosas sabidas y ya antiguas y sacar provecho de ellas. Él se dió á entender, que navegando con el sol, habíase de llegar más llanamente y en corto á aquellas Indias tan codiciadas. Quién dice que estos atisbos del experto navegante tuvieron principio en lo que oyera á un cierto mareante español llamado Alfonso Sánchez de Leiva, el cual, perdido en los mares y llevado de los vientos, llegara á tierra de donde le costara gran fatiga tornar. Nada hay que confirme este dicho, que por cierto no es de los enemigos de Colón. En Portugal, con parecer que había de ser oído, porque allí sonaba bien escudriñar los mares, estuvo á punto de ser sorprendido y perderlo todo. Por entonces, pasados los viejos males, comenzaba España á desperezarse y abundaba en ella la gente y en las industrias y en el tráfico estaba muy aventajada, que

ã no pocos pueblos llevaba la delantera. Pues en la mar ahí están las historias de catalanes y aragoneses que no me dejarán mentir; que el Mediterráneo lo tenían por suyo; y en lo de arrestarse á empresas lejanas, el señorío de la gente catalana en Grecia y las hazañas de Roger de Flor, aunque de pasada, dejaron mucha memoria. En Castilla el tratar las cosas de la mar, tampoco era arte desconocido. Qué vida no tuvieran los puertos de Vizcaya y de la Cantabria, y qué comercio no hicieran con los estados del Septentrión, es asunto ya en el saber de todos. Y aun los castellanos desde San Fernando comenzaron á andar en estos pasos de los mares y á entender en ellos. Obra por demás laudable que nunca se le agradecerá bastante á San Fernando. También se le alcanzó de esto al rey Don Pedro, y mucho más mereciera, si la ocasión de procurar por la marina fuera de gloria como en su abuelo y no para pelear con el rey Don Pedro IV de Aragón, su hermano de fe y de raza. Y no hay que olvidar que en las guerras entre Francia é Inglaterra se hizo mucho lugar la marina castellana que iba por el francés en tiempo de Enrique II: única verdadera gloria del bastardo. Y los puertos de Andalucía, poblados estaban de mareantes expertos que no se asustaban de la mar, mas la hacían frente: de esta veta fueron Juan de la Cosa y los Pinzones y tantos que aquí se pudieran citar.

Tales razones no pasarían inadvertidas para el mareante que andaba en busca de quien le diese la mano, y había de catarlas para sus adentros. Andaba por aquel entonces embebida el alma de España en el empeño de Granada, y no había otro pensar ni otro desear ni negocio mejor donde la hacienda echar. Y á la verdad esto era olfatear por donde las cosas habían de tener su natural comienzo. Acaso Colón se recibía, que estando los españoles tan metidos en estos tan firmes amores, no estaban para gustar de ningún otro amor. Ante todas las cosas estorbaban los moros. En resolución, que Co-

lón salió de Lisboa á hurto y muy secreto, y temeroso de los portugueses y por caminos de tierra para él más seguros, con el propósito de buscar dónde pudiera tener mejor acogimiento. Parece que, por lo dicho ya, no pensaba en Castilla. Razón de más para tomar la vuelta de la tierra castellana donde, enfrascados en batallar con los infieles, no le habían de traer al ojo como en Portugal. En resolución, que él transpuso la linde portuguesa y entró en tierra de Andalucía, y su buena ventura ó mejor Dios, que para cosas más altas le tenía destinado, le encaminó donde un fraile mendicante, Fray Juan Pérez, y un médico de lugar, García Hernández, le acudiesen como no le acudieran reyes.

No es mi propósito entrar en pormenores que no hacen al conjunto. Además que sería abusar de vuestra atención. Aquí se dieron noveladores á trazar cuadros á su gusto y á retratar los personajes, no según los rasgos que bien grabados dejaron en la historia, sino según sus imaginaciones. Quién ha habido que se ha aventurado hasta á proponer á Colón por santo, y no faltan quienes pretendan ser muñidores de su beatificación. Ahí están el soñador Conde Rosellí de Longues y su abreviador el clérigo Lyons, para atestiguar de esta novedad. Estos franceses como efectistas son deliciosos, y ¡mal pecado! que de esta tiña como de otras se les va pegando á muchos españoles: Mas á dicha que en Roma se llevan estos pleitos, no á la francesa, sino muy sentados. Fué Colón hombre de fe viva, y de piedad sincera, y buscó la gloria de Dios; mas también la propia, achaque que no se aviene con la santidad, y tuvo sus caídas. Que Dios en su providencia se sirviera de él sin por ello haber menester la santidad, parecerá extraño á franceses, mas acá no entran esas hañaerías, y nuestra teología y nuestra filosofía, más macizas y de enjundia de mejor ley, jamás entrarán por tan extravagante manera de filosofía de la historia.

Tiene gracia el candor, más ó menos inocente, de ciertos

escritores. Recárganse las tintas para pintarnos como hurraños con todo adelanto y novedad. Fué Colón traído y llevado de los españoles hasta que á regañadientes echaron un mendrugo á quien iba á regalarles un mundo. Todas estas lindzas tienen lectores, y como de los mortales los más no se cuidan de ejercitar el razonar, y en esto otorgan poder general á cualquiera que tenga buena letra, he ahí que estas lindzas pasan, y aún más, se aplauden. Pero es el caso que hasta que Franklin descubrió el pararrayos no hubo modo de ponerlos ni siquiera en el Escorial, y esta fué gran inadvertencia y pecado grave y casi mortal del rey prudente. Pues ahora saben hasta los niños de la escuela y lo dicen de coro que Colón descubrió un mundo; pero maldito lo que se sabía de esto antes del descubrimiento, ni el mismo Colón con ello soñó, ni siquiera se le ocurrió, ni tampoco á saberlo llegó. De manera que venimos en puridad á que Colón no ofreció á los Reyes Católicos ningún linaje de mundos, sino un camino más derecho y llano para llegar á las Indias, y esto, con no ser poco, no es lo mismo en cuantía y calidad. Y quien esto ofrecía era un hombre obscuro, desoído de otras cortes, y sus teorías y proposiciones no muy claras ni bien entendidas y no por ignorancia de quienes le oían, que muchos de ellos eran versados en estas cosas, sino que él mismo, con el recelo de que le aviniera lo que en Portugal, hablaba á medias y con reservas, con que sus conclusiones tenían que ser desconfiadas de quienes le oían, y nada bastantes á convencerles de su verdad. Y sobre esto había, que por este tiempo andaba metida Castilla en lo de Granada y por allí se iba la paciencia y los caudales. No fué empresa, como ya dijimos arriba, de coser y cantar. Hubo sus días nublados. La hacienda en muchos apuros y negocios muy graves, particularmente en lo exterior, y que no tenían espera, pidiendo que se los atendiese. Meterse en empeños nuevos sin salir de los viejos no es de prudentes; y aquellos prudentísimos gobernadores de pue-

blos no lo sabían hacer. Lo que Colón ofrecía era incierto y la costa cierta y no proporcionada, ni los privilegios y honores que para sí exigía, hasta entonces no vistos en quienes no fueran reyes de linaje; y esto como si lo que ofrecía en cálculos y conjeturas lo tuviera en la mano. Que hombres como Fray Hernando de Talavera vieran aquellos ofrecimientos con alguna prevención, á nadie debe asombrar. Porque era versado en estas ciencias (y de ello diera muestras en la Universidad de Salamanca), aquellas explicaciones cortadas, y de intento no completas, no le podían satisfacer, y aun lo había de tomar con cierta ojeriza, porque restar entonces un maravedí para aventuras cuando en lo de Granada no se podía quitar ni un cornado, era contra el sentir de quienes veían la necesidad de que este empeño tuviera acabar. Corazón de apóstol y evangelizador tenía aquel varón venerable, y santo faquí le aclamaron después los rendidos de Granada, y había de abrevársele el alma en santa ternura pensando en las almas de allende que se podrían alumbrar y traer á la fe; mas por Dios, que acudir al fuego del vecino cuando arde nuestra casa, no es ordenada caridad y aun se pudiera tomar por necedad. Así lo sentían también los Reyes, y más la Reina que por su condición de mujer había de ser más encendida y fervorosa y más dispuesta á hacer caridades. Y con todo ello á Colón no le despidió, sino que le acogió, y en caso de aquel alcance donde se arriesgaba hacienda y vida de españoles, y aun la honra de España si se dejaba ir tras de quimeras, hizo lo que en conciencia ha de hacer rey que sepa lo que pesa la corona: como quiera que todo no lo puede saber por sí, encomendarlo á quienes están obligados por ley de profesión á no ignorarlo. Que en el juicio de la Reina, de la mujer pesara más el corazón, y en el juicio del Rey, del varón pesara más la razón reposada, ¿á quién ha de asombrarle? Es ley de naturaleza.

Y que en las primeras vistas y conferencias no se llegara

á cosa favorable, podía contarse con ello. Es mala la desconfianza mutua para todo buen suceso. Andaba Colón remiso y desconfiado y hablando á medias palabras. Los que le oían para juzgar, viéndole tan poco firme, no habían de confiar mucho en que estuviera en lo cierto en asunto que tenía tanto que ver y que pensar. Con esto se falló el negocio, y los que vieran á Colón así caído, aun siendo antes suyos, se le hubieron de volver. Es este vicio de las cortes y, aun para hablar con más propiedad, de cuanto rodea al poder. No todos le negaron. Quedaban por amigos suyos y valedores gentes que podían mucho con los Reyes por fieles y acendradas. Hubo hasta damas de gran linaje y honra que tomaron su causa. De entre aquellos que creían ver más claro, era el más esclarecido el insigne maestro del príncipe Don Juan, Fray Diego de Deza, gran teólogo y ornamento del Orden de los Predicadores. Tomó el negocio muy á pechos, como quien tenía un muy hermoso corazón, y promovió las famosas juntas de Salamanca, de donde salió Colón muy levantado. Honra perdurable de aquella Escuela entonces entre las primeras del mundo, y honra del Convento de San Esteban donde se celebraron. Fué Colón á ellas sin las pasadas remisiones; mostró allí sin cautelas lo que sabía. Abrigaba esta su firme resolución la amistad generosa del fraile Diego de Deza. De aquella estancia, que aún está en pie para honra nuestra, salió el Nuevo Mundo. De modo que entre frailes anduvo el juego, entre los franciscanos Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena y el dominico Fray Diego de Deza, mas sus hermanos de San Esteban. Y ¡por Dios! que salió muy bien la jugada.

Había hablado el saber: la política y la hacienda tenían que objetar. No era aún de cristianos Granada y por este arcañuz se iban los recursos. La política decía que aventurarse en novedades sin acabar esta otra aventura fuera temeridad. Mostraba la hacienda las arcas vacías: cuadro temeroso con

no ser el que ofreciera Castilla en el reinado que pasó. Píntalo bravamente Bernáldez. Aun con estas escaseces encontró la generosidad de la Reina cómo acudir á Colón con algunas ayudas de costa: prodigio de aquel espíritu providente. Por fin, que el porfiado empeño se ganó. Sobre la torre de la Alhambra se enarboló la Cruz. Parecióle á Colón que en aquella santa alegría de España y de la Cristiandad, que se holgaban en la libertad restaurada, era llegado para él salir de aquel cautiverio de ansias y esperanzas. Otra vez acudió á los Reyes con su demanda. El afán de su empresa fingiale la oportunidad de la ocasión. Acontece en los esfuerzos de cuerpo y de alma, que, acabada la obra, luego viene el caimiento. Entonces es el apreciar la costa de lo conseguido. Quedaba España vencedora, pero desmayada. Hablar de gastos á quienes tan apuradamente sudaran los pasados, era cosa muy desabrida. Luego se veía lo que había que emplear; pero no era tan claro ver lo que se pudiera ganar. La Reina, con aquella virilidad de mujer esforzada, que excede la del más esforzado varón, viendo todo esto y muy claro, todavía se alentaba más á entrar en el nuevo empeño. Parecíale que aquella Cruz de la Alhambra después del triunfo, ya ociosa, quería correr á nuevas redenciones. El rey Don Fernando, más cauteloso, y con aquella prudencia, que tanto se señaló en los de su linaje, como hombre que para la resolución antes estudiaba las salidas que no las entradas, tenía el ánimo más retraído para aquella nueva obra. Luego, que los negocios de Italia pedían vagar de otros negocios y no poco dinero. Estaba en pleito la hacienda de sus abuelos, que era su propia hacienda. Demás de estas razones, lo que Colón ofrecía, puesto que fuera fundado, pero no era certidumbre, y en la pretensión de honores y privilegios más se corriera y mayor tesón puso de lo que un ánimo generoso y desinteresado debía poner. Al fin exigía por esperanzas lo que en la Castilla renovada de aquel reinado, sólo se otorgaba por realidades.

Veían los nobles con ceño á aquel desconocido, que se quería empinar hasta ponerseles en la cabecera. En buena política lo que Colón pedía, en el logro de la empresa, fuera para la autoridad y soberanía de los Reyes, peligro muy grave: caso de frustrarse, baldón á los ojos de Europa. Sucedió lo que tenía que suceder; que la demanda de Colón tuvo mal suceso.

Partió Colón de la Corte de Granada con las alas del corazón caídas. En aquel caimiento quiso despedirse de los lugares donde soñara con venturas y triunfos, y de aquellos oscuros y fieles amigos que con tanta fe y porfía le favorecieran. Son la soledad del claustro y la finura de percepción en la vida espiritual, motivos de ver más claro que entre el estruendo y tráfago de las cortes populosas. Parecióle á Fray Juan Pérez que algo se le iba á su España de entre las manos. Con esta idea escribió carta valentísima á la Reina, que en tiempos fuera su confesada. En el corazón generoso de aquella singular mujer ardía aún el rescoldo del incendio pasado. Fué Colón llamado otra vez á la Corte con veinte mil maravedís de oro para el viaje. No había cornado en las arcas: la Reina, pronta siempre á dar sus galas para obras de bien común, ofreció de nuevo lo que ya diera en Baza. No fué menester entonces aquel desprendimiento. El Contador del Rey, Santángel, con su porqué, prestó un millón de maravedís. Volvieron las pretensiones desmesuradas de Colón y con ellas los regateos y altercaciones. A la verdad, por parte de los Reyes, regateos y altercaciones muy fundados; no tanto por la de Colón, que no habría quien buenamente pueda excusarle del cargo de poner su vanidad y arrogancia sobre el feliz suceso de lo que tanto parecía ansiar. Muy bajo de estatura apareció entonces el futuro almirante. Caminaba de nuevo Colón la vuelta de la frontera, mohino y maltrocho y perdido el pleito por su temerario porfiar. Tuvo entonces la Reina la corazonada que antes tuviera Fray Juan Pérez. Un

propio de la corte hizo volver al que se partía cuando aún no perdiera de vista la hermosa ciudad. En resolución, que se vino en lo que Colón pedía y el 17 de Abril de 1492, del año grande, se firmaron aquellas capitulaciones que habían de mudar la faz del mundo. ¡Honor á aquella lumbre de claridad con que Dios quiso regalar á aquella excelsa mujer, según suele en las más apretadas horas de la historia! ¡Honor á la prudencia y á la serenidad de espíritu de aquel dechado de príncipes que se llamó el Rey Católico!

No he de hacer relato de lo que después sucedió y que es bien sabido. El gozo con que Colón volvería á sus antiguos favorecedores, que cada cual se lo imagine. Llevaba Colón los regios despachos; pero mucho le quedaba por vencer. No eran suficientes cartas de credencia para los que habían de juzgar por el porte y hábito, y no entendían de las cosas que trataran los doctores de Salamanca. Mala la hubiera Colón para salir con su empresa sin la asistencia de españoles muy respetados, y que en las cosas de la mar hacían raya. Ya se ha puesto en su punto lo que para el suceso de armar la expedición hicieron los Pinzones. La autoridad de estos mareantes y los deudos y amigos que en aquellas costas tenían, procuraron una tripulación de voluntarios donde se pensara que había que acudir á la leva de presidiarios. Hacían las tres naves, la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* una tripulación de ciento veinte hombres; de ellos los más gente arregostada á bracear con los mares. Llevaban matalotaje para un año; y proveído el cuerpo, proveyeron también el alma confesando y comulgando: única manera honesta de comenzar y digna de la empresa. Aún no era salido el sol del viernes 3 de Agosto de aquel año de 92, cuando zarpaban del puerto de Palos y tomaban la derrota de las Canarias. De entonces aquel puerto se ganó la primacía entre los más famosos, luego que salieron de él aquellos hombres resueltos, que se lanzaban á la grande aventura en el Santo Nombre de Dios.

Sabéis también, y no habrá para qué traerlo aquí, todo lo que sobre el famosísimo viaje se ha borrajeado por esos libros. Ya todo ello está dado de lado ante la crítica inflexible. Píntase á aquellos españoles como ruin ganado de gente rústica é insipiente, que viera el mar desde los puertos. No parece que hay entre ellos y el futuro almirante menos distancia que la que poco después había de resultar entre las tribus indígenas y los conquistadores. De manera que sin aquellos españoles, que corrieran el riesgo, y sin los caudales que los Reyes dieron con mano más generosa que previsora, Colón nada hubiera podido acabar. Fuera él al rey de Francia, y dijérale que hartó tenía con ver de rescatar del aragonés el Rosellón y la isla de Sicilia y el reino de Nápoles; fuera á Inglaterra y dijéranle que más importaba á ingleses procurarse de nuevo la Gascuña; fuera á Venecia y la cuitada le diera por respuesta que ya se contentaría con guardarse del Turco. Está bien que quienes tal despacho hubieren dado á Colón, motejen á nuestros Reyes de esquivos y tacaños y de ignorantes y traidores á los tripulantes españoles. No hubo en el viaje vientos de espanto ni las graves alteraciones tan comentadas. Pero á bien que nadie hace alto ya en tan burdos embelecocos. Señales de tierra próxima vinieron á regocijar los corazones de los que navegaban. Hierbecillas que arrastraban las olas, aves vocingleras que cantaban el *¡Gloria in excelsis!* Por fin, en la noche del 11 de Octubre Rodrigo de Triana lanzaba la regocijada voz de ¡tierra! El cañonazo de la *Niña* anunciaba el abrazo de dos mundos. Subió hasta Dios la primera oración, precursora de las oraciones de tantas gentes y generaciones redimidas. Aquella hora feliz hubo de ser de fiesta en el cielo. ¡Bendición á Colón, siquiera hubiera de salir de esta vida sin haberse enterado de su obra! ¡Bendición á nuestra raza española por la cual fuera Colón lo que fué!

De los sucesos que siguieron no he de hablar á la menuda por no alargarme. Campo fueron donde pelear contra Espa-

ña. Tenemos los españoles sobre nosotros el pecado del Descubrimiento, y los que de envidiosos nos odiaron y aún nos odian quisieron herirnos con la calumnia. Con presentar al Almirante por impecado é impecable, y poner en el fondo obscuro á los españoles, estaba hecho el cuadro. A la verdad, tan limpios de pecado que pudieran tirar la primera piedra, tan sólo aparecen los Reyes. Si á las veces hubieron de poner mano en las cosas de Indias y aun mermar los privilegios de Colón y nunca las rentas, traíalo la fuerza de la necesidad y la razón de justicia. No era nacido el Almirante para gobernar. Aun fué, con toda su piedad y buena intención, por caminos que la piedad española no podía sufrir. Los repartimientos suyos son y los primeros esclavos de América. Frente de estos descomedimientos y deshonestidades estuvieron siempre la Reina y el gran Cisneros. Bien claro se vió que las Capitulaciones de 17 de Abril no nacieron para cumplidas. Igual yerro que el de las Capitulaciones de Granada y que pedía igual remedio. Nadie celebrará á Bobadilla por aquel rigor extremado que usó con el anciano descubridor; mas tales agravios reparáronlos con creces el acogimiento que Colón tuvo en España y la satisfacción que le dieron los Reyes, que fué á todo honor de Colón. Ni pecó Ovando de odio al Almirante ni de desamor al bien, mas de obstinado que entendía que en aquella dureza y desabrimiento estaba el camino. No eran por entonces las tierras descubiertas lo que fueran años después; que más era la costa que el provecho; y con todo ello hombre que de altos y bajos, de grandes y pequeños se viera más agasajado y honrado, difícilmente se podrá encontrar. Ni le fué desabrido el rey Don Fernando porque á la postre pareciera que le esquivaba, y que huía de acudirle para el último viaje. Era este negocio particular de Castilla y por aquellos días, hecha dejación de todo, se hallaba Don Fernando en Castilla como extranjero, y puesto á no entender en nada y restituirse á Aragón; y

los castellanos del Archiduque harto tenían con intrigar para meterse en honduras de nuevas empresas.

Ya estoy oyendo que preguntáis qué siento del proceder de los españoles conquistadores. A la verdad sobre estas cosas se volcaron carros de ripia literaria é histórica, y sería ahora harto detenido de descombrar. A bien que la caterva de añascadores de asuntos de historia, tenían donde asirse con las relaciones de Fray Bartolomé de las Casas, hombre de más arranque que aplomo y de más corazón que seso. Tenía virtudes y buen sentir, mas faltábale la sazón de entendimiento de la Reina Católica, y el juicio clarísimo de Cisneros. Con esa caterva de añascadores, los más de sangre extraña, iba la cáfila de españoles inconscientes, que en todo tiempo para este menester de hacer bulto á los extraños, estuvieron siempre prontos. Y ¡qué diré! Que según la condición humana, ni por acaso se encuentran juntas y en concierto las grandezas, ni por acaso agolpadas las miserias; sino que antes de grandezas y miserias se compone esta vida de aquí abajo. Cosas hubo en los conquistadores para mucho reprender; mas pueblo ninguno de los que se dieran á ganar gentes y colonizar tierras, ofrece á la humanidad y á la cultura monumento como el de nuestras *Leyes de Indias*. Algunas de ellas, peticiones fueron de Fray Bartolomé de las Casas, que en ocasiones más que en lo que pedía, erraba en la manera de pedirlo. No fuera mal recordar aquí á los que presumen de sentenciar en estas cosas, aquella ley de Felipe II, previniendo que los indios no entrasen en faenas á las horas de sol, y tasando las horas y modos del trabajo. Cierto, que los que hoy se emplean en estas cuestiones sociales, no lo hicieran mejor. Muchas novedades hay ciertamente, y grandes y muy portentosos adelantos; pero acontece que hay menos cosas nuevas de lo que vulgarmente se cree. Ya se ve; suele suceder, que no se sabe de la misa la media; y perdonad la expresión en gracia de la exactitud.

Y en llegando á estas cosas no quisiera mentar aquí, en este día de gloriosa conmemoración dolores muy frescos y vivos y caídas muy desastradas, cuyo estrépito todavía resuena en el mundo. No busquéis ya aquella hermosísima y gloriosísima bandera allí donde la izara la fe. En aquel continente español apenas hay bandera europea que no se gallardee: tan sólo la bandera madre ha sido arriada. Levanta Dios los pueblos cuando hacen grandes merecimientos y déjalos hundirse cuando llegan á desmerecer. De aquellos tiempos áureos de las *Leyes de Indias* transcurrieron algunos siglos. El imperio español iba desmoronándose, mas aún le quedaba quiñón riquísimo, envidia y celos de extraños. Vinieron malos vientos en el siglo que acaba de pasar. Hízose de las antiguas tierras cristianadas y civilizadas, lugar de refugio de toda hampa y botín de toda desapoderada codicia. Aquella cartera de Ultramar, que de su condición había de guardarse para los muy sentados y expertos, era aprendizaje de pretendientes; y donde había de lucir la letra cursada y razonada del buen calígrafo, aparecían las planas de palotes y borrones de los principiantes. ¿Qué había de acontecer con tal manera de discurrir? Ganó la generación del siglo xv lo que mereció ganar: perdieron las generaciones del siglo xix lo que merecían perder. Que de esta amargura y afrenta se saque la triaca contra aquel veneno, y no se mire vanamente atrás para arredrarse ó para encogerse de hombros, sino para arrepentirse y resolverse á buscar lo mejor. Que las generaciones venideras merezcan, y todavía podrán medrar y fecundar. No lejos de nosotros tendrán donde poner la mirada: allí donde la pusieron San Fernando, los Reyes Católicos, Cisneros y los dos grandes Austrias. Se dirá que parece todo perdido. Muchas son las mudanzas en los pueblos. Los que hoy parecen más empinados acaso más presto caerán. Mientras, á repararse en silencio y á cobrar fuerzas, y á cuidar mucho del sueño. Veamos que tampoco los pueblos saben el

día ni la hora. Y no nos duela lo que se hiciera en días áureos por las gentes ya de nosotros despartadas y perdidas. Fué la obra de hombres más grande que en la historia se vió, y todavía está en pie. No se izará la bandera; pero viven allí y se enseñorean la Santa Fe y la sangre y la lengua española.

VII

Dije antes que en aquella feliz unión de las dos coronas, cada una traía su caudal de herencia y con ello cargas y obligaciones: que en las herencias de las naciones no cabe el beneficio de inventario; y de la manera que en el matrimonio bien concertado se han de atender las necesidades y derechos de ambos cónyuges, y porque sean atendidos habrá que estudiar y cavilar, pues así en la junta de las dos más grandes naciones españolas, el gobierno y dirección habían de ser de modo que ni la una ni la otra quedasen mal servidas. Puesto que á los negocios de Castilla se había acudido ya con la paz del reino y la ocupación definitiva de las Canarias; obra de política de mucho alcance, y el cobro de Granada, y el triunfo de la Santa Fe y la hazaña de Colón, razón era que luego se acudiese á lo que á aragoneses y catalanes tocaba más en particular, y á toda la comunidad española en general: que ya los intereses y gananciales no podían departirse sino que habían de ser uno.

Estos cuidados y menesteres de Aragón y Cataluña traían inquieto al Rey Católico, y le hicieron más remiso en lo de Colón de lo que á un juzgar liviano le pareciera justo. Y la cautela de hombre acostumbrado á ver los negocios por todas sus caras, tradujéronla livianos críticos é historiadores por

desabrimiento y mala voluntad: que algo hay que maliciar cuando se quiere ver las cosas de un color; y si Colón fracasara, á buen seguro que muchos alabadores de la Reina trataran la empresa de negocio de mujer menos advertida y dada á imaginaciones. Y se ha de notar que el mayor entronque de nuestra península con el resto de Europa estaba en Aragón, lindero de Francia y bañado del Mediterráneo, mar de Europa en cuya posesión y señorío estribaba la suerte del mundo y más en particular la de los españoles. Porque Castilla, viviendo sola en sí y apartada de aragoneses, menos tenía que ver con extraños si no era con portugueses que por ley de sangre y de tradición son hermanos, y más han de serlo, andando los tiempos, mal que pese á su desatentada voluntad; y así la unión con extraños no aparece en realidad hasta el bastardo Enrique II, que por defender la rapiña tuvo que buscar la amistad de Francia. Y entonces también ingleses se entrometieron en nuestras cosas por los derechos de la descendencia del rey Don Pedro; y bien que se viniera á concierto con las bodas del infante Don Enrique, hijo de Don Juan I y nieto de Enrique II con Catalina de Lancaster, nieta del rey Don Pedro; pero la liga de Castilla con Francia y casi su dependencia de ella, entonces tuvo lugar. Punto es este de crítica histórica de mucha cuenta, que se ha de tratar aquí porque se ponga en claro lo que parecía turbio y seguiríalo siendo si pudiera todavía pasar en un examen de prueba de curso, que es la cantinela del paréntesis austriaco con otras lindes de este jaez. Que no es esto historiar sino meter la hoz en mies ajena y á lo que salga. Pues parando bien la consideración en aquellos tiempos se ve claro, que si los intereses de Castilla por enemiga con Aragón pudieron mal traerla á liga con Francia, juntas las coronas y hechas una, el pleito de las alianzas y amistades con el francés había de sentenciarse por los alegatos de Aragón, los cuales por la trabazón con Castilla, tenían que ser ahora los alegatos de toda España.

Pues contra el vulgar sentir de los que anduvieron á ciegas en esto ó por flaqueza de los ojos ó por flaqueza de la voluntad, y pese á los fantaseadores de la raza latina, que es cosa singular que por ninguna parte se ve aparecer, de vecinos es el pelearse y el andar á la greña por los intereses y esto avino desde que hubo en Occidente francos y godos que por las fronteras batallaron siglos: lo cual como achaque y vicio de la sangre aparece luego que alguna crisis pone en peligro la sanidad, y no habrá político avisado que lo pueda olvidar. Cuentan las antiguas historias que allá por siglos muy remotos una gente poblara entrambas faldas del Pirineo, las de aquende y las de allende, y allí pone Estrabón la primitiva Iberia, y aun á ello lo reduce. No es de la ocasión tratar punto tan oscuro y disputado, pero ello es que los vestigios de población común por eúskaros y gascones, lo dejan entender. Pasados los siglos y más para nosotros, los godos con algunos lugares de aquende el Pirineo, las tierras del lado allá de las cumbres pirinaicas las ocuparon y dominaron, y aquella fué la raíz del árbol corpulento, que llegó á cobijar con sus ramas todas las tierras de aquende hasta el estrecho de Gades en la primera unidad geográfica y política de nuestra península. La derrota de Alarico II por los francos retrajo la frontera gótica por el Septentrión; pero aún quedó mucha tierra de allende por los godos, que fué empeño y batallar de muchos reinados, y así siguieron las lindes hasta la ruina y acabamiento de su imperio en el siglo VIII.

De entre estos escombros del imperio godo salió el reino de Aragón con los otros que se fueron formando á los principios, como manantial que entre guijos y piedras va asomando, y luego se hizo río caudaloso que cruzó la tierra oriental y se derramó por el Mediterráneo. Andando los tiempos vino á consorcio con el Condado de Barcelona y por ayuntamientos de príncipes y por otros sucesos y causas, con el correr de los siglos, los linderos del nuevo reino peninsu-

lar se dilataron por las tierras donde más blandamente se tienden las montañas pirinaicas, y aun llegó hora en que la ancha Provenza entró á la parte en el reino aragonés, con que el golfo de la antigua Marsilia quedó todo él español. Que estas ventajas de los aragoneses habían de sentar mal á los franceses sus vecinos, no habrá quien lo extrañe, y la historia lo acredita bien, y por aquí vinieron guerras, y la de los albigenses, que costó la vida á Don Pedro II, si fué guerra contra herejes también lo fué de señores y poseedores.

Cerrado era ya de fronteras por el lado de nuestra tierra española el reino de Aragón después que Don Jaime *el Conquistador* ganara á Valencia. Con esta ganancia y la de las Baleares, quedaba cumplido y concluso cuanto á Aragón le tocaba hacer en el rescate de nuestra tierra; que lo que restaba era pensión de Castilla. Tenía el reino franca salida á la parte oriental por el Mediterráneo, que baña sus costas. La soberanía de las Baleares ponía la bandera en muy airosa postura para ser señora: partía términos con aguas de Italia y aguas de África. Que estas aguas del Mediterráneo fueran la salida natural ya lo vieran los catalanes y aquel memorable D. Ramón Berenguer que fundó la marina de Cataluña. Con las Baleares antes de ganadas y con los puertos africanos y con los de Italia, ya de algunos siglos la comunicación y el tráfico muy en auge. Á esta sazón estando ya los aragoneses descansados de lo que hacía á la guerra contra infieles, quedábales mirar por la frontera de mar, porque no se les cerrase; que fuera gravísimo daño. Andaba Italia por entonces dividida en estados menudos, siempre rivales, y puesta á quien la quisiera tomar. Alemanes y franceses tenían allí la mira y se disputaban la presa. Los Pontífices mirando que la balanza se mantuviera en el fiel, porque no viniera el desastre. Mala la hubo al imperio con el triunfo de los angevinos en Nápoles y Sicilia. Era como encerrar á Italia entre dos Francias. Estando linde por medio franceses é italianos,

muy llana la ocupación. Por aquellos caminos se iba á hacer del Mediterráneo un mar francés. Eran los franceses mal mirados de napolitanos y sicilianos, que veían con enojo la nueva dominación. Parecióles más pesada que la antigua. En este odio al francés, napolitanos y sicilianos fueron constantes: que siglos más acá y señoreándose allí los españoles, como la tierra se levantara contra ellos, en apareciendo en aguas de Nápoles la escuadra del de Guisa, volviéronse los alborotados fervorosamente al español, pues preferían todo otro señorío al francés.

Así estaban las cosas del Mediterráneo y de Italia cuando ciñó la corona de Don Jaime I su hijo Don Pedro III. Tenía el aragonés muchos alientos y las manos más sueltas que su padre, porque de tierra adentro nada le quedaba por hacer. Alzaron bandera los sicilianos por el rey de Aragón, el cual tenía deudo con los antiguos reyes de Sicilia, procurado por la buena política de su padre Don Jaime. Luego vió Don Pedro que se pleiteaba por el Mediterráneo, cosa que á quien era costero en lo más de sus estados, no podía serle igual. Es la isla de Sicilia lugar muy acomodado para alzarse con el señorío del Mediterráneo Central; de un lado se da la mano con África y del otro con Italia casi se toca: el paso de Oriente á Occidente cerrado por quien tuviere la dominación. Ya lo vieran fenicios y cartagineses; y esta ganancia de los romanos en la primera guerra púnica les hizo señores. En fin, que Don Pedro vió muy claro y entendió que por allí se iba ó se venía la ventura de España, y con los alientos heredados acometió la empresa y le dió cima y remate. Grande batalla él y sus sucesores hubieron de empeñar; que el francés sintió lo que perdía con aquella ganancia de Aragón, y los Papas, algunos de ellos, viendo con malos anteojos, mostráronse esquivos. Quedó Sicilia por el aragonés y el Mediterráneo tratable y llano á las empresas españolas.

Y que en este buen tino de los aragoneses vieron dón-

de España había de poner la mira, fácil será de ver á quien lo quiera considerar. Es nuestra tierra casi toda ella rodeada de mares, y siquiera por entonces fuera lo que dice Mariana «la primera de las tierras hacia donde el sol se pone», este estar en el un cabo de Europa, no es guarecimiento y defensa sino muy grave riesgo. Separan y defienden las montañas: los mares abren y comunican, y en todos tiempos cuyo es el mar es la tierra que baña. De donde se sigue, cuánta sea la cuenta que todo buen gobierno en España ha de tener con esta consideración; y que los mares, cuando las naves no los señorean y doman, más aprisionan que comunican y son puerta franca para todo linaje de embestidas y asaltos de enemigos. Y que con Sicilia tiene España las llaves de este mar interior, donde se fraguó casi toda la historia, ya lo sintieron los cartagineses, que arrojados de Sicilia en España hubieron de buscar el desquite.

Con esta hazaña de Sicilia, levantóse Aragón sobre los otros pueblos europeos. Quedó el francés, que soñara con hacer de Italia otra Francia, recogido en las fronteras y sin atreverse á asomar. Domadas fueron las repúblicas italianas en su arrogancia, y las naves aragonesas, solas y señeras, pasearon los mares. Poco faltó para que un imperio español no se levantase allí donde Constantino quiso poner la cabecera del mundo, el cual se diese la mano con lo que, al decir de algunos antiguos, fuera el solar ibérico. Reportóse el Turco, que ya echaba la garra á Constantinopla: su segundo alarde había de tener castigo en Lepanto. Y no paró aquí la buena estrella y espléndido día del señorío aragonés, porque en el siglo xv aquel reino de Nápoles, que después del cobro de Sicilia viviera de su propia flaqueza, por varias artes y modos de una mujer mudable y antojadiza, vino á aquel Don Alfonso *el Magnánimo*: figura toda ella española y realzada por el esmalte del Renacimiento. Vínole Juana de Nápoles con burlas y él le ganó por la mano con veras; que no entendía

de burlas aquel aragonés. Político maestro, primer brote de aquella buena cepa de políticos que por más de dos siglos dió frutos tan ricos y sazonados. Jamás navegó con más garbo aquel buen mareante de los mares de la política que en aquellas aguas de Ponza, donde vencido y prisionero de sus enemigos, acertó á ganárselos, y á hacerlos más que sus prisioneros sus amigos y servidores, con que se granjeó el señorío de Italia. Príncipe por igual limpiamente cristiano, que soñó con el cobro de Constantinopla y en el saco de Marsella mandó respetar los templos y las mujeres; y adorador del Renacimiento, que entró triunfal en Nápoles con pompa más que romana y dió en su palacio acogimiento generoso á artes y letras, y andaba á caza de códices y libros con la codicia de un letrado. Y esta querencia de los libros muertos no le quitó nunca la de los libros vivos, que fué muy leído y conocedor de hombres y de cosas; en lo cual se adelantó á su tocayo el de Castilla y á su sobrino amadisimo el príncipe Don Carlos de Viana: los cuales en este arte de gobernarse y de gobernar no llegaron á mucha ventaja. Con otros tiempos este Don Alfonso de Aragón fuera el brazo de la Cristiandad. En aquel batallar, en que se empeñó, sobre el egoísmo de Europa, tuvo que luchar también con los Papas; y cierto que en esto algo se desmandó, puesto que según lo revuelto de las cosas, aún no se pudiera sentenciar. Mas esta empresa de ser brazo de la Cristiandad, guardada estaba para sus sucesores.

De cuanto va dicho en este capítulo y en los anteriores se habrá de sacar que el rey de Castilla San Fernando y el rey de Aragón Don Pedro III marcan los rumbos por donde, andando los siglos, había de marchar la gente española hasta la cumbre de su grandeza. Quedaba cumplido en parte lo que hacía al testamento del rey San Fernando con la Conquista de Granada. Lo de África tuviéronlo en el corazón los Reyes Católicos; recomendólo la Reina en su última voluntad; Cisneros avanzó á acometerlo; y si otros cuidados y menesteres

no se interpusieran, los dos grandes Austrias lo llevaran á cima. Quizá para ello fué estorbo la obra de Colón, mas siendo tanto lo que España significa con ella en la historia del mundo, es para templar el tedio y pesadumbre de la mucha costa. Aun con esto no fuera acabada la obra castellana. Navarra vivía en dependencia algún tanto honesta del francés, y era como cuña que hacía violencia en el suelo patrio. Pues Portugal, desligado de Castilla y en tenaz pugna con ella, se esforzaba en una obra contra naturaleza. Ganó fama en los mares y llegó con los Avis á altura eminente. Siendo todavía los demás estados de Europa flacos y en divisiones, se pudo substentar; luego que Inglaterra y Francia se hicieron poderosas en el siglo xvii, Portugal, desgajado de Castilla, quedó á vivir de prestado. Ya lo diera á entender Felipe II en cláusula de su testamento que es áurea lección de política. Ahora la batalla de Toro resolvió la cuestión dinástica en Castilla; pero no acudió á la necesidad nacional. Á procurarlo se enderezaron las miras de Don Fernando y Doña Isabel. Aquellos enlaces matrimoniales de príncipes castellanos y portugueses con tanto afán seguidos y tan malamente frustrados iban al nobilísimo fin. Aún dió sus frutos reinando Felipe II, y buena fuera la cosecha si el rey prudente hubiese dejado quien supiera labrar. Lo que va dicho, por lo que toca á Castilla. Por Don Pedro III de Aragón y sus sucesores y singularmente por Don Alfonso V *el Magnánimo*, marcados quedaban los derrotos de los españoles en Europa por los siglos xv y xvi. Esta era la herencia de Aragón, que no se podía renunciar. Retroceder de aquellos derrotos fuera despeñarse. Ya lo veía así el rey Don Fernando á quien los cuidados de Castilla no apartaban de los cuidados de Aragón. Desde Baza y desde Málaga y desde la rendida Granada, no quitaba ojo al Mediterráneo. Clavada la Cruz en la Alhambra, ya se podía respirar. Fuerza era hacer frente á lo de Italia. Era llegada la ocasión y no estaba en el natural

de aquel maestro de la política, viéndola calva, dejar que otro le tomase el único cabello que la hermozeaba. Estaban los estados italianos casi deshechos. El reino de Nápoles á punto de perderse; el turco insolente; el francés, más recobrado de los pasados quebrantos, atisbando el desquite. Era la hora de decidir la contienda. Ó el Mediterráneo francés ó el Mediterráneo español. No le tembló el pulso al Rey Católico y acometió de frente. Aquella acometida fué la salvación de la causa española. Presto la mirada penetrante de Don Fernando buscó los flacos del francés. Había que ligarse con Inglaterra y con el Imperio, sus enemigos declarados é irreconciliables. Por aquí, según los ocultos caminos de la divina Providencia, vino después la dinastía austriaca; y la política de los dos grandes Austrias, limpia y soberanamente española, siguió por aquellos derrotos, los únicos que cabía tomar. Á reinar Don Juan III de Aragón en España por ellos caminará: eran los de sus gloriosos padres. Francisco I de Francia en el Imperio habría pesado en la balanza demasiado, para que Don Juan III lo hubiera podido llevar. Afianzada la prepotencia española en San Quintín y Gravelinas, el gran Felipe II quiso ajustar paces con Francia. Á aquella conciencia coronada pesábale cuanto no fuera aunar á Europa contra los enemigos de la Cristiandad. Tuvo por primer obstáculo al Papa Paulo IV, que mirara por su sangre más de lo que debiera; salvó al rey de España que no vaciló en poner á vista de ojos que su piedad y su firmeza eran parejas. La herejía llevóle mal su grado á guerras con Francia. No había de dejar que ardiese la casa del vecino, sin curarse de que las chispas podían incendiar la casa propia. Tuvo Enrique IV que pasar por la misa. Con qué fe la oyó, Dios lo sabe. Mas ya dijimos antes cuánto le iba á Europa en esto. Estos sucesos preparó el Rey Católico con su previsión. Pudo más esta previsión y cautela que la altanería del francés. Ganaba amigos Don Fernando cuando Carlos VIII y Luis XII, á estilo

de franceses, agraviaban á los que pretendían ganar. Fueron los sucesos por sus grados. Los príncipes italianos, según la donosa expresión de Pedro Mártir, que abunda en ellas, viendo cómo rapaban las barbas de sus vecinos, no se curaban de echar las suyas á remojar. Y vino Don Fernando como buen rapista y nadie le puso estorbo, que en aquella confusión y aquel repetir la fábula de los dos conejos, cuanto Don Fernando hizo sonó á bien y remedio.

Y aquí comienza perfectamente trabado, lo de entonces con lo de después, los antecedentes con los consiguientes, sin cortes ni paréntesis imaginarios: la España del siglo xvi en toda su gloriosa historia. De entonces arranca el honor de aquellas armas que se estrenaron y ensayaron en moros para acicalarse en franceses. Allá en Italia puso remate y coronamiento á sus hazañas aquel Gonzalo que en los mil lances de la guerra de Granada se adiestrara á pelear y á mandar. Un castellano acabó en Nápoles lo que siglos atrás comenzaran aragoneses porque se viera cómo de aquel ayuntamiento fecundo de las dos coronas, naciera España. Príncipe todo él español y á la vez sobriamente italiano; tan recio en las fatigas como dado á la pompa y boato en las horas de bonanza. Cortejábanle reyes, agasajábanle príncipes, coronábanle de rosas y laureles en los días de triunfo damas italianas; aclamábanle los pueblos y las milicias con fervor encendido le bendecían. Brindáronle con la corona. No era el Condestable de Borbón. Para tan poco era mucha costa la honra. La honra castellana valía mucho más. ¡Ojalá que quien se ha holgado de alabar tan de justicia al rey Don Fernando, no tuviera aquí que afearle! No fué el Rey para aquel leal vasallo lo que él se merecía. Puso más de una vez á prueba más que dura á aquel por quien el francés diera las niñas de sus ojos. Y no hubo en aquel desvío causas grandes y menos negocio de deslealtad. A las veces lo diverso de la condición pone entre los hombres barreras que los mayores intereses y las pasio-

nes más arrebatadas no llegarían á levantar. Eran Don Fernando de Aragón y el Gran Capitán dos complexiones contrarias. Ni en los gustos se podían entender. Estaba el aragonés agriado de los castellanos y con razón, que fué muy desengañado su lugar en Castilla á la muerte de la reina Doña Isabel; y por buen componer declinó los poderes y se restituyó á las tierras aragonesas. En este humor y ánimo, la estancia de Gonzalo en Italia había de serle más desabrida. Tuvo modo de antecogerle con mucha cortesía y traerlo á España. Del desvío con que le trató hasta su muerte no habrá quien defienda al rey Don Fernando. Y ved, que franceses, siglos adelante, profanaron la tumba donde descansaba el gran soldado en aquella su Granada donde descansan también los Reyes sus señores. Quisieron vengar en el muerto las proezas del vivo con que los derrotó segunda vez de muerto. Pero más atedia que aquí donde sobra oro y bronce para levantar muñecos en calles y plazas, en baja idolatría de pueblos caídos, se acabe de cerrar al culto de Dios por ruinosa la soberbia iglesia donde reposa. Mayor agravio que el que le hicieran franceses.

Decidida, pues, dejaron los Reyes Católicos la cuestión de Italia, ya que no acabada por la porfía del francés. Con ello se decidió del Mediterráneo, que tanto importaba á españoles, y nuestra preponderancia fué asentada. Y en esto, ya se ha dicho antes, no iba tan sólo el bien de España, mas el de toda la Cristiandad, que sin la España del siglo xvi, cuyos supuestos están en la del siglo xv, viniera fácilmente á ruina. Pues ¡buenas estaban las otras naciones de Europa para acudir al incendio! Por todas partes amenazaban las dos barbaries ya dichas. Ya se dieran la mano en alianzas con ayuntamiento de pública deshonestidad. Andaba por las Cortes de Europa el libro de Maquiavelo, como texto y evangelio de toda política. La conveniencia por el derecho; la voluntad del príncipe por única ley. ¡Bien hubiera acudido á la defensa

aquel Francisco I que andaba en tratos con Barbaroja y el Turco contra Carlos V! ¡Bien aquel Enrique VIII de Inglaterra, husmeador de sacristías y al fin, barredura de ellas! Pues no andaban siempre los Papas en aquella confusión temerosa, muy en su lugar. Salvo la fe, guardada por la promesa de Cristo, muchos anduvieron como desmandados y más en curiosidades que en cosas de pública cristiandad. Con otra luz el Santo Pío V, gloria de su tiempo y estrella del Pontificado, encomendaba que se pidiera á Dios por la salud del rey de España como tan necesaria á toda la Cristiandad. Sin España acaso el Concilio de Trento, sin dar cabo á su obra, hubiera cerrado sus puertas. El Turco pasara de Lepanto sin las naves españolas. ¡Sólo tú, raza española, estuviste para la defensa! Sólo tú, raza de hombres, bien tamizada en sudores y trabajos, y con una complexión católica tan sólida y tan tuya, que dentro de la unidad esencial de la fe, parece que hay como una manera de sentir católico que te es propia, y que te señala entre todos los pueblos cristianos. ¡Ah, que los reyes cristianísimos eran muy cicateros y el más ruin favor se lo cobraban con las setenas! Acaso se renovaran los días de noche de Aviñón, sin los hermanos de raza de aquel Cardenal D. Gil de Albornoz, timbre de la Castilla del siglo xiv, fundador del Colegio español de San Clemente de Bolonia, y rescatador de la hacienda y señorío que los Papas, con la desinteresada protección francesa, habían abandonado. Fué el esfuerzo portentoso. Tuviérase por obra de Titanes. Fué la caída de agotamiento. El derecho internacional moderno, adorador de la letra de cambio, viendo aquella grandeza caída, meneaba la cabeza, se sonríe y pasa de largo. Así pasarán las generaciones y las mudanzas se mudarán con las mudanzas; pero sobre lo que pasó quedará la sanción indeleble de la historia.

VIII

Van las aguas buscando su nivel y así acontece de ordinario con los pueblos: cuando suben, suben por igual y así también cuando abajan y caen. Esta ley se cumplió en nuestra gente en aquel acabar del siglo xv, que fuera, acabando, tan glorioso como desastrado fuera comenzando. Que todo en España se levantó por igual y se puso por encima de los otros pueblos de Europa cuando los insignes príncipes emprendieron la hora de la restauración. Con todo ello ya de antes en algunas cosas fuera de mucha monta la ventaja de España, y esto lo trajo Aragón con la vecindad y comunicación de Italia. Habían venido á esta tierra y refugiándose en ella los restos de aquel saber helénico que se guardara en Constantinopla, y que á la sazón, huyendo del Turco, buscaran nuevos asientos. Con esto el Renacimiento, que comenzara en el siglo xiii, de luz naciente se hizo sol encendido, que fué levantándose por el horizonte de Europa y derramándose por dondequiera. Había en esta lumbre de bien y de mal: para fecundar y hacer crecer olorosas y saludables plantas, y para que más se corrompieran y se hicieran pestilentes las aguas encharcadas de los errores. Tal fué la afición descomedida con que aquellas novedades se tomaron, que algunos papas y otras personas muy graves en esta afición perdieron el tino y lo procuraron más de lo honesto. Don Alfonso V de Aragón con sus empresas de Nápoles y su larga estancia entre italianos y sus gustos y preferencias hizo más que nadie en aquello que pudiéramos llamar italianización. Pues en Castilla, si como iban las letras fuera el gobernar,

por ventura el reinado de Don Juan II sería mejor señalado; que en esto de las letras fué en lo único que aquel rey tuvo esmero y cuidado, y los nobles, algunos de ellos se dieron á cultivarlas, y no era raro la lectura de los clásicos latinos y su traslado al romance. Como quiera, andaban letras y saberes en ambas penínsulas muy florecientes, cuando franceses é ingleses y alemanes entendían poco de estas cosas, y alguno, como el francés, tenía su lengua en mantillas y casi sin formar.

Pues esta buena semilla, como todo lo que aún quedaba en esta tierra abrasada, aprovecharónla los Reyes, que levantaron la nación en todo, de manera que de estar las aguas del bien muy bajas ellos las subieron á un nivel que las ponía sobre las de los otros pueblos. Mas como fuera lo primero trabar bien la tierra porque no se fuese, de aquí aquellas providencias, ya arriba dichas, para afirmar el poder real sobre los hombres de letrados y populares y los Consejos y otras instituciones encaminadas al mismo fin. Y no fué de poca monta lo que en orden á la fuerza de que el poder se ha de asistir, hicieron Don Fernando y Doña Isabel: que sobre la fundación de la Santa Hermandad, que fué como el ensayo, y la incorporación de los Maestrazgos á la corona, con que se les dejó el fruto y se quitó el amargor, sobre todo esto digo, vinieron aquellas sabias provisiones en lo que todo súbdito por ley de tal debe á la defensa del solar, y con él á la del rey, que tiene por solar toda la haz de la nación; y el mandar que los súbditos de cualquier condición que fueren, tuvieran las varias armas que conforme á esta su condición hubieren de usar; y el hacerlas horras y quitas de deuda y caución; y aquellos alardes de armas que cada un año se habían de tener los últimos domingos de Marzo y Septiembre con que no se olvidase el manejo y destreza en ellas. Por este camino fué también después el gran Cisneros; y aquí se puede ver en pleno reinado de los Reyes Católicos el servicio mili-

tar obligatorio; pero con el comedimiento y advertencia que en todas las novedades usaron. Ya podía decir, según se lee en Marineo Sículo, años después de esto el rey Francisco de Francia, viendo que por todas partes los mozos imberbes ceñían espada: «¡Oh bienaventurada España que pare y cría los hombres armados!» Lo cual le serviría de lección é hizo para él honroso el vencimiento y para sus vencedores gloriosa la victoria. Y lo que se hizo en la guerra de Granada, que ya apuntamos, donde la infantería y la caballería y lo que dicen armas especiales, y la sanidad y la administración, recogidos todos los adelantos de Europa llegaron á superarlos, pedía largo tratado. Queden por muestras los nombres de Gonzalo Fernández de Córdoba, de Gonzalo de Ayora y del capitán de artillería D. Francisco Ramírez, madrileño insigne, por desgracia malogrado, en quien dió la reina Doña Isabel marido de honra á su maestra de latín doña Beatriz Galindo.

Sobre dos columnas se asienta toda autoridad: la ley, ordenadora de las cosas y ordenada al bien común, y el imperio, sin el cual las leyes por la recia condición del hombre, de su dañado natural arregostado á la rebeldía, no tuvieran poder y eficacia. Ambas columnas descansan en el cimiento de la religión, sin la cual ni en casa ni en reino el gobernar es de alguna substancia ni subsistencia. Qué hicieran los Reyes por este cimiento ya se trató en su lugar y tan detenidamente como aquí cabe. Cómo afirmaron el imperio y le ampararon de acometidas se acaba de ver. Quedaba lo de las leyes, y en esto que era de muy grave necesidad, procuraron poner remedio. Iban las leyes en Castilla de muy antiguo muy sueltas cuando no contrarias. Tiempos y sucesos muy varios les dieron ocasión. Como traba una sola ley para todos, bien ordenada y con vista de todos, así desune y encizaña la variedad de leyes y preceptos. Vió esta verdad muy claramente aquel Santo Rey Don Fernando, que tan claro ver tenía, y quiso remediarlo. Según su estilo, no de golpe y por el camino más

corto, mas por sus pasos y caminando sobre seguro, intentó aquella saludable mudanza. La traducción y recomposición de la antigua Ley de los Visigodos, en lengua romance, con otras providencias, se encaminaban á este fin. Atajó la muerte en esta empresa como en otras no menos loables al Santo Rey, con que el negocio quedó en los principios. Ya intentó llevarlo á término su hijo Don Alonso *el Sabio*, y el Código de *Las Siete Partidas*, por su excelencia, está sobre cuanto se intentó en Europa en los siglos medios. Tuviera Don Alfonso más cuenta de buscar por dónde había de llegar á su propósito, y usara de aquella cautela y prudencia que su padre, y en esto como en lo demás de su reinado lograra mejor suceso. Aun se pudiera pensar que el mismo primor y excelencia del Código alfonsino fué su mayor contra, porque se acomodaba poco en usos y costumbres, y así el quererlo todo de una vez fué causa de no llegar á nada. Quedó el Código como supletorio y eso en las famosas Cortes de Alcalá de 1348, de donde salió la más famosa y acabada fórmula de contratación que se pudiera pensar. Andando los siglos y con las mudanzas de tiempos y costumbres, sobre las antiguas leyes vinieron otras nuevas; y en aquel bosque cerrado era dificultoso dar con los senderos; y ya las Cortes representaron varias veces á los Reyes sobre esta necesidad.

Pensar que los Reyes Católicos no acudieran á ella fuera desconocer la excelencia de su complexión moral. Más que nunca había que aunar las leyes, cuando á aunar se iba en todo, y de este buen aunar había de nacer la nación española. Diósele encargo al Doctor Alonso Díaz de Montalvo en las Cortes de 1480, y el laborioso letrado diólo por terminado en 1484. Hízose en aquella compilación lo primero que importaba hacer: no mudar las leyes, mas recogerlas en un cuerpo de desperdigadas que andaban y concordarlas, de modo que fueran sabidas y pudieran servir para conforme á ellas sentenciar. De entre las ediciones que se hicieron es

curiosa una del siglo xvi, fecha en Salamanca con comento latino de Diego Pérez, dedicada al insigne D. Diego de Covarrubias. Poseo limpio y primoroso ejemplar. Todavía como las necesidades fueran creciendo y las novedades pidiesen nuevas providencias, desde las Ordenanzas de Montalvo las provisiones y pragmáticas de los Reyes pedían nueva compilación. Hízose esto por Juan Ramírez, escribano del Consejo, y por mandado de los Reyes fué impresa en Alcalá de Henares en 1503. Aún no eran aunadas con esto las leyes, ni el pensamiento de la Reina había de estar satisfecho, porque en su testamento recomienda encarecidamente esta obra. Quedó por entonces en lo hecho, puesto que las peticiones de las Cortes sobre este particular fueran muy repetidas. En el reinado de Felipe II se publicó la Nueva Recopilación.

Carece de ley la necesidad y donde el pan falta la paz no sobra. Iba en el reinado anterior despeñado el reino con aquel repartirse el señorío real los nobles en rebeldía, y Enrique IV fué tan pródigo de lo suyo como su trasabuelo Enrique II: si es que podía tener por suyo lo que era de la realeza, de modo que el regalarlo no era liberalidad sino hurto y violencia que se hacía al reino. De este caudal de la corona y atributos de su soberanía era uno muy principal la moneda. Tres casas de fabricación tenía el rey, que luego los Reyes Católicos redujeron otra vez á este número, mas la de Granada, que con otras prerrogativas como la Real Chancillería fué aguinaldo y caricia con que los Reyes Conquistadores regalaron á la ciudad ganada. Pues Enrique IV, que era muy liberal de lo ajeno, concedió la acuñación de moneda á cuantos con buenos ó malos modos se lo quisieron pedir; y llegó á haber hasta cincuenta y tres fábricas de esta primorosa mercancía, sin la que los señores acuñaban por su cuenta y gusto; y no había ley en ella mas todos los días se mudaba, con que este buen pasaporte del buen traficar, quedó despreciado de manera que nadie se curaba de él como entre gente

bárbara. En este mal, padre de muchos males, luego pusieron remedio los Reyes Católicos. Recogieron las licencias mal otorgadas, vino á la reforma dicha y con providencias saludables la ley de la moneda sin la que no hay ley de contratación, de sospechada y tornadiza, hizo firme y confiada. Luego se mudaron las cosas y el tráfico se corrió por toda Castilla, y abarataron los precios y salarios y florecieron los oficios é industrias, antes marchitos. Y como sea buena política quitar trabas inconsideradas á entradas y salidas de lugares, que con el engaño de la ganancia ruin acaban con la ganancia generosa, y el cruzar las tierras de caminos y los ríos de puentes es hacerlos tratables y prestos para toda comunicación, aquí sería de apuntar, si la brevedad diere licencia á ello, las provisiones de aquel feliz reinado en negocios de tal cuantía. No se olvidó repoblar los montes singularmente allí donde la merma de ellos dejaba sin cebo las industrias y artes; ni de acotar los ríos desmandados según lo acreditan las providencias acerca del río Segura; y que veían bien desastres que todos hemos presenciado, lo dicen harto claramente. Pues todavía el erudito Burriel apunta que la reina Doña Isabel ideara hacer el Tajo navegable. Clemencín, que es algo huraño con todo lo que trata, empezando por Cervantes á quien fustiga las más veces sin razón, no asiente á esto por no decir Burriel de dónde lo tomó, ni hacerse nota de ello después; mas un hombre, que tanto rebuscó los archivos y más el de la Santa Iglesia de Toledo, pudo hallar allí en qué fundarse. Esto del Tajo se trató en tiempo de Felipe II, que sabía mirar lo de Portugal, y que más lo mirara si por ventura las alteraciones de Aragón, y la vecindad del francés, y los manejos por infestarnos de la herejía, no le retrajeran de alejar la Corte de esta parte central de España. En los principios de aquel siglo, viviendo el Emperador, el maestro Fernán-Pérez de Oliva propuso á los cordobeses que igual labor, que la pensada con el Tajo, se

hiciera con el Guadalquivir. Que fué el siglo XVI muy fecundo en planes y pensamientos, que olvidados luego, nos trajeron á estas tristes realidades. Pues ¿qué decir de aquella institución del Consulado de Burgos, que tal prosperidad y abundancia trajo á Castilla y renovó los días del comercio y navegación de vizcaínos y montañeses á las varias naciones de Europa, y de aquella feria de Medina del Campo, lugar en lo más central de España, donde se cruzaban y juntaban los veneros de riqueza y venían de las naciones á tratar y traficar, y el crédito y fianza de los tratantes igualaba á cuanto en las naciones de mayor cultura y riqueza comercial pudiéramos alcanzar en nuestros días? Y no hay dudar que, dando más la tierra, y los oficios y los tráficos con aquella bienandanza del común, hacía la vida menos agria y la población de gente creció de lo que fué en tiempos anteriores. Porque fuera de los extraños, que venían á asentarse en Castilla como en tierra bien proveída, donde hay más panes se encienden más hogares, y de los bien mantenidos y no envidados nace más fácilmente generación fecunda y briosa. No poco se fomentó también el poder naval, porque con el adelanto de las industrias se hizo más fácil la construcción de naves; y esto se miró mucho y que no pudieran ser enajenadas á extranjeros siquiera tuvieran carta de naturaleza. Y como no haya marina de guerra donde no la hay para comerciar, de modo que la mercante es sustento de la militar, y la militar sea fianza de la mercante, púsose empeño en que ésta prosperase, y así se favorecían con cien maravedís de ayuda de costa por cada un año, los bajeles que pasasen de las seiscientas toneladas, con otras ventajas; y buscando la del comercio y consumo de los frutos de la tierra, preveníase que las naves inglesas y otras extranjeras que trajesen sus mercaderías hubiesen de cargar la vuelta con mercaderías de estos reinos. De esta suerte Castilla, que antes anduviera algo zaguera de Aragón en el poderío naval, creció luego de

manera que los españoles por este tiempo hacían raya en los mares. A la verdad que nación á quien el mar ciñe en redondo, y que aún tiene afueras muy ricas y codiciadas, sin pujanza en los mares no se podrá sustentar. Otra excelente institución favorecieron los Reyes Católicos y fueron los gremios, que más adelante cayó como todo; mas ello era grande abrigo de industrias y oficios que así tuvieron lo que, entregado al egoísmo individual, que todo lo abrasa, jamás se podrá tener. Grande asilo de labradores fueron los pósitos que fundó el insigne Cisneros: terror de usureros y demás alimañas. Hízose de ellos lo que de todo lo que tenía valer. El cuento de la gallina de los huevos de oro.

Y era también de ver cómo por una provisión de los Reyes entraban en Castilla, horros de gabelas, los libros que se imprimían fuera de España y los privilegios concedidos á los impresores. Esta diligencia tenía años adelante Felipe II, cuando escribía á su embajador en París D. Francés de Álava, que á toda costa le procurase cuanto bueno saliera, para aquel templo de la ciencia que se llama la Biblioteca del Escorial; y si hubo que cerrar las puertas á muchos libros, que en odres de vino muy bonitamente se trataba de introducir en estos reinos como vino de mala madre con que emborracharse, cúlpele á Lutero, cuya fué esta obra y otras que Europa pagó muy caras. Que como dice un soberano escritor de nuestros días y hablista insigne, que Dios nos conserve, y de quien nadie podrá sospechar, sin Lutero y sin la Revolución francesa (que nosotros llamaríamos su hija mayor), por ventura el avance del mundo fuera aún mayor y más maravilloso, porque aunadas todas las fuerzas intelectuales en aquella ancha y concertada unidad de la Cristiandad, no se gastaran ríos de sangre y siglos de tiempo en defenderse de aquella mala y torpe lepra ni en porfiar en necio sobre cosas que de todos eran sabidas y de todos reconocidas, acatadas y amadas. Y, volviendo á nuestro propósito, ¿qué decir de aquel

fervor con que se mandaban á países extraños los más grandes de los nuestros porque bebiesen en aquellas fuentes, y luego viniesen acá á fecundar escuelas, y la honra con que se traía á extraños de los más señalados porque aquí enseñasen hasta en la Cámara de los Reyes, y el aplauso con que nuestros naturales leían de ciencias y letras en las aulas extranjeras? Mas cierto que los que se enviaban por recoger fruto, no iban á la rebusca de los esquilmos de broza científica, desechada hasta de los establos, según en tiempos no lejanos hicieramos para nuestra vergüenza, sino para recoger las espigas más granadas y doradas con que amasar el pan candeal que se servía en Salamanca y en nuestra Complutense. Y déjeseme aquí saludar este nuestro antiguo solar, honor del incomparable Cisneros, y timbre del reinado portentoso en el cual se fundó. No pasaré del saludo porque no ha muchos años, en conmemoración solemne, hizo su mención á maravilla un compañero nuestro y amigo mío muy querido, claustral conmigo en tiempos en la escuela de Granada y claustral con nosotros ahora en esta nuestra escuela, heredera de aquella de Alcalá de tan famosa memoria.

Pues cómo andaban en España los estudios de las lenguas madres díganlo, entre los que vinieron de allende, Pedro Mártir de Anglería, cuyo epistolario es de oro para las cosas de la época, y Marineo Sículo y los Geraldinos Antonio y Alejandro, maestros de latín de las hijas de los Reyes; las cuales, en todo lo que hace á una buena crianza se señalaron; y de dentro de casa aquellos maestros Juan de Vergara y el Pinciano y el egregio Nebrija, historiador y gramático que dió en el quid con aquel feliz ayuntamiento del estudio de la lengua latina y de nuestro romance castellano, que entonces se aparejaba á aquella soberana gallardía con que se hizo el habla de las cortes, el refrendo de los bien educados, y expresión de todo poder y grandeza. Y este cultivar el romance cultivando la lengua madre, era de grande advertencia por-

que se entendiese lo que hoy se echa á menosprecio y por ventura se ladea hoy aun allí donde acrisolar la lengua patria es mote y empresa. Que en esto que fuimos como en mucho de mayores, ahora como en otras cosas vamos zagueros, y el latín que vuelve á enseñarse y tratarse en todos los pueblos cultos, aquí casi por modo oficial, se tiene por cosa baladí y aun para encerrada en las sacristías. Latinos fueron en el reinado de Doña Isabel los hombres más eminentes y los que en el gobierno y por las cortes extranjeras habían de andar; y aun con aquel ardor llegó á tenerse en poco nuestro romance, y á trasladar los libros del romance á la lengua latina. Demasiado yerro y grande daño que luego se enmendaron. Latina era la Reina y maestra suya aquella doña Beatriz Galindo que en Madrid dejara nobilísimas memorias. Y con el ejemplo de la Reina, que entendía también de otras lenguas y las hablaba, salieron tantas mujeres ilustres por su linaje, que en esto entendieron, y algunas que profesaron públicamente las letras en las escuelas españolas con mucho aplauso. Hablen doña Lucía de Medrano y doña Juana Contreras y Francisca de Nebrija, que regentó la cátedra de su padre. Mas estas mujeres sabidoras tenían por sal de su saber la discreción, y entendían de hijas, de esposas y de madres, y de educar los hijos y de mirar por la hacienda, y en ellas y en aquella almáciga de mujeres ilustres, que la singular florecencia de nuestro siglo xvi diera de sí, pudo estudiar y aprender el Maestro Fray Luis de León su libro de *La Perfecta casada*: que eran las mujeres aquellas varoniles mas no hombrunas. Y si las mujeres se aupaban á saber de libros los hombres ¿qué habían de hacer? Ya no eran las letras tenidas en menos mas tratadas de los señores como empleo honrado que no estorbaba espada, que no habían de tener aquella profesión en menos que la tenían príncipes y reyes. De manera que la nobleza con el ejemplo de la Reina se enseñaba á tratar letras y á tener en estima á quien las trataba; y así los hombres de

saber fueron favorecidos y empujados porque llegasen á grandes honras. Y esto hacían los Reyes que donde veían el valer allí ponían la protección, y de los humildes con virtud y ciencia llenaban los puestos encumbrados. Y hacían esto no sujetándose á ritos y fórmulas de reglamento sino con plenitud de arbitrio y sin más que la balanza de la justicia en el fiel, donde no hacía peso ningún interés. Y esto es gobernar, y esto es la igualdad ante la ley en su sentido racional y no en el vulgarísimo y errado que se le suele dar, con que resulta la desigualdad. Y porque la condición y los hechos de los hombres no son iguales, así tampoco pueden ser iguales, sino acomodadas á estas diferencias; y así las excepciones y los privilegios serán legítimos porque no son derogadores sino confirmadores de la ley. No es el arbitrio la arbitrariedad, mas razón que acaso no habría de faltar en sentencia ninguna, sobre todo en lo que hace á las personas, porque jamás podrá haber ley tan flexible y perfecta que se ajuste á todos los casos. De otro modo suele ahora entenderse con qué por guardar las formas, que es hipocresía al uso, los que no harían excepción de la ley ni tolerarían privilegio, cuando la justicia y la recta aplicación de la ley lo pidiere, mudan la ley á gusto y medida con que las leyes son como los trajes y los gobernantes más maestros de sastre que de buen gobernar. No hace tantos años que ocurrió suceso que es para ser recordado. Como vacara cierta cátedra, todas las miradas se fijaron en un mozo extraordinario que ya entonces valía por muchos consumados, y hoy admiran los extraños. Las señas son mortales y no hay por qué señalar más. El caso era temeroso, que si aquel mozo tenía muchas letras no llegaba en los años á la talla que pedía la ley. Á buen seguro que si este mozo acertara á ser coetáneo de nuestra gran Reina, que ella le sentara en la cátedra sin otra formalidad que el refrendo de su conciencia. Mas como naciera en nuestros días el problema era pavoroso y descomunal, que no lo resolvieran

ni los siete sabios de Grecia. Darle la cátedra como hiciera la Reina Católica ó el gran Carlos ó el gran Felipe, ¿quién hubiera de pensarlo? ¡Privilegio, privilegio! ¿Dispensarle la edad porque midiera sus fuerzas en público certamen? ¡Excepción, excepción! ¿Qué dirá la opinión? ¿Y la igualdad ante la ley? ¿Pero cómo hacer? Se rompió por la calle de en medio. Una proposición de ley lo arregló todo como las propias rosas. Declaróse que de allí en adelante la edad legal para actuar en oposiciones sería la de veintiún años. Y ahora pregunto: si aquel mozo no hubiera pasado entonces de los catorce años ¿se hubiera acordado así? Pienso que sí porque ante todo el respeto á la ley. ¿Se necesitarán grandes talentos para gobernar? Con estos arbitrios, ninguno. Con un piano de manubrio también se hace música. Perdonad la digresión en gracia de que viene como anillo al dedo, porque si de la historia, experiencia de las generaciones, no se ha de sacar lección, entonces cualquiera novela es mejor.

Pero anudemos el hilo de lo que íbamos diciendo. Larga relación pediría citar los hombres que en ciencias y letras brillaron en el felicísimo reinado. Vayan por muestra los nombres de Diego de Valera y de Hernán Pérez del Pulgar y de Lorenzo Galíndez de Carvajal y de Alvar Gómez de Castro y del gran Nebrija que en todo saber hizo raya, los cuales señalan los senderos por donde los historiadores futuros habían de llegar á la altura; y del mismo Nebrija y de Arias Barbosa y de los dos Vergaras y del Pinciano y del soberano Brocense que en el humanismo tiraron muy allá la barra, seguidos de la corte de nobles y próceres que tales estudios trataron y á quienes la lengua latina se les hizo tan familiar como la propia, que alguno de ellos asombró á Erasmo; y la Reina de Castilla y los príncipes asistiendo á las aulas, y los hijos de los magnates de más esclarecido linaje, leyendo en sus cátedras, y todos á una en aquel valiente trabajar. Pues ¿y la cohorte de poetas, los más de ellos califica-

dos por su sangre, que se emplean en estos ejercicios de la imaginación y forman el caudal de aquellos cancioneros, por donde se había de llegar hasta las sublimidades de la poesía en la plenitud del siglo XVI? Cohorte magnífica donde es cabecera aquel Jorge Manrique de perenne memoria cuyas coplas serán de una mocedad perdurable. De manera que los pujos de bizarrías caballerescas en que malgastaban los nobles enriqueños los bríos que pedían más altos menesteres, eran ahora certámenes de cultura que no empezían á la destreza en el pelear, aprendida en los campos de Granada. ¡Y cómo iba desperezándose aquella nuestra habla castellana, y con los buenos rodrigones, que le pusiera Nebrija, crecía erguida para hacerse aquella lengua universal á todos llana y de todos tratada en nuestro gran siglo! Pues en las ciencias también iban caminando los españoles, puesto que más adelantaran las artes de la imaginación; que el gran Nebrija, á quien en toda ocasión hemos de celebrar, entendió y escribió de cosmografía y también Martín Fernández de Enciso; y puesto que Pedro Ciruelo y Juan Martínez Siliceo, el que años adelante fué maestro de Felipe II y le hizo tan aficionado y entendido en la matemática y en la arquitectura, puesto que estos españoles cursaran en París mas dieron con creces fruto de lo que cursaron, y á bien que á nuestras escuelas venían de las naciones extrañas en busca de enseñanza. Llor á Gonzalo Fernández de Oviedo, autor insigne de *Las Quincuagenas*, que hablando de las Indias, no olvidara tratar y comentar los frutos de aquellas regiones, ni su fauna y su flora; y á aquel Herrera que tan bien supo cumplir el encargo que sobre esto le hiciera Cisneros, para quien todos los empeños, aun los más diversos, eran de igual ejercicio. Pues en el escudriñar por los monumentos de la antigüedad los sucesos, que pasaron, y verificar con ellos los dichos de las historias, algo se hizo también; y D. Diego Hurtado de Mendoza y Luis de Lucena, que se dieron á recoger inscripciones, y Florián

de Ocampo, que intentó con esta labor descombrar la historia, echaron los cimientos de lo que, avanzado ya el siglo XVI, el cordobés Ambrosio de Morales, el omniscio D. Antonio Agustín, y Pedro Chacón el descubridor de la inscripción de la *Columna rostral* de Duilio, habían de levantar. Todo este calor de saber se mantuvo con tantos hogares de letras y ciencias que se encendieron, y fué el de más ejemplo aquella escuela palatina donde se educaron los hijos de los Reyes, y aquella bien dispuesta comunicación del Príncipe con hombres de su linaje, los unos de su edad y los otros más hechos y graves, con que venía el estímulo del saber y el ir aprendiendo á entender de hombres. Escuelas muchos fundaron y entre ellos quien más se señaló fué el Cardenal D. Pedro González de Mendoza, especie de Médicis magnífico de este reinado; y universidades se fundaron también, que sobre la nuestra famosísima, otras nacieron entonces y no fué la de menos lumbrera la que pusiera en Santo Tomás de Ávila, espléndida fábrica de los Reyes Católicos y enterramiento del príncipe Don Juan, el inquisidor Fray Tomás de Torquemada. No iban en atraso los estudios eclesiásticos, y el latín, años atrás zahareño para los más de los clérigos, hízoseles familiar; y comenzó á formarse aquella generación de teólogos que fueron la más grande lumbrera de Trento. Puso coronación á este magnífico edificio del saber español el Cardenal Jiménez de Cisneros con la publicación de la *Biblia políglota*, esfuerzo como no lo hiciera hasta entonces pueblo ninguno, y como adivinación de que con aquellos saberes se había de azotar el rostro á Lutero. Emprendiólo Cisneros con el arranque con que emprendiera la restitución y conservación del rito y canto muzárabe; como emprendía toda obra, y más cuanto más era ella española. Este monumento y el monumento de Arias Montano con la *Biblia políglota* de Amberes, espléndida largueza de Felipe II, quedarán para testimonio de lo que fuera nuestra cultura.

Por este tiempo que reinaron Don Fernando y Doña Isabel andaban las artes en aquella transformación que trajera el Renacimiento en toda Europa; y como no hubo grandeza que faltara en el dichoso reinado, tampoco faltó ésta: que en la famosa transformación no hay página de la historia del arte que se pueda comparar con esta nuestra española. Porque si no teníamos aquí el caudal clásico copiosísimo de Italia; pero había otros rastros espléndidos de gentes que por acá pasaron é hicieron posada por siglos y dejaron memoria. De manera que por la variedad de géneros y estilos, ninguna otra nación de Europa puede ofrecer al artista y al arqueólogo, más rico y ancho campo donde espigar. Muchas veces he considerado qué no sería la España artística y monumental antes de la invasión francesa y de la centuria de devastación que la siguió, porque hoy con tan grande merma, todavía los esquilmos serían para hacer ricos de esta riqueza á cualquiera nación. Fué causa principal de ella, como se ha dicho, esta variedad de orígenes y estilos acá conocidos y la confluencia de nuestra preponderancia política é intelectual con la plenitud del Renacimiento. Que es de las artes buscar el abrigo del poder y de la riqueza; y así los maestros del arte extranjero, muchos de ellos se venían á España: así el gran Doménico Theotocopulí, que decimos el Greco, por no citar más. Y los que no venían nos vendían sus obras, no de otro modo que, vueltas las tornas, los artistas españoles buscan ahora los mercados extranjeros; y como entraban entonces las joyas ahora lastimosamente salen: que las artes huyen la ruindad y pobreza.

Dos artes arquitectónicas se mantenían con bríos en nuestro suelo en los tiempos de Don Fernando y de Doña Isabel: el arte ojival, derivación en parte del románico y del bizantino con otras influencias, y el arte arábigo en sus dos grandes ramas; la de los alarifes granadinos, que hasta entonces vivieran en independencia, sueltos y libres, y aquella que

desde el siglo xi, conquistada Toledo por Alfonso VI y á poco Zaragoza por Don Alfonso *el Batallador*, se corrió por toda la tierra cristiana y la sembró de maravillas: la cual de sus primeros cultivadores y maestros se dijo arte mudejar. En esta puja de los dos artes que reinaban acá en hermosa convivencia, venían por aquel entonces las corrientes flamencas, traídas con nuestra mucha comunicación con Flandes y con los enlaces reales y alianzas que aconsejara una discreta política. En la pintura y en la escultura se vió mucho este influjo. Poseo preciosa imagen de Nuestra Señora, estante, con el niño en el brazo izquierdo, de indudable traza y mano flamenca y tallada en España, según reza la leyenda en romance castellano que tiene al pie. De otro lado las corrientes de Italia en España eran continuas y nos traían á más traer el Renacimiento. Artistas españoles de los más eximios antes de emprender en nuestro suelo sus hazañas artísticas, pasaron por el aprendizaje de Italia. Defendíase aún con gallardía el ojival, que tales memorias dejara en los siglos xiii y xiv; pero defendíase en retirada. Como mujer pasada de años que en el afeitado del rostro busca la frescura que se fué con la mocedad, así el ojival florido del siglo xv dejó la antigua severidad y la sobriedad virginal de líneas de sus días juveniles por la profusión de arreos vistosos, que pasman y deslumbran; restos del ayer con las galas de hoy: hermosura pasada de sazón pero aún poderosa á las miradas. En no pocos de estos monumentos se ve ya la victoria del Renacimiento conquistador. Pues en los monumentos de este tiempo es de admirar que de la manera que en el ojival del siglo xiv y aun del xiii se ven las señales de la convivencia mudejar sin que dañen al conjunto, antes hermoseándolo, así ahora los insignes artifices de este tiempo de nuestros grandes Reyes, con el ojival y el mudejar y las reminiscencias renacientes, hacían junta prodigiosa, no híbrida y desabrida, sino de fecundidad, lozanía y hermosura que con primor ninguno se pudiera comparar.

Y no andaban aquellos elementos y componentes, de tan varia progeñe, sueltos y desmandados y dándose de puñadas como hoy suele en muchas ornamentaciones de surtido donde el artífice toma de acá y de allá por llenar el vacío de un arte contemporáneo; mas con la cohesión y vigor de la vida y de una unidad superior que á todos abrazaba: no de otra suerte que aquellos tan varios elementos sociales eran en uno bajo la soberana unidad española. Nada de esto vió D. Antonio Ponz, ni D. Ventura Rodríguez ni Jovellanos; pero todo esto lo han visto y lo verán cuantos consideran las artes y muy en particular la arquitectura en su estrecho maridaje con la vida social. ¡Quién pudiera espaciarse hablando largamente de estas cosas! Conténtome con recordaros aquella famosa fábrica de Juan Guas, San Juan de los Reyes de Toledo, y aquel convento de San Francisco su hermano de padre en los primores y acaso en el autor, que erigió la piedad de doña Teresa Enríquez y arrasó la impiedad desamortizadora; y aquel Colegio de Santa Cruz, timbre de Toledo y del Cardenal Mendoza su fundador, donde los tres artes se abrazan y estrechan: obra por demás prima y delicada; y aquel Santo Tomás de Ávila donde quedó el sello de grandeza de los Reyes sus fundadores y aquel brinco y joyel de la escultura y la estatuaria donde yace el malogrado príncipe Don Juan; y aquel San Miguel de los Reyes de Valencia; y aquel monasterio de Santa Engracia, gloriosa ruina de la invicta Zaragoza: trofeo del triunfo de la Virgen Engracia y de los cesaraugustanos cristianos contra la tiranía del Imperio pagano, y del triunfo de María de Aragón y de los zaragozanos cristianos y españoles contra la tiranía del Imperio de la revolución; y aquel Hospital real de Santiago con el otro de Granada su pareja, munificencia de aquellos Príncipes bienhechores; y aquel retablo de la Capilla mayor de Toledo donde tanto se luciera Copín de Holanda; y la Cartuja de Miraflores en Burgos con sus sepuleros y su retablo, último milagro del ojival que se iba;

brava traza de Gil de Siloe, padre del gran Diego, trazador de la Catedral de Granada; y tantas y tantas preseas que aún nos restan del caudal malrotado. Y hase de notar que las costumbres y estilos á la morisca son corrientes en este tiempo, y que por aquí fueron muchos los primores con que se engalanara el malaventurado alcázar de Segovia, y la portada interior de la Sala Capitular de Toledo y el hermosísimo templo y convento de San Juan de la Penitencia, que la magnificencia de Cisneros levantó al culto de Dios y á la enseñanza y recogimiento de doncellas pobres en esta ciudad; y el palacio del Infantado en Guadalajara y la Capilla y Sala de actos de nuestra Complutense, y tantas muestras más que se pudieran aquí traer. Esta manera de construir y decorar conservóse por largo tiempo en toda España, y en Granada hay fábricas de este gusto, singularmente en los celebrados artesonados de las techumbres, que datan de la época de Felipe II. Recuerdo que hace años pude admirar en Sevilla, en la residencia de los Padres de la Compañía, patio singularísimo, que á los escasos alcances de mi vista, parecía elegante patio morisco, según la disposición de sus arcos reentrantes y ligeramente alargados y de los entablamentos en que se alojaban, y viéndolo más de cerca halléme con una ornamentación del Renacimiento, que enriquecía los paños, de lo más delicado y limpio que se pudiera imaginar. Pues el ojival del último tiempo por todo el siglo xvi también se estiló. Tenían muy glorioso y viejo abolengo aquellos dos artes para la cultísima sociedad española del siglo xvi. Después fueron fácilmente olvidados. Y ¿qué decir de las artes industriales, y de aquella familia de los Arfes, dinastía de maestros, y de aquella orfebrería española tan solicitada? Hablen las Custodias de Toledo, Córdoba, Sevilla, Ávila y Palencia, y tantas que por milagro salvaron la tormenta. Y del arte de la rejería, que tales maestros tuvo, Toledo y Burgos y Cuenca y Granada y Salamanca, y mil ciudades y sus

palacios y templos pudieran hablar, que yo no he de detenerme más.

Ahí tenéis, señores, mal trazada la historia de las grandezas del memorable reinado. Dios, que hiciera tantas mercedes á aquella Reina y premiara con creces su fe, quiso acrisolarla en la tribulación porque, saldadas cuentas, acaso sin débito, entrase derecha en el cielo. Grandes fueron las alegrías de aquella mujer mirando á Dios y á España. Grandes los dolores en lo sagrado del hogar. Estos dolores del alma, agravando los achaques del cuerpo, le acabaron la vida como á San Fernando, antes que los años hicieran su oficio. En la flor de la mocedad salió de esta vida, llevándose muchas esperanzas, aquel príncipe Don Juan, tan admirablemente educado, á quien su madre acicaló el alma, porque fuese merecedor de tan espléndida corona. Juntáronse las sargas del luto con las sedas y brocados de las bodas poco antes festejadas. Muchas lágrimas costara á aquella mujer ver cómo se le desaparecía de los ojos aquel otro pedazo de su corazón, su hija Doña Isabel, y aquella hermosísima esperanza de ver en uno todas las coronas españolas de mar á mar en las sienes del príncipe Don Miguel que apenas nacido pasara de esta vida á corona mejor. Pues la egregia Doña Catalina de Aragón, aquella otra hija querida, tan celebrada de Luis Vives, por ventura ya dejara en el corazón de su madre los barruntos de lo que años adelante le había de acontecer con aquella mala bestia de Enrique VIII. Venía aquella corona, labrada con tantas hazañas, á la cabeza de una hija desdichada en quien el amor afrentado hiciera tan grave daño como la desamparada viudez en su abuela la reina Doña Isabel de Portugal: víctima Doña Juana de aquel Archiduque que acertó, para bien de Castilla, á beberse un vaso de agua fría en el mes de Agosto. Y si volvía los ojos la excelsa Reina y señora y limpiísima mujer á aquel su marido, que ella tanto amó y respetó, veíale á las veces feamente divertido del hogar con

aquellos resabios de muchos de sus antecesores. Fué Don Fernando en esta flaqueza lo que muchos de su tiempo, y más los del siglo xiv. No iba solo, ciertamente. Á buen seguro que á serlo más en este respecto Don Jaime *el Conquistador*, por su fe y piedad y otras muy nobles virtudes acaso se viera en los altares como su coetáneo San Fernando. Duele hablar así de Don Fernando de Aragón, cuya excelencia de otras partes de su carácter era tan cabal, y al cual vindicamos ya; pero vence la justicia. No se le podrá perdonar jamás, lo repetimos, que diese sucesora á tal mujer y tan egregia. Y á bien que no lo hizo sin la costa, que ya Pedro Mártir dice en una de sus epístolas, «que aquellas bravezas del rey fueron otros tantos azadonazos que dió en su sepultura». Con esta conducta de Don Fernando contrastan aquellas dos cláusulas del testamento de la Reina donde de par en par se abren las puertas de su corazón. Dice en la una: «Mi cuerpo sea sepultado en el monesterio de Sant Francisco que es en el Alhambra de la Ciudad de Granada...., en una sepultura baja, que no tenga bulto alguno, salvo una losa grande en el suelo, llana con sus letras en ella. Pero quiero é mando que si el Rey, mi señor, eligiere sepultura en otra cualquiera iglesia ó monesterio de cualquiera otra parte ó lugar destos mis reinos, que mi cuerpo sea allí trasladado y sepultado junto con el cuerpo de su Señoría, porque el ayuntamiento que tuvimos viviendo y que nuestras ánimas espero en la misericordia de Dios que ternán en el Cielo, le tengan é representen nuestros cuerpos en el suelo.» Dice la otra: «Para cumplir los cargos é deudas susodichas é las otras mandas, en este testamento contenidas, mando que mis testamentarios tomen luego é destribuyan todas las cosas que yo tengo en los alcázares de Segovia, é todas las ropas é joyas de mi cámara é de mi persona é cualesquier otros bienes muebles, que yo tenga donde pudieren ser habidos. Pero suplico al Rey mi señor, que se quiera servir de todas las joyas ó de las que á su Se-

ñoría más agradaren; porque viéndolas, pueda haber más continua memoria del singular amor que á su Señoría siempre tuve; é aun porque siempre se acuerde de que ha de morir é de que le espero en el otro siglo; é en esta memoria pueda más santa é justamente vivir.» En otros lugares de su testamento se le fué el alma por la fe y la patria; encomendaba el buen trato de los indios, hermanos nuestros é hijos de Dios, y que se les reparase todo agravio. Encomendaba también encarecidamente y citándolo por su nombre, la guarda de Gibraltar. ¡Buena cuenta hemos dado de ambas recomendaciones!

Ved algunos rasgos del retrato de Doña Isabel que hace el autor del *Carro de las Donas*, en el primer tercio del siglo xvi: «Esta cristianísima reina era de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros. Era muy blanca y rubia: tenía los ojos entre verdes y azules, el mirar muy gracioso y honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara toda muy hermosa y alegre de una alegría honesta y muy mesurada. Una gravedad encumbrada en la contenenencia y movimiento de su cuerpo: muy templada con mesura: no bebía vino: muy recatada y mirada todo el tiempo de su vida, así doncella como casada. Placiale siempre tener consigo mujeres ancianas que fuesen buenas en su fama y de buen linaje, etc.»

Murió Doña Isabel casi á estas horas; poco antes del mediodía del martes 26 de Noviembre de 1504, á los 53 años de su edad. Como á San Fernando, la muerte apresurada le atajó los pasos. Como después Felipe II, se pudo doler de que no tenía sucesor.

¿Veis qué Reina? ¿Veis qué mujer? Con razón escribe el venerable Palafox: «Á vivir Doña Isabel en el claustro fuera una Santa Teresa de Jesús. Á ser reina Santa Teresa de Jesús fuera otra Doña Isabel.» Dos mujeres que no tienen superior ni quizá igual en la historia.

He llegado, Excmo. Señor, al fin de esta jornada. Queda el ánimo como deslumbrado, viendo aquellas grandezas, y sin poder más ver; de la manera que quien mirase por un rato de faz á faz el sol, quedaría luego en tinieblas y como sin poder más ver. Mas luego que se cae de aquella contemplación, van las cosas apareciendo á la vista claras y distintas y aparecen como son en su realidad. Así ahora cuando el ánimo deslumbrado de aquellas grandezas, deja ya la consideración de ellas, va como abajándose y descendiendo, y catando lo presente, y se le aparecen claras y distintas estas realidades. Por mi vida que es muy áspero y penoso bajar, dejando aquellas alturas, por este *valle hondo oscuro* en que vivimos, y que es mayor hondura y obscuridad, después de contemplar aquella cumbre alumbrada. Estamos caídos y en caimiento cual acaso nuestra raza no lo tuviera jamás. Nos movemos y no andamos, y vamos sin rumbo cierto, ni más mirar que el día y con temor del mañana. Más daños y males que provechos y bienes vió y gustó nuestra generación: breve vida y azarosa y en amarguras, y no llevarse á la tumba la regocijada idea de que el sol ha de lucir más esplendente y en cielo sereno para los que vienen detrás. Pero no es de hombres y cristianos plañir en balde la mala ventura y entregarse, mas esforzarse y trabajar. Los pueblos más caídos, linderos de la muerte, á las veces á poder de esfuerzos se levantaron. Tiene Dios muchos caminos, no conocidos de hombres, por donde á hombres y pueblos lleva de muertos á la vida, cuando así aplice al Señor y Autor de ella según su providencia y misericordia. Por ellos de la Castilla de Enrique IV, tan humillada, sacó la España de los Reyes Católicos que acabáis de contemplar. Nosotros, señores y compañeros y amigos míos, no mucho podremos hacer. Estamos ya en este mundo de partida, y habremos de temer por los cinco talentos que el Señor nos diera á cuenta viéndonos tan desmedrados de ganancia y tan alcanzados. Pero tú, ¡oh juventud que vienes á la vida, en

lozanía de cuerpo y de alma, medita en lo que oíste, y aprende de ello, que no es vivir holgar y sestear sino sudar y batallar! Mira que no harás dignamente esta conmemoración gloriosa alabando y celebrando, sino entrando en cuentas contigo con vergüenza de lo que va de allá á acá y jurándote esforzarte briosa por llegar á merecer y á ser. Por desgracia, de los males presentes es el mayor y más temeroso que buena parte de la mocedad de hoy sea moza en los años y caduca en el sentir y pensar, de manera que son mozos viejos que es la más fea y enfadosa casta de vejez. Mozos hay de éstos que del idealismo romántico, que siquiera sean imaginaciones á cosas altas y generosas encamina, han caído en el idealismo naturalista, según el cual no entran en lo real en razón de tal ni la piedad, ni la patria, ni el amor limpio, ni la virtud ni el sacrificio, ni hay otra realidad que los pozos negros y las letrinas. Los cuales de Dios y de la patria se mofan, que es el mayor mofar y blasfemar; los cuales, ellos en sus veinte años y ellas en sus quince no hablan de niñerías de amores que son lozanías del alma que á su tiempo y sazón le sientan bien, mas de la buena dote y el buen partido con que toman el libro de caja por código del hogar, que es, debajo de Dios, lo más sagrado. Y en este desamparo y soledad del corazón vacío, con el alma sin jugo, apenas llegados á los términos de la madurez, por salir de tan espantable aridez y obscuridad, acaso acaban miserablemente la vida con la cobarde valentía del suicidio. Pues, ea, á esforzaros vosotros, y á trabajar, y á ser sanos de alma y de cuerpo y jóvenes de cuerpo y de alma. Creed, esperad, amad, afirmad; no admitáis nada por sistema; pero no desechéis sistemáticamente nada. No mirad atrás inconsiderados. Esto hizo la mujer de Lot y quedó vuelta en estatua de sal; pero no desechéis lo pasado por tal pasado, y considerad que la verdad no envejece ni le salen canas y arrugas, sino que vive en perenne mocedad de hermosura perdurable. No le pidáis la edad á lo bueno y ver-

dadero como al vino; pero habed cuenta que lo que ya cuenta años, lo refrenda la experiencia de los siglos. No intentéis con vanidad cerrar las fronteras á las novedades de afuera, que para los vientos de un tiempo las fronteras son blandas, mas no las recibáis á granel y sin mucho examen, que cada pueblo tiene su humor, y acontece lo que con los trajes bien ajustados á medida, que lo que á uno cae bien, por esta misma razón á otro le cae mal. Unid en conjunción fecunda todo bien posible; rechazad con coraje de ánimo siempre é incontinenti todo principio de mal. Sirvan las grandezas pasadas no para engolosinarse y engreirse de lo que fué y ya no es, y en lo cual no tuvisteis ningún merecer, sino para ir por caminos asentados y firmes en su buscar. Ni os abatan las miserias y caídas hasta escandalizaros y haceros maldecir del miserable y del caído, sino que os sirvan de lección y escarmiento y de propósito de no caer. En esta obra todos habéis de poner mano, que la obra social es obra de todos; y no olvidéis que esta obra de todos primero ha de ser individual, según aquel consejo de nuestro San Pedro de Alcántara, que como cierto caballero se doliese con él de la malicia de los tiempos, amonestóle Fray Pedro: «pues mire, hermano; refórmese Vuesa Merced, y refórmeme yo y ya habrá dos menos que reformar». Pues cada cual á su banco, y tome su remo y reme y la nave irá navegando. Mas porque nada hicieran los buenos remeros con su buen remar si no hubiera piloto para bien dirigir, menester será este piloto y á bien que lo hemos de esperar en aquel mancebo á quien su madre también acicalara el alma como se la acicaló la reina Doña Isabel al príncipe Don Juan. El mozo, ya hombre hecho y con generosa resolución, pondrá mano á la obra, y cobijado de las leyes y con el ayuda de todos y el concierto de las voluntades y el reprimirse de las pasiones, y el comedirse de los intereses, bajo la mirada providente de Dios la obra de restauración se consumará. Y ahora, si queréis saber la fórmula de este buen con-

cierto, yo os la diré. En el famoso Coro de la Catedral de Toledo, haciendo contraste con la sillería alta, obra maestra de Alonso Berruguete y Felipe de Borgoña, está la valiente sillería baja que costó Cisneros. En los espaldares de las sillas se representa en arrogante talla todos los sucesos y lances de la guerra de Granada desde sus comienzos hasta la entrada de los Reyes Católicos en la ciudad de los Alhambres. Cada ciudad y castillo tienen su rótulo que lo explica. Quiso el colosal Cisneros que la memoria de la epopeya que puso término glorioso á la Reconquista, quedase en su iglesia de Toledo como lección de historia y homenaje de acción de gracias. La patria alabando y bendiciendo por siglos al Rey de los reyes y al Señor de los que dominan. Ahí tenéis la fórmula de nuestra restauración y regeneración, en la Catedral de Toledo: Dios y la patria; que de esta conjunción santa nacerá la España nueva y remozada.

HE DICHO.

